

Sumario

Editorial

Jacques Adam

La interpretación

Silvia Migdalek: *Momentos de conclusión*

Gladys Mattalia: *Secretario, testigo...modos de la destitución*

Florencia Fariás: *Lo que queda de la interpretación al final*

Anita Izcovich: *La interpretación de lado*

Roser Casalprim, Carmen Lafuente, Margarita Santiso, Núria Rivera:

Usos de la interpretación en Jacques Lacan

Los comienzos

María de los Ángeles Gómez: *Del desvío (Abwege) al rodeo (Umwege):
las primeras elaboraciones freudianas sobre la interpretación*

Jacques Adam: *Cuestiones preliminares a toda dirección posible de la cura analítica*

Enrique Katz: *Comienzos de análisis: Sujeto supuesto saber y transferencia*

La dirección de la cura

Diego Mautino: *L'a-cause analítica, aún*

Patrick Barillot: *Lo que puedo decir*

Luis Fernando Palacio y Gloria Patricia Peláez: *Las resistencias del síntoma*

Final de análisis

Michel Bousseyroux: *El agujero que es la llave*

Sol Aparicio: *Acerca de la destitución subjetiva*

Mayte Roqueta: *¿Qué dice Lacan de la roca de la castración?*

Colette Soler: *Invariables del final de análisis*

Bernard Nominé: *El Pase y el análisis finito*

Los resultados

Marc Strauss: *El deseo del psicoanalista después de la travesía del fantasma*

Guy Clastres: *La identificación al síntoma*

Leonardo S. Rodríguez: *La interpretación psicoanalítica y la pragmática
del lenguaje*

Los discursos

Sonia Alberti: *Edipo en la ciudad*

Fulvio Marone y Franco Scalzone: "Heads I win, tails you lose".

Antiguos y nuevos sofismas del diálogo entre ciencia y psicoanálisis

Jorge Zanghellini: *El decir sustractivo de la interpretación*



IF-EPCL 2006

Revista de Psicoanálisis

Heteridad 5

Heteridad 5

Revista de Psicoanálisis



*El psicoanálisis
y
sus interpretaciones
II*

Internacional de los Foros
Escuela de Psicoanálisis
del Campo Lacaniano

Heteridad

5

Revista de Psicoanálisis

El Psicoanálisis y sus interpretaciones

II

Los diagnósticos

La dirección de la cura

Las interpretaciones del final de análisis

Internacional de los Foros

Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano

Buenos Aires - 2004

Heteridad 5

Consejo Editorial Internacional

Jacques Adam, Francia
Fulvio Marone, Italia
Gladys Mattalia, Argentina

Versión española

Francisco Estévez

Colaboradores

Traducción

Santiago Castro, Francisco Estévez, Marta Foz, Viviana Gómez, Patricia Muñoz, Gloria Patricia Peláez, Ricardo Rojas, Victoria Torres, Silvia Toscano

Revisión y corrección

Anibal Dreyzin, Susana Manzano, Perla Wasserman

Cubierta: Giorgio de Chirico (1888-1978), *La recompensa del adivino* (1913)
Oleo sobre tela (53,3/8 x 70 7/8 pulgadas) Museo de Arte de Filadelfia
Colección Louise y Walter Arensberg. Filadelfia.

ISBN:

Sumario

Editorial

Jacques Adam 5

La interpretación

Silvia Migdalek: *Momentos de conclusión* 9
Gladys Mattalia: *Secretario, testigo...modos de la destitución* 15
Florencia Fariás: *Lo que queda de la interpretación al final* 23
Anita Izcovich: *La interpretación de lado* 29
Roser Casalprim, Carmen Lafuente, Margarita Santiso, Núria Rivera:
Usos de la interpretación en Jacques Lacan 37

Los comienzos

María de los Ángeles Gómez: *Del desvío (Abwege) al rodeo (Umwege):
las primeras elaboraciones freudianas sobre la interpretación* 45
Jacques Adam: *Cuestiones preliminares a toda dirección posible de la
cura analítica* 53
Enrique Katz: *Comienzos de análisis: Sujeto supuesto saber y transferencia* 61

La dirección de la cura

Diego Mautino: *L'a-cause analítica, aún* 71
Patrick Barillot: *Lo que puedo decir* 79
Luis Fernando Palacio y Gloria Patricia Peláez: *Las resistencias del síntoma* 87

Final de análisis

Michel Bousseyroux: *El agujero que es la llave* 95
Sol Aparicio: *Acerca de la destitución subjetiva* 101
Mayte Roqueta: *¿Qué dice Lacan de la roca de la castración?* 109
Colette Soler: *Invariables del final de análisis* 115
Bernard Nominé: *El Pase y el análisis finito* 125

Los resultados

Marc Strauss: *El deseo del psicoanalista después de la travesía del fantasma* 139
Guy Clastres: *La identificación al síntoma* 147
Leonardo S. Rodríguez: *La interpretación psicoanalítica y la pragmática
del language* 153

Los discursos

Sonia Alberti: *Edipo en la ciudad* 163
Fulvio Marone y Franco Scalzone: "Heads I win, tails you lose".
Antiguos y nuevos sofismas del diálogo entre ciencia y psicoanálisis 169
Jorge Zanghellini: *El decir sustractivo de la interpretación* 179

Editorial

Los textos que van a leer continuación son los que se pronunciaron y discutieron en Buenos Aires el 16 y 17 de julio de 2004, en el Primer Encuentro Internacional de la EPFCL, Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano. Se sitúan en serie y complementan a los que figuran en el número 4 de *Heteridad*, revista de la Internacional de los Foros – Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano, IF-EPCL, y se refieren al mismo tema: *El psicoanálisis y sus interpretaciones (dirección de la cura, diagnósticos, interpretaciones del final de análisis)*.

La elección del tema y su interés no son anodinos. ¿Qué caracteriza, en efecto, más específicamente al acto de un analista sino la interpretación, cuyo sentido, viejo como el mundo, fue puesto de nuevo en cuestión por el descubrimiento del inconsciente por Freud? Pero más aún que una renovación, un cambio, una actualización de su sentido, la interpretación, herramienta más que concepto de una práctica sabia y prontamente ordenada por Freud, ha devenido la llave de una nueva discursividad en el campo científico, en este viraje del siglo XX subvertido por el descubrimiento freudiano sobre el papel de la sexualidad en el pensamiento humano.

Se sabe el éxito de este escándalo, pero también el riesgo de menosprecio del factor sexual como pensamiento único de este nuevo discurso. Sin embargo, con la misma tenacidad que Freud, Lacan se dedicó a impedir esta deriva inventando, en su trayectoria, esas palabras extrañas que han marcado en su estilo la novedad del discurso psicoanalítico: el inconsciente – el parlanteser, la pulsión – el objeto pequeño a. ¿Implica entonces esto también algo nuevo en la práctica interpretativa de estos nuevos chamanes del siglo XXI que son los psicoanalistas? La cuestión no carece de ambigüedad, ya que no se trata tanto de saber cómo el psicoanalista interpreta, al menos es preciso saber

de entrada lo que el psicoanálisis interpreta, pero también qué interpretación tienen los propios psicoanalistas del psicoanálisis («pensar el psicoanálisis, decía Lacan, sin estar condenado a echarlo a perder»).

Es exactamente esto lo que ha sido estudiado en este Encuentro Internacional de psicoanalistas provenientes de lenguas y horizontes diversos y lejanos, pero sostenidos todos por el rigor de su referencia al Campo Lacaniano, campo de los goces sobre los cuales –ésta es la clave de la pregunta lacaniana al releer las primeras interrogaciones de Freud- ¿qué impacto tiene realmente la interpretación?

Para intentar responder a ello, son sin duda la propia experiencia analítica y la clínica psicoanalítica quienes constituyen el tejido concreto en el que se sitúan estas cuestiones tanto prácticas como epistémicas. Pues estas preguntas resuenan más allá de la propia cura, en el campo social y en el papel del psicoanalista en la ciudad y en el discurso que soporta. El discurso psicoanalítico es, en efecto, el centro de gravedad de las problemáticas que se despliegan -como se comprobará con la lectura de los textos aquí presentes y apoyados en datos clínicos-, desde el punto de vista de la interpretación, entre el inicio de una cura y su resultado.

Lejos de las tendencias reductoras del mundo moderno a buscar lo que da sentido en las ilusiones idealizantes de la medida, la cuestión de la interpretación en psicoanálisis se presenta como el nervio de la guerra contra la *evaluación*: un trabajo que no puede hacerse solo, sino que se sostiene en el de un conjunto, con sus testimonios, sus investigaciones, sus preguntas sobre la perennidad del psicoanálisis. Es por esta razón por lo que la Internacional de los Foros del Campo Lacaniano ha creado su Escuela, que se reunirá de nuevo en París en julio de 2006.

LA INTERPRETACIÓN

Silvia Migdalek
Buenos Aires

Momentos de conclusión

¿En qué momento un analista se ve llevado a dar cuenta de su práctica?

Freud decía, alrededor de la publicación del historial del *Hombre de los Lobos*, que «uno no publica tales análisis para producir convicción en quienes hasta el momento han tenido una conducta de rechazo e incredulidad, lo único que se espera es aportar algo nuevo a investigadores que por su propia experiencia con enfermos ya se han procurado convencimiento». Como sabemos es un caso que concentra de un modo paradigmático, las polémicas del por entonces incipiente movimiento analítico, y especialmente de la polémica personal que Freud sostiene con Adler y Jung. Incluso recomienda leer el historial teniendo como fondo la lectura de su texto acerca de la *Historia del Movimiento Psicoanalítico*. Hay entre ambos, algo que él llama una relación de complemento. Curiosamente, encontramos en Lacan, la utilización de esta misma figura, «relación de complemento», entre dos textos, y advierte que a la *Proposición sobre el psicoanalista de la Escuela*, hay que leerla sobre el fondo de lectura a realizar del texto *Situación del Psicoanálisis en 1956*, es decir alguna coincidencia con Freud un texto dirigido a analistas en relación de complemento con otro que da cuenta de la situación del psicoanálisis.

Se podría pensar que los analistas escribimos porque es un efecto inherente a la práctica analítica misma, ya que en algún momento se trata de hacerse cargo de los restos del acto analítico. Pensamos que poniéndolo a trabajar podemos avanzar en nuestras conceptualizaciones. El analista separado de la escena en la que participa en la transferencia, se pone en la posición de testigo de su acto, y es de eso de lo que da testimonio. Lacan nos dice: «El campo freudiano es un campo que por su naturaleza se

pierde. Aquí es donde la presencia del psicoanalista es irreductible como testigo de esa pérdida».

No perdamos de vista el nudo sutil que constituye el hecho, de que analista, lo será como efecto de algún acto: pasaje de analizante a analista, operación que no es sin resto. Debemos entonces, como lo sugiere Lacan, situar en el acto analítico, lo que es del orden de la tarea del analizante, por una parte, y por la otra el acto del analista. Siempre se trata, para nosotros, de situar los resortes fundamentales, de una práctica que se sostiene de algunas convicciones que guían su orientación, y sin duda esto supone una ética, que es nuestro horizonte.

Tuvo para mí un valor de apertura en relación al tema de este trabajo, algunos de los párrafos finales de lo que circulara como *Preludios* para esta cita. C. Soler invita a la reflexión cuando afirma «hay que rehacer la dirección de la cura», y esto en vista de las cuestiones atinentes al goce en la dirección de la cura, y por ende a la modalidad que este sufre en una cura, transformación operada únicamente como efecto de una experiencia de análisis, y como decimos los argentinos, con mucha suerte y viento a favor. Sabemos que no es fácil mantenerse tan cerca como sea posible en las inmediaciones del goce.

Freud bordeó dichas inmediaciones de distintos de distintos modos, por situar alguno, aquel «resto reacio» a la interpretación que se recorta en *Puntualizaciones sobre el Amor de Transferencia*, indicándose allí un límite a lo interpretable y surgiendo de las raíces de una demanda de amor recalcitrante e indócil. Pero también señalando algo concerniente a la satisfacción pulsional, presente en la escena analítica, ya que la transferencia es pensada, ella misma como satisfacción sustitutiva, es decir un vehículo de goce.

Se vuelve fundamental entonces nuestra ética. Abundan las metáforas freudianas y lacanianas, que toman a la experiencia de análisis como el campo de batalla, y lucha o guerra contra la enfermedad y sus refugios más opacos. Freud se encuentra con las dos resistencias mayores, que lo son a la cura misma, la cura es un peligro, y la enfermedad y el sufrimiento un refugio.

Resistencia del ello y del superyo. Compulsión de repetición en la transferencia, reacción terapéutica negativa y sentimiento inconsciente de culpa.

Lacan, en el *Seminario 21*¹ advierte respecto de la importancia que tiene para nosotros analistas, incluir la dimensión de lo incalculable, justamente alrededor del tema de la interpretación. La interpretación debe apuntar al goce, pero en eso hay algo que no es posible calcular. Del mismo modo que no se puede saber por anticipado la victoria de un ejército sobre otro, ya que lo no podemos calcular es hasta donde goza el enemigo haciéndose matar.

Nos parece posible afirmar que la dimensión ética, a la que hacíamos referencia recién, nos interpela álgidamente cuando, en posición de analista, debemos acompañar el franqueamiento y, al decir de una analizante, la «metamorfosis» que se opera en ciertos momentos que podríamos llamar de bordes conclusivos, alguna de las vueltas decisivas en torno al final de un análisis. El interés del hecho clínico que acompaña estas reflexiones, es el de ilustrar algunos datos extraíbles de alguno de esos momentos.

La conclusión alude a un tiempo lógico que clínicamente se presenta bajo la forma de la precipitación, es decir de no esperar, de salir al encuentro; y el borde, como Lacan afirmaba de la letra como borde de lo real.

El peso de las palabras

Justamente se trata de un análisis, que lleva ya mucho tiempo. Lo suficiente como para que se puedan producir efectos retroactivos relativos a la historia del análisis mismo, al modo del esquema freudiano del peine, algo tuvo que haber sido inscripto allí, como las marcas del caso. Efectos que son reconocidos netamente como tales por la analizante, como si la enunciación fuera «hubo análisis», pero siendo evidente que hacía

¹ *Les non-dupes errent*. N.E.

falta el recorrido del análisis para que algo de eso pudiera inscribirse, recortándose entonces, la dimensión de lo que no deja de escribirse, es decir lo necesario, el síntoma; como asimismo lo que no deja de no escribirse, es decir, aquello que para cada quien está en el lugar indicativo de un real irreductible. Quisiera indicar algunas marcas que señalaron el camino.

Una joven, a la que vamos a llamar N, se presenta hace algunos años, preocupada por algunas cosas. Había escuchado por ahí, que los psicóticos se volvían tales porque había fallado algo del padre, y que ella tenía temor de que pudiera pasarle algo de eso. Tenía dificultades para hablar, para decir lo que quería decir, y esto se presentaba acompañado de angustia vivida muy corporalmente. De su padre dice que había muerto cuando ella tenía 11 meses, y que ella no tenía ningún recuerdo. Sólo lo que le habían contado, que era bastante poco según su parecer. Es la menor de tres hermanos, de ellos la separa una considerable diferencia de edad. En ese momento ella todavía vivía sola con su madre, y la primera parte de su análisis fue entre otras cosas dejar la casa materna.

En una ocasión, escribiendo su historia, se recorta una escena. N dice saber poco de su padre, de las causas de su muerte. Solamente que era obeso, y que no se cuidaba. Y agrega que le han contado que el día de la muerte de su padre, ella dormía en la misma habitación en una cuna, cuando el padre se descompuso. La madre salió en busca de ayuda y cuando volvió «mi papá ya se había muerto». Le cuentan que ella estaba en su cuna «despierta, como inmóvil, y sin llorar».

Retroactivamente se puede afirmar que para N la cuestión del padre era una cuestión de «peso». Esta escena recortada así es portadora de un goce, indicando asimismo que N como cualquiera se había inventado un padre. El significante «peso» se fue cristalizando por distintas vías. Una de ellas es la de los padecimientos corporales. N tenía una larga historia. El cuerpo se le hacía presente como angustia, con una irreductible e inequívoca sensación de pesadez, incomodidad y temor, junto a cierta dificultad para moverse. Estos síntomas se le acrecentaban nítidamente, como una especie de aura que anunciaba inminencia

de la aparición de una infección de la piel que tenía de modo recurrente, y que como ella decía, «vuelve siempre al mismo lugar». Esta afección, por momentos llegó a tener una virulencia y una frecuencia inquietante. En esos momentos no soportaba ni que la rocen, y lo único que quería era estar quieta y sin hablar. Inmovilidad y mutismo aterrado. Hay en ello un goce que se va cifrando.

Una primera retroacción interesante se produce por un hecho azaroso, que N relata conmovida. Encuentra sin buscarlo, un cuaderno de su padre, donde este había dejado escrito un registro diario del peso de la bebe, hasta el último día que estuvo vivo. «Una niña es pesada».

En una ocasión hablando de la relación con los hombres, dice que siempre tuvo temor. Recuerda una escena infantil en la que estando en casa de una compañerita de juegos, no sabe bien por qué le tenía miedo al papá de su amiga, y una vez cuando llegó recuerda haberse puesto a llorar desconsoladamente, pidiendo que la llevaran a su casa. Dice, «no lo podía ver, el tipo no entendía qué me pasaba, el pobre ni siquiera me había dirigido la palabra». En ese punto alguna traducción es alcanzada por la vía de la interpretación: un padre que nunca le dirigió la palabra.

El síntoma y el partenaire

El curso de un análisis, aligera de algunos pesos, y algunos caminos se vuelven transitables. La relación con el partenaire, suele mostrarse como aquel campo de batalla en el que se vuelve difícil calcular aquello de cuanto goza el enemigo, haciéndose matar.

¿Síntoma de qué? La analizante se pregunta «¿justo a mí me tiene que tocar un tipo cómo este?» Es decir la puesta en juego de algo que podemos llamar las «condiciones de elección de objeto». El trabajo del análisis había ido situando algunas repeticiones que este lazo vehiculizaba, algunas cosas del orden de lo «consabido», reencontradas en las vueltas dadas. El mutismo

aterrado, no encontrar otra salida que un callar sesgado por la «incomodidad», de «siento que si hablo voy a decir alguna bolidad», y «me da como temor», y «la pesadez». Temor, incomodidad y pesadez, ¿marcas de goce?

El sabe, es muy elocuente, habla sin dificultad, parece tener todo resuelto. Fundamentalmente algo respecto de lo cual hace además ideología, y es el hecho de que no entiende a aquellos representantes del lado masculino que tienen el deseo o la necesidad de ser padres. Eso es algo respecto de lo cual no hay más nada que decir. Es ahí dónde encuentra lugar la pregunta por ¿justo a mí? Inicialmente por la vía de alguna *normalidad* todavía esperada del Otro. Las parejas normales en algún momento pueden tener el proyecto de tener hijos. Eso, para N está en el lugar de lo que no se puede hablar. Un hombre que no tiene deseo de ser padre. Si te gusta bien y si no también.

N viene muy contenta a sesión porque piensa que algo ha pasado, y está convencida que es algo que tuvo que ver con su análisis. Alguna metamorfosis en su posición. Cuenta un sueño: «tenía un pelo en la lengua. Me lo sacaba, y empezaban a salir un montón de pelos. En un momento me sale como un mechón enorme de pelos. Me desperté con asco, como con nauseas». ¡Eso si que es hablar sin pelos en la lengua!

¿Querrá lo que desea? Su propia relación a la maternidad está siendo puesta en cuestión. Resta una cierta tentación a ceder ante ciertas propuestas ofrecidas a cambio por el partenaire, él imagina para la pareja una vida en la que poder andar un poco perdidos, despojadas de cosas materiales, y lejos de la civilización. N piensa que lo tiene que convencer, y a veces que es ella la que se tiene que convencer. ¿De qué? Hay algo en eso de una vida despojada... aunque no se trate de hijos, eso podría ser todavía un reducto del goce de la renuncia.

Gladys Mattalia
Tucumán

Secretario, testigo.... modos de la destitución subjetiva

«La vida del psicoanalista no es color de rosa (...) el analista y un basurero son comparables (...) aguanta todo el día comentarios de valor dudoso -de valor dudoso, inclusive para el sujeto que lo comunica- (...) un analista de verdad está acostumbrado a ello».

J. Lacan 1955

En la obra de Lacan podemos situar, a grandes rasgos, dos momentos de construcción en el tema de las psicosis: antes de los años 70, sobre el fundamento de la forclusión del significante Nombre del Padre, Lacan acentúa una primera versión del síntoma y enfatiza la importancia de los fenómenos elementales. Después de los años 70, escribirá «sínthoma» con una nueva ortografía y lo sitúa como función de lo real. Dos seminarios orientan estos dos momentos: *Las psicosis* (1955-56) y *El sínthoma* (1975-76).

En 1953 Lacan otorga al analista el lugar de un «testigo invocado de la sinceridad del sujeto, depositario del acta de su discurso, referencia de su exactitud, fiador de su rectitud, guardián de su testamento, escribano de sus codicilos, el analista tiene algo de escriba»¹. Al año siguiente nos ofrece una fórmula: la primera inflexión de la palabra, en el despliegue de la curva de la verdad, sólo es posible en la medida en que el analista concede a dejarse tomar «como testigo»². Luego vendrá todo el resto:

¹ Lacan, J. [1953] Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1979, p. 130.

² Lacan, J. [1953-1954] El yo y el otro yo. *El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós, 1981, p. 84.

la palabra como seducción, en su función simbólica, en su lugar de metáfora de la satisfacción instintiva... Este inicio obligado en el laberinto de los posteriores encuentros entre analista y analizante fue lo que Lacan esperaba encontrar también en sus controles. Ser el testigo es la condición *sine qua non* del inicio de la partida, lugar, por otra parte, preferencial del analista en el trabajo con las psicosis, que exige más que en ninguna otra parte pagar el precio de «una sumisión completa a las posiciones subjetivas del enfermo»³.

Lugar paradójico ya que supone aceptar ser el agente, el que se ofrece a llevar notas, su secretario, como un modo de dar sitio a las significaciones inefables. Un lugar para un sujeto atormentado y preocupado por su certeza delirante. Un lugar para un sujeto apoyado sobre un taburete –más o menos- rengu. El analista es llamado en las psicosis a suplir con su presencia, el vacío alojado en el encuentro con la forclusión.

Tomaremos «su relato al pie de la letra», dice Lacan, que es lo que siempre se ha evitado. Tomaremos «en serio» sus intuiciones, sus alucinaciones, sus ideas extrañas –automatismo mental- eso que irrumpe en lo real. «Dejar hablar el mayor tiempo posible», cosa que muy pocas veces les ocurre. La psiquiatría ahoga con psicofármacos los dichos psicóticos. El psicótico en tanto *mártir del inconsciente*⁴ nos presenta su *testimonio abierto* y otorga al analista el lugar de testigo. De aquel que *legitima el delirio del psicótico* en el mismo lugar del discurso inconsciente donde opera la experiencia analítica. Legitimarlo es hacer del sujeto psicótico un analizante de *pleno derecho*.

Secretario y testigo son sinónimos para el gran Otro de la lengua⁵.

³ Lacan J. [1958] De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1979, p. 220.

⁴ La palabra *mártir* significa literalmente *testigo*. Así, San Agustín, en el año 416 d. C., comenta a sus oyentes de Hipona: «Lo que en latín decimos *testis* (testigo) en griego se dice *mártys* (mártir)». En gr. μάρτυς-υρος (testigo). N.E.

⁵ Según el *Diccionario* de María Moliner.

Mártir del inconsciente

«...Todo lo que ocurre se refiere a mí. Sé perfectamente, al escribir estas líneas, que muchas personas pensarán en un puro y simple engrimiento mórbido de mi parte y yo sé muy bien que esta tendencia a referirlo todo con respecto a uno mismo, a relacionar todo lo que ocurre con uno mismo, es un fenómeno muy frecuente entre los enfermos mentales. Ahora bien, precisamente en mi caso, hay en el fondo una inversión total en comparación con lo que sucede entre esos enfermos. Desde que Dios se comprometió conmigo en un sistema de conexión nerviosa exclusivo, me he convertido para El, en cierto sentido, simplemente en el Hombre, o sea, el ser humano único alrededor del cual gravitan todas las cosas, y al cual hay que referirlo todo: y que El mismo, a su vez, se verá obligado a referir todas las cosas a Sí mismo⁶».

De esta manera testimonia Daniel Paul Schreber de su relación al significante y al goce. Rechaza el diagnóstico psiquiátrico y fundamenta su posición en sus *Memorias*. Ellas son la prueba irrefutable, la *testis* que libera al autor de su sentencia de incapacidad permanente. Con sus *Memorias* este escritor, junto a sus producciones *literarias*, da cuenta y persuade al lector que el diagnóstico de paranoia es un exceso a lo que podría simplemente considerarse como un enfermo «nervioso». La capacidad de persuasión domina el texto. Todos los recursos retóricos son utilizados para demostrar la verdad – a los sabios- de su revelación: ser el elegido de Dios.

Schreber no escribe para la posteridad, escribe para sus prójimos y contemporáneos. Sus *Memorias* son un artefacto retórico – persuasivo. « (...) como un proyecto práctico de alguien que recurrió al escribir y publicar para modificar en su favor una situación dada»⁷.

Esta diégesis, esta narración oratoria, persuade a los jueces, los oyentes, los lectores... Persuade al sujeto Schreber, persuade

⁶ Schreber, D. P. [1903] *Memorias de un neurópata*. Buenos Aires: Petrel, 1978, p. 261.

⁷ Alcalde, R. Estudio preliminar. En: *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires: Perfil, 1999, p.17.

a la pulsión de muerte del sujeto Schreber...No hay que olvidar que el delirio no es una determinación negativa, el delirio es una elección. Una elección forzada... una elección de vida cuando el sujeto no tiene otra posibilidad, otra carta que jugar y se encuentra arrinconado en el *vel* alienante «el delirio o la muerte». Sabemos que el encuentro con lo real, en muchas ocasiones, precipita al sujeto al suicidio.

Memorias de un neurópata es el testimonio de alguien que para no morir construye -trabajosamente y no sin dolor- una ortopedia delirante ante el encuentro con *un padre* y ante la constatación, por consiguiente, del agujero y el defecto de la metáfora paterna. Mártir del inconsciente, testimonio abierto, prueba de existencia del significante y de su suplemento, el objeto.

Los inicios de la enfermedad, el desencadenamiento mortífero de los síntomas hipocondríacos. Lo que se conoce como la fase pre-psicótica, una realidad de perplejidad, cataclismo, borde del agujero, desmoronamiento de las muletas imaginarias, vértigo del éxito... son atemperados por una idea en estado de duermevela: «(...) sin un gran desgaste de imaginación puedo procurarme un bienestar que da una clara presciencia de lo que puede ser el goce femenino durante el coito»⁸. Pensamiento que lo sorprende y lo indigna. Dice Lacan: «El presidente Schreber nunca integró (...) especie alguna de forma femenina (...) No diremos ni emasculación ni feminización, ni fantasma de embarazo, porque esto llega hasta la procreación. En un momento cumbre de su existencia, no en un momento deficitario, esto se le manifiesta bajo la forma de la irrupción en lo real de algo que jamás conoció, de un surgimiento totalmente extraño, que va a provocar progresivamente una sumersión radical de todas sus categorías, hasta forzarlo a un verdadero reordenamiento de su mundo»⁹. Este rasgo, la procreación, es el hilo de Ariadna que teje y organiza el delirio del presidente. Rasgo orientador para el diagnóstico: «ni emasculación, ni feminización, ni fantasma de embara-

⁸ Schreber, D.P., *Op cit.*, p. 269.

⁹ Lacan, J. [1955-1956] El fenómeno psicótico y su mecanismo. *El Seminario. Libro 3. Las psicosis*. Barcelona: Paidós, 1984, p. 125.

zo...». Él, el elegido de Dios para salvar al mundo de estos «hombrecillos hechos a la ligera», procreará en su ser una nueva humanidad.

Vaya diferencia con el guarda de tranvías húngaro de Joseph Hasler que luego de un accidente, un chichón y los consabidos estudios radiológicos se desencadena su neurosis para cobrar forma el abanico de preguntas: «¿Quién soy? ¿un hombre o una mujer? ¿soy capaz de engendrar?» Y busca en sus excrementos carozos de frutas aún fértiles... El «¿quién soy?» de la histeria es el contrapunto clínico del: «soy...» de la psicosis. «Soy la prostituta de Dios...», poseído, habitado por el lenguaje intrusivo e insultivo («carroña») de las voces que, peculiarmente, instituyen un lugar. «En las psicosis tenemos un dedo dirigido al ser y una respuesta que cae realmente y sin equivocarse»¹⁰. En uno la realización imaginaria del padre a través de un ejercicio simbólico sintomático y en otro la puesta en acto de la función real de la generación. Al decir de Schreber: «¿acaso no es mejor ser una mujer espiritual que un pobre hombre infeliz, oprimido, hasta castrado?»¹¹. Este trabajador del inconsciente, portador final del apellido, que hiperbólicamente alcanzó el último escalón de su curriculum vitae, logra por 28 años bordear el abismo y dejar una producción que aún cansa a los analistas.

Anudar - enlazar - sostener

Para Lacan la clínica no se define por el espectro de las transferencias, sino por la «fidelidad a la envoltura formal del síntoma (...) verdadera huella clínica, que nos lleva (...) a ese límite en que se invierte en efectos de creación»¹². Esta lealtad al síntoma se mantuvo hasta el final, aunque formuló el síntoma desde otra perspectiva. En su *Seminario XXIII*¹³, reflexiona sobre James Joyce, una forclusión del Nombre del Padre, una psicosis sin desencadenar y anudada por un síntoma particular que es la obra de arte de Joyce.

¹⁰ Soler, C. Respuesta de lo real. Bilbao, 1987.

¹¹ Lacan, J. *Op. cit.*, p. 439.

¹² Lacan, J. De nuestros antecedentes. *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1979, p. 4.

¹³ Le sinthome. N.E.

Un padre forcluido y carente, sustituido por una prótesis: la institución de los Jesuitas. Lacan considera que hay un lazo muy peculiar entre obra y psicosis. La obra como un producto sintomático, una invención particular que anuda y sutura al sujeto Joyce. Producción enigmática: *Finnegan's wake*, que dará trabajo por tres siglos a los universitarios –decía Joyce– ...El presagio se está cumpliendo...

Dos momentos en la teorización del síntoma –de la envoltura formal– en las psicosis. Uno que ilumina sobre las entradas del sujeto en la estructura, los momentos fecundos –fenómenos elementales– que, junto al desencadenamiento certifican, firman la posición del sujeto. Otro que permite pensar las salidas –las estabilizaciones– alrededor de un *sinthoma*, que como en Joyce «se invierte en efectos de creación». En este seminario Lacan nos ofrece una orientación clínica precisa, el lugar del analista como aquel que pueda sostener la cuerda y como el hacedor de nudos. No dice Lacan un creador frente a la criatura, no es un modisto, no es un sastre... es –diremos– un Otro que pueda hilvanar – a veces– las pocas hilachas de un sujeto psicótico. «Hay que conservar la cuerda– dirá Lacan– si no se tiene la idea de dónde termina la cuerda – en el nudo de la no-relación sexual (...)»¹⁴.

El psicótico testimonia con sus síntomas de una particular relación al significante y al goce. Schreber para persuadir, Joyce para perdurar... Ambos trabajan para hacer con el vacío, algo. La forclusión del Nombre del Padre no es un dato primario, es secundaria de otra forclusión universal, estructural...que Lacan ha llamado «no hay relación sexual». Un defecto del sistema simbólico que carece del significante que nombre la mujer. El «pousse-à-la-femme»¹⁵ scheberiano –ser La mujer de Dios– o ser la causa del «parloteo universitario» joyciano; son modos, invenciones, formas de hacer existir algo en la nada. Estos dos psicóticos –Joyce y Schreber– no necesitaron el psicoanálisis para autorizarse al hallazgo, la innovación, el descubrimiento...

¹⁴ Lacan, J. [1975-1976]. *Le Séminaire. Livre XXIII. Le sinthome*. Paris: Seuil, 2005, p. 72.

¹⁵ Impulso a la mujer. N.E.

«No retroceder frente a la psicosis» significa que toda demanda de análisis –sea quien sea quien la enuncie- merece ser tenida en cuenta. Aceptar ser el agente, el que se ofrece a llevar notas, el que sostiene la cuerda... es un modo de dar sitio a sus significaciones inefables. Operar con la interpretación no tiene sentido para un goce que no está reprimido, no inscripto en ningún lugar.

Dos momentos en la obra de Lacan para el lugar del analista en la cura con un sujeto psicótico: testigo o secretario que a los pies del lecho (clínica) del psicótico sea el escriba de su testimonio (*Seminario III*) Pero a su vez deberá saber que esto no es suficiente: deberá saber sostener la cuerda (*Seminario XXIII*) y «enseñar» a anudar con un hilo singular –más o menos delgado- los agujeros de esta particular subjetividad. Anudamientos que como en Joyce –aunque nuestros psicóticos no sean los revolucionarios del arte- suponga una articulación que sirva para diferir el encuentro fatídico con los excesos del goce que tan bien supo evitar el autor del *Ulises*.

Freud situaba la imposibilidad de sostener la transferencia: un sujeto fuera de discurso y ubicado en un lugar de certeza en relación al saber sobre su goce, resulta difícil de hacer entrar en el dispositivo del sujeto-supuesto-saber. Esto puede desembocar en tentaciones, del estilo de ofrecerse como un sujeto barrado (\$), mortificado por el psicótico (el analista angustiado, desorientado, comprensivo, benevolente...) o puede ocupar el lugar de un amo (S₁) lugar tan seductor para el discurso médico... o ser un reeducador e intentar adaptarlo a las exigencias del mundo productivo.

¿Qué lugar para el analista en la dirección de la cura?

No hay dudas que el trabajo con el psicótico es una «experiencia enigmática» que exige una particular docilidad frente a las *posiciones subjetivas del paciente*.

El psicoanalista presta su espacio, su presencia, su significante de analista. Pero también debe hacer una maniobra que siem-

pre será azarosa. El lugar del analista en la clínica del sujeto psicótico, testigo, secretario, el que sostiene la cuerda, el que posibilita hilvanar con las cuerdas simbólicas para evitar el encuentro fatídico con lo real. ¿Qué particular lugar es éste?

Si bien Lacan ha utilizado la destitución subjetiva como un operador del final de la apuesta, es una posición que puede orientarnos en la clínica con el sujeto psicótico. Ser secretario, testigo, «hacer coser» supone una exigencia impuesta a la posición del analista. El «sujeto destituido» no es un sujeto «flotante» dispuesto a delirar junto al loco. Todo lo contrario, es un sujeto limitado y –a la vez- decidido. No es un sujeto vacilante, es un sujeto fijado no en una identificación sino en lo que resulta como resto de la operación de caída de los significantes-amos. Un sujeto abierto a lo Real, que no retrocede frente al verdadero goce destituyente: el goce del Otro.

El sujeto destituido marca un modo de abdicar a la posición instituida del amo o educador. El analista debe saber ser una «sombra», su certeza es ser de objeto. Un peón con el coraje de acercarse a lo real del psicótico donde naufraga el semblante en la realización de lo real.

Esa «cosa que soy», $(-\phi)$ y (a), del final del análisis no coincide plenamente –pero facilita- el semblante de objeto de la posición del analista en su función. Que la oportuna y estratégica destitución en esos lugares limitados de secretario, testigo, enlazador... posibilite tentar al un sujeto desbocado - locura desencadenada - a «retornar a la psicosis como estructura».¹⁶

¹⁶ Lombardi, G. Cantor, la libertad. *Margen analítico*. Buenos Aires: Letra Viva, 2000, p. 134.

Florencia Farías
Buenos Aires

Lo que queda de la interpretación al final

«El analista zanja; lo que dice es corte, es decir, participa de la escritura, ya que esto sucede en la medida en que equivoca sobre la ortografía...Por eso digo que ni en lo que dice el analizante ni en lo que dice el analista hay otra cosa que escritura».

Jacques Lacan
Seminario *Le moment de conclure*,
20 de diciembre de 1977 (inédito)

¿Existe una interpretación que conduce al sujeto al final del análisis?

En *L'Etourdit*, Lacan define una interpretación que puede conducir un análisis a su término, a que el sujeto se enfrente con su posición de goce. Es una interpretación que provoca una transmutación en el sujeto, que produce efectos estructurales¹. Es decir, una interpretación que empuja al analizante hacia el pase. Es la interpretación por el equívoco. Ella es mínima, subraya sin embargo el decir que se oculta en los dichos del sujeto. Solo con el equívoco como interpretación se puede obtener un efecto de resonancia sobre el goce. El equívoco apunta al objeto sin predicar nada sobre él, produce su vaciamiento, su caída.

Es por eso que no podemos contentarnos con la interpretación de sentido, que lleva al análisis a convertirse en infinito. La interpretación no se pone en serie con el inconciente, sino va en contra de la vocación de infinitud del mismo. Allí donde el inconciente encadena significantes y nos adormece, la interpretación ataca la articulación entre ellos, deshace el efecto de cifrado, apunta a lo real.

¹ Soler, C. *El decir del analista*. Paidós.

Se necesita de una interpretación que produzca la división subjetiva. Es decir, una interpretación capaz de producir «el eclipse de la interpretación».

Interpretación y pase

El punto en que me interesa detenerme es el siguiente: ¿Cuál es el destino de la interpretación al final de un análisis? Es sorprendente que, a pesar de las abundantes teorías sobre la interpretación, aparece como la gran «ausente» en los testimonios recogidos en el pase. Es muy poco lo que dicen sobre ella. Y si bien el pasante relata las propias interpretaciones sobre su historia, sobre sus sueños claves, no aparecen las interpretaciones hechas por su analista, y sí un llamativo silencio sobre él.

¿Por qué este borramiento del analista?, ¿A qué responde este olvido de la interpretación? Los pasantes no traen las interpretaciones, pero tampoco las quejas sobre el supuesto silencio de su analista. Sin embargo, seguramente, podemos acordar, que aunque no aparezcan, no significa que no las haya habido durante el análisis.

Planteo entonces, sostener la hipótesis «La interpretación no constituye un resto». Lo que no nos exime, sino al contrario, nos obliga a preguntarnos sobre sus causas. Una primera respuesta es el obstáculo que implica interrogar a la interpretación desde un punto en que ya no opera, tope para revelar su lógica. Podemos pensar que la interpretación pierde su valor de verdad al querer reproducirla, al ser siempre efecto del contexto. Es difícil ceñir cómo operó para el sujeto el significante de la transferencia o el punto de impacto en que el análisis libera al sujeto el sentido de su síntoma. También podemos respondernos que la interpretación cae bajo los efectos de la represión, del après-coup que retoca lo sucedido. O pensar que cuando un enunciado tiene efecto de interpretación, es siempre del Otro. Y va a tender a negarlo, a los efectos de reestablecer la identidad de pensamiento.

Pero quizás lo más importante es lo propio del dispositivo del pase. Se trata de una transmisión indirecta, en que la interpre-

tación adquiere otra perspectiva: se tiene acceso a lo que ocurrió en ese análisis por medio de los pasadores, quienes ordenan el relato de un modo singular a cada uno. Es decir, la interpretación, ha sufrido una metamorfosis. Y al fin al cabo la interpretación es algo oído: lo que se transmite en el pase, no es sino el efecto de lo que fue oído, y por lo tanto perdido². Se podría añadir, que en el testimonio, los dichos del analizante y los del analista se convierten en una sola cadena, implicando un borramiento de lo que pertenece a uno y lo que pertenece a otro.

Nos confrontamos entonces, que por el dispositivo del pase sólo alcanzamos a recoger retazos, «hilachas», de cómo un analizante se despide de su inconciente. Siempre nos quedarán agujeros, lagunas, entre su relato y la experiencia de su análisis. Esto mismo favorece el que no caigamos en un ideal del fin de análisis, pero también, el que tengamos a menudo la sensación de... tantos años para obtener «simplemente esto».

Sin embargo, los testimonios del pase nos permiten rescatar algo del acto analítico, ir en contra del olvido. Se logra, rescatar algunas interpretaciones inolvidables, ¿cuáles? Las que marcan un antes y un después. Las que afectan su verdad de goce y el sujeto ya no puede ser el mismo.

Todas estas tentativas de respuesta a la ausencia de las interpretaciones tienen algo de verdad, pero no terminan de explicarla totalmente. Pongo a consideración mi idea: *su ausencia es inevitable ya que responde a la misma estructura de la interpretación lacaniana.*

La interpretación a la letra

Un análisis va del pleno desarrollo de la asociación libre hasta su agotamiento. Lacan en *L'Étourdit* nos muestra un recorrido que va desde el «Te lo hago decir», a una formulación

² Autores varios. *Los poderes de la palabra*. Buenos Aires: Paidós.

que está mas cerca del fin de análisis que es «Yo lo digo». Es en ese punto donde la función interpretante del analista está completamente agotada. Ahora bien, ¿cuándo decir que la interpretación ya no opera, que ya no hay nada más que agregar?

Un ejemplo clínico, una analizante que recorría los últimos tramos de su análisis, que había logrado cernir su posición de goce alrededor del significante «Ser abandonada», transitando los abandonos reales sufridos en su historia: el de su madre, la muerte de un hermano, separación de su partenaire, llega a una sesión y me comunica con convicción que ha tomado una decisión, y es que esta será su ultima sesión. Sólo le respondo: «Es una decisión». Entonces lee con la misma convicción que le estoy diciendo «aún no es el momento». El semblante de que hay Otro que garantiza su acto, mostró que efectivamente faltaba una vuelta más. Todavía no ha logrado diferenciarse totalmente del sujeto-supuesto-saber, hay consistencia del Otro, pues sigue interpretando las palabras de su analista. Si hay un fin de análisis, se constata: no hay más interpretación ni de los silencios, ni de las palabras del analista.

Hay una caída del Otro, pero eso no quiere decir que caiga la gratitud, el respeto, pero ya no hay interpretación analizante del deseo del analista. Ya no hay interpretación que ponga en marcha el análisis. Es lo que permite al análisis trascender a la relación de identificación fálica de un sujeto. La interpretación debe ir socavando la creencia en el sujeto supuesto saber, el análisis no funciona sin él, pero tampoco es posible terminarlo sino es liquidándolo. Y esto es responsabilidad del analista. Al hacer mella en el sujeto supuesto al saber, la interpretación también hace mella en el fantasma. Es un momento, de aceptación no sólo del sujeto, sino también del analista, de la caída final de la presencia. Por eso decimos, que la interpretación requiere del analista el valor de afrontar la consecuencia de su propio acto, cuya perspectiva es su propia desaparición como analista.

Entonces, nos preguntamos ¿a qué tiende la interpretación? Se nos hace inteligible, que la interpretación no está abierta a todos los sentidos, que sólo desemboca en uno: el de la castración, que Lacan asimilara al no-sentido de la relación sexual. Es

la interpretación que reduce las significaciones, que al mismo tiempo va cuestionando la interpretación fálica del sujeto, bajo la única forma en que esto es posible, esto es, destruyendo al Otro. Lo cierto es que el fin de análisis es una cuestión lógica que da cuenta de la solución del problema, una vez que se han recorrido todas las formas posibles de imposibilidad, o sea una vez que se han recorrido todas las formas posibles del síntoma. Apunta sin embargo a la certeza, la reducción de los significantes a un sin-sentido permite encontrar la determinación de toda la conducta del sujeto.

Entonces, ¿Qué es lo que se escribe de la interpretación? ¿Cómo se verifica que se trata de un real? Extremando podríamos decir que al final no hay muchas interpretaciones, solo hay una, la que interpreta lo que se escribió. Dice Lacan «El efecto de la interpretación es el surgimiento de un significante irreductible»³, que no tendría ninguna especie de sentido y que abriría a lo real, significante que tiempo después lo llamara letra, elemento extraído del inconsciente, fuera de la cadena, que no representa nada, sino que el goce esta inserto en ella. Hay una fijación de goce en la letra misma. Lo esencial es que el sujeto vea en qué significante irreductible, traumático esta sujetado como sujeto. Esta significación de valor fijo está determinada por la singularidad de algunos pocos significantes, que si son alcanzados, si se da justo en que ellos, tal vez dejen de funcionar como respuesta y logren constituir un enigma, es decir queden abiertos de sentido.

Si el nombre del goce del sujeto, así aislado, coincide con el eclipse total de la interpretación es porque ese nombre es el mismo, es su propia interpretación.

Se explicaría así la ausencia de interpretaciones en el pase, nos deja una interpretación sin Otro, que ya no se autoriza en el Otro, sino en sí mismo.

Para finalizar, entonces: ¿Cuál sería el destino de la letra al final del análisis? Un destino posible de la letra es el testimonio.

³ Lacan, J. [1964] *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1987, p. 258.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Lacan, J.:

El Seminario

Libro 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1987.

Libro 15. *El acto psicoanalítico*. Inédito.

Libro 17. *El reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1992.

Libro 22. *RSI*. Inédito.

Libro 23. *Le sinthome*. París: Seuil, 2005.

Libro 24. *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Inédito.

Libro 25. *Le moment de conclure*. Inédito.

Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión. Barcelona: Anagrama, 1977.

El Atolondrado, El Atolondradicho o las vueltas dichas. Escansión 1. Buenos Aires: Paidós, 1984.

Nota Italiana. Revista Mundial del Psicoanálisis. Uno por Uno. Barcelona, Buenos Aires: Eolia.

Introducción a la Edición Alemana. Revista Mundial de Psicoanálisis. Uno por Uno. 42 Barcelona, Buenos Aires: Eolia.

La Tercera. Intervenciones y Textos 2. Buenos Aires: Manantial, 1988.

Freud, S.

Análisis terminable e Interminable. Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 1997.

Construcciones en Psicoanálisis. Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 1997.

Soler, C. y autores varios

El decir del analista. Buenos Aires: Paidós. Nueva Biblioteca Psicoanalítica, 1995.

Transferencia e interpretación. Seminario dictado en Colombia. Fundación Freudiana de Medellín.

Finale de análisis. Cap. Transferencia e interpretación en la neurosis. Buenos Aires: Manantial.

La interpretación de Freud a Lacan. Cap. Silencios. Córdoba: Ed. Eol, 1996.

Solano, E. y autores varios

La práctica del Pase. Buenos Aires: Paidós, 1996.

Autores varios

Acto e interpretación. Buenos Aires: Manantial, 1992.

Tiempo de interpretar. Buenos Aires: Eol, 1996.

Los poderes de la palabra. Textos reunidos por la AMP. Paidós.

¿Cómo terminan los análisis? Textos reunidos por la AMP. Barcelona, Eolia, 1994.

La interpretación de Freud a Lacan. Córdoba: Eol, 1996.

Enseñanzas del Pase. Buenos Aires: Eol, 1997.

Chamorro, J. C.

El deseo del analista y el amor. en Modos del encuentro amoroso.

L. Vignola

El decir del analista. Cap. Los tiempos del silencio. Buenos Aires: Paidós, 1994.

E. Feinselber

La interpretación en Psicoanálisis de la sugestión al forraje. Catálogos. Buenos Aires, 2002.

Anita Izcovich
París

La interpretación de lado¹

En 1958, en el Seminario *Las formaciones del inconsciente*, Lacan nos advertía de que las interpretaciones de Freud golpean por su carácter «de lado»², precisamente porque son directivas, forzadas, precipitadas. Son interpretaciones que consisten en extraer del discurso analizante, que se presenta como cerrado, de manera fuerte, la *x* enigmática que está más allá, que se relaciona con el deseo inconsciente, y de presentarlo como verdadero, como veredicto. Es verdad que el propio Freud observaba que sus interpretaciones parecían «forzadas, artificiales, pilladas por los pelos, desplazadas y a menudo incluso cómicas»³.

Se recordarán los casos de histeria e interpretaciones freudianas. Sea el de Catalina, a quien Freud le interpreta su asco así: «Seguramente se dijo usted: 'Ahora hace con Francisca lo que quiso hacer conmigo aquella noche y luego las otras veces'»⁴. O cuando Freud interpreta el deseo de Elisabeth von R. de agradecer a su cuñado, su conflicto entre sus deberes de enfermera y sus deseos eróticos hacia su padre⁵. Para estas jóvenes de principios del siglo XX, que no tenían ninguna idea del Edipo ni del psicoanálisis, estas interpretaciones eran, es necesario decirlo, forzadas. En lo que concierne a estos análisis, que eran más cortos que hoy en día y que buscaban la eficacia de una resolución rápida del síntoma, Freud no dejaba tiempo a las histéricas para elaborar y caer ellas mismas en la cuenta de su deseo inconsciente, inyectándoles injertos de sentido edípico inconsciente.

¹ O 'de través'. N.T.

² Lacan, J. *Le Séminaire. Livre V. Les formations de l'inconscient*. París : Seuil: 1998, p. 322.

³ Freud, S. *Introduction à la psychanalyse*. París: Payot, 1962, p. 218.

⁴ Freud, S [1895] Estudios sobre la histeria. En *Obras Completas I*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, p. 105.

⁵ *Idem*, p. 122.

Lacan subraya la importancia del ambiente cultural de la época para acoger el psicoanálisis. Mientras Freud daba a luz la teoría psicoanalítica, sus pacientes no sabían a qué atenerse. Si Lacan, en 1958, señalaba que el analista aparece como el detentador de las vías y de los secretos, Freud, a comienzos de ese siglo, debía procurar un alcance a su interpretación: ésta es la razón por la que intervenía en posición de juicio, de sanción. Hoy diríamos que era necesario que Freud «forzase» sus interpretaciones para conferirles un valor agalmático, para instaurarse como sujeto-supuesto-saber ante sus analizantes.

A partir de ahí nos preguntaremos, pues, si en nuestra clínica del siglo XXI no tenemos a veces que recurrir a interpretaciones forzadas. ¿Son necesarias y en qué condiciones pueden justificarse? Más exactamente, ¿de qué forzamiento se trataría? ¿es parecido al de Freud? El psicoanálisis es hoy en día ciertamente conocido, mediatizado, pero también, a menudo, desvalorizado, frente a las prácticas conductistas. Ya que el psicoanálisis no es, como al comienzo del siglo pasado, desconocido, no formalizado. Por el contrario, ha sido inscrito en la cultura, en un discurso social marcado por las prácticas conductistas. Es por eso que ciertos analizantes acuden con una demanda de análisis tan centrada en la rápida resolución de síntomas que impide el acceso al discurso analítico.

O bien sucede también que algunos padres vayan a visitar al psicoanalista para una resolución rápida y eficaz de los síntomas de su hijo, acompañados de un «no quiero saber nada de la causa». Es una demanda inscrita en un «yo pago lo suficiente por un servicio garantizado por un profesional que debe saber», en relación con la legislación del «derecho de los usuarios» que hay actualmente en Francia. En estos casos ¿el recurso a la interpretación «forzada», «de lado», abre el acceso al inconsciente? En efecto, en ciertos casos una interpretación que pone en conexión varios significantes puede permitir abrir el discurso de los padres: una interpretación que, por su suplemento significativo, produce una falla, introduce al deseo de saber.

O bien, es el propio niño quien entra en el discurso analítico, percibiendo sus padres sus efectos, interrogándose entonces

sobre la causa del síntoma. Elaboran algo, dejando tiempo al niño para proseguir su análisis, a menudo durante varios años, mientras que la demanda inicial situaba la resolución de los síntomas en algunos meses. Diré que ahí el niño, menos contaminado por el contexto del discurso, tiene una afinidad con el dispositivo analítico, con un acceso al inconsciente del cual sus padres se defienden, apoyándose en un discurso social que le es opuesto. Esto no quiere decir que el niño no pueda tener resistencias: recuerdo una niña que no tenía nada que decir durante sus sesiones y que no dibujaba más que princesas ridículamente adornadas de paraguas y joyas, una de las cuales se llamaba «*Laura Lapie*». Opera entonces el equívoco de la interpretación cuando le digo: «*Laura, l'aura comme l'avoir quoi?*»⁶. Y es entonces cuando su inconsciente deviene «charlatán». En francés se dice «*être bavard comme une pie*» («ser charlatán como una cotorra»)⁷. Y es entonces cuando ella articula su pregunta alrededor de su falta fálica con respecto a su hermano, a su castración y a su posición masoquista en relación a su padre.

La interpretación falsa⁸

Hablaré ahora de una mujer para la cual fue una interpretación «forzada» lo que le permitió entrar en el discurso analítico. Es una persona que durante los primeros meses venía a las sesiones con fuertes resistencias. Hablaba de sus sufrimientos, de sus síntomas, de recuerdos de infancia, de sueños, pero sobre el telón de fondo siguiente: ¿por qué tener que recurrir a un analista? «Yo quería resolver mis problemas sola, o recurrir a una *terapia rápida*». Además tenía una queja recurrente que concernía al precio de las sesiones. Un día llega a su sesión con una publicidad que había encontrado, según dice, asomada a mi buzón. Me la tiende diciéndome: «Observe, vea que existen más técnicas de cuidados que el psicoanálisis y que deben funcionar bien, como el Shia Tsu, una técnica oriental a través del masa-

⁶ El juego homofónico significativo que se produce en francés entre el nombre propio *Laura* y la 3ª pers. sing. del futuro indicat. *l'aura* (lo tendrá) se pierde en español: *Laura, ¿tendrá, como tener qué?*. N.T.

⁷ De nuevo la homofonía intraducible entre *Laura Lapie* y *pie* (cotorra). N.T.

⁸ Falsa en el original. N.T.

je». Y añade con una grosería que no le era habitual, «¡cómo me jode pagarle las sesiones, siento desprecio por el dinero que le doy!». Hice entonces esta interpretación que llamaré «forzada»: «Seguro, Shia Tsu, cagar⁹ encima de sus sesiones y de su analista, como cagó sobre su padre». Me dijo entonces turbada: «¡Yo le había entonces faltado al respeto!».

¿En qué era forzada esta interpretación? Forzada ya en los términos en que expresaba el objeto anal en su aspecto crudo, tomado en la relación transferencial. Forzada también en el sentido en el que la interpretación ponía en exergo, ponía al día, la posición que ella había tenido desde el principio. Forzada también porque enunciaba su deseo inconsciente hacia su padre, que permanecía latente y que había orientado mi interpretación. Era una interpretación que se podría decir *falsa*¹⁰, según la referencia de Lacan en *L'étourdit*¹¹, también en el sentido de «falsa»¹² que depara su carácter «de lado», «caída», o «bien caída». Opera precisamente por ser de lado, en el sentido en que ha revelado un significante inconsciente, produciendo entonces un cambio en el sujeto. La analizante había enunciado, hasta ese momento en que ella quería a su padre, haberla dejado sola con su madre cuando contaba dos años, y que, cuando él la recogía en vacaciones, la dejaba en casa de su propia madre. «Eso no se hace», había añadido. Es un «eso no se hace» que había retomado por su cuenta una vez adulta, en varias ocasiones, en casa de su padre y de su madrastra, cuando mostraba su escándalo contra su modo de vida «pequeño burgués» y sus conveniencias, o cuando su padre tomaba partido por su mujer y no por ella en las discusiones. Sus decepciones amorosas con su padre se saldaban siempre con «escándalos» con un «eso no se hace», que ella dirigía a su padre.

El efecto de la interpretación ha sido el siguiente: la «falta de respeto» que me formulaba estaba asociada a la falta de respeto que ella había mostrado hacia su padre en una circunstancia

⁹ Homofonía *forzada* entre *Shia Tsu* y *chier* (pop. 'cagar'). N.T.

¹⁰ *Falsa* en el original. N.T.

¹¹ Lacan, J. [1972] *L'étourdit*. *Autres Ecrits*. París: Seuil, 2001, p. 459, 477.

¹² *Fausse* en el original. N.T.

muy precisa, relacionada justamente con el dinero. Una vez estudiante adulta había exigido a su padre que le diera una suma muy elevada cada mes: él la invitaba entonces al restaurante y la daba un cheque al finalizar la comida. Asocia entonces que sentía un profundo desprecio por ese dinero, que se aburría durante el almuerzo y lo hacía por el dinero, que se sentía prostituida, dándole a su padre el placer de almorzar con ella pero haciéndoselo pagar. Por otra parte, no quería deberle nada a este padre: rehusaba recuperar los objetos que había dejado en su casa para no tener que reconocer que él le había prestado un servicio, para no deberle nada. Aparece de nuevo el «no deber nada» del precio de las sesiones en la relación transferencial.

Otra falta de respeto concerniente a su padre fue no permitirle conocer a su hija, que tiene ahora tres años. Teniendo en cuenta que él le había arrancado el sentimiento de «sentirse su hija», ella le arrancararía el de que él tenía una nieta.

Lo que la interpretación forzada ha evidenciado entonces es el desprecio inconsciente correlativo a la reivindicación del amor del padre, así como la reivindicación fálica de castrar al padre y no deberle reconocer el falo y la descendencia que le está asociada. Además la asociación siguiente concernía al fracaso en sus estudios, con la formulación de que por sus fracasos repetidos ella «había pagado cara esta falta de respeto». Es preciso señalar que a partir de ese momento en que la analizante entra en el discurso analítico no he vuelto a oír hablar del precio de las sesiones, lo que no quiere decir que no brandirá la consistencia de otro objeto posteriormente.

De lado del deseo edípico

Evocaré ahora otra interpretación forzada, esta vez no en el sentido de permitir al sujeto inscribirse en el dispositivo analítico, sino en el sentido de hacer surgir el «de lado» del deseo inconsciente en una neurosis obsesiva en curso desde de varios años atrás. El analizante se lamenta de que su padre adoptivo, poco antes de su muerte, había rehusado hacer un consejo de familia que le habría permitido, al analizante, heredar la casa de

su abuelo materno. Tres años después de la muerte de su padre, y bastante antes del comienzo de su análisis, este sujeto hizo una proposición ante el notario para obtener de su madre una donación en vida sobre esta casa. Su madre, que al principio había dudado, finalmente rehusó, escuchando los consejos del compañero con el que vivía. El analizante tuvo entonces el fantasma de hacer un borrón y cuenta nueva (*main courante*) contra su madre. Le hice entonces la interpretación siguiente: «Vd no puede exigir lo que su padre no le ha legado y lo que su madre ha decidido con el hombre que ella eligió». El analizante abandona entonces la idea del recurso ante la justicia y se ve en un sueño con la mano de la justicia que corta –lo que evoca ‘*la main courante*’–, que asocia con la de su abuelo materno que sabía rebanar, lamentándose que su padre no haya rebanado en el reparto de la herencia. Sueña entonces que su propia mano se descama, con las asociaciones siguientes: tiene la impresión de haber perdido la piel de su abuelo. Formula igualmente que la esperanza de obtener esta casa le había impedido invertir ante su familia, su mujer y sus dos hijos, y reencuentra ahí las coordenadas de su deseo de muerte. Se puede percibir aquí como la interpretación «forzada», «en el nombre del padre», que designaba el «de lado» del deseo edípico, ha producido un cambio en el sujeto, un «no estoy más ahí», una caída de la identificación al abuelo materno, con la emergencia de un nuevo deseo, sin que eso suscriba la caída de las identificaciones del fin [de análisis].

La interpretación corte

Evocaré ahora la interpretación forzada en el sentido de un «Yo no te lo hago decir». Se trata de una joven histérica que ha articulado su fantasma en torno a una madre castradora, castrando a su marido. La analizante elabora su reivindicación fálica frente a esta madre que la disminuía, rebajaba sus alegrías, suprimía sus objetos de valor. Ha escogido entonces dos objetos privilegiados, pero imposibles de alcanzar: un gran deseo de hijo, pero imposibilidad de encontrar a un hombre que se lo dé, así como la elección de una carrera de músico y la imposibilidad de encontrar un trabajo fijo y duradero. Precisa entonces, en su elaboración, la elección del objeto voz en la música, preci-

sando que a su padre le gustaban las cantantes de ópera de voz fuerte: «Escogí la música porque, por lo menos, cuando yo canto tengo la impresión de que mi madre no podrá jamás tomar mi voz, que está en el interior de mi cuerpo». Interrumpo entonces la sesión, lo que muestra la interpretación como parada, corte, sobreentendiendo un «Yo no te lo hago decir»¹³, pero con un silencio que indica un más allá de este enunciado, lo que ha traído en las sesiones siguientes sueños de castración.

Finalizaré con otro tipo de interpretación que apela al silencio, frente a una analizante que tenía propensión, en su elaboración, a encontrar siempre el sentido a construcciones míticas, a interrogaciones nuevas. En ese caso la interpretación era del orden de preservar lo indecible, la escansión que señala que más allá no hay nada.

Finalmente, para responder a nuestra pregunta de partida, ¿las interpretaciones «de lado» tienen el mismo estatuto que las interpretaciones freudianas? El punto común sería que tienen como efecto «despertar» el inconsciente, introducir el discurso analítico. Pero la diferencia fundamental es que Freud creía en la verdad de sus interpretaciones, en su función de veredicto. Se opondrá entonces la interpretación freudiana, fuerte, directa, verdadera, a la interpretación lacaniana, lateral, alusiva, cuyo «de lado» va a puntear, como lo decía ya en *La dirección de la cura*, «el horizonte deshabitado del ser»¹⁴, o según la formulación de que el análisis debe preservar lo indecible. Sea el horizonte deshabitado del ser o lo indecible, un punto está apuntado en la opción lacaniana: hacer un agujero en el mito. Mientras que a través del mito el sujeto cree encontrar la esencia de su ser, se trata más bien de mostrarle el reverso, a saber que el mito es un puro ropaje. El efecto de verdad es lo que se escoge del saber o lo que «se propone del no saber». La interpretación, en la serie de casos que he evocado, sea suplemento de significativo que hace falla, sea que enuncie un deseo inconsciente, sea que puntee (apunte) el objeto causa del deseo, produce de cada vez una

¹³ *Ibid.*, p. 492.

¹⁴ Lacan, J. [1958] *La direction de la cure et les principes de son pouvoir. Écrits*. Paris : Seuil, 1966, p. 641.

caída del objeto, un cambio en el sujeto: es «de lado», en el sentido de *falsa*, caída.

La interpretación apunta al punto a partir del cual el analizando hace la experiencia fundamental de la huida del sentido.

Roser Casalprim
Carmen Lafuente (relatora)
Núria Rivera
Margarita Santiso
Barcelona

Usos de la interpretación en Jacques Lacan

Desde el comienzo del psicoanálisis la interpretación fue definida como aquello que produce nuevos efectos de significación, es decir aquella que produce un empuje a la asociación libre. Pero si éste fuese el único efecto de la interpretación, podría llevar a un análisis interminable. Es por ello que nos podemos preguntar acerca de qué tipo de decir es una interpretación. En *L'Etourdit*, Lacan define la interpretación de otra manera en relación a otros momentos de su enseñanza: es aquella que produce un efecto de «subversión topológica», es decir, efectos en lo Real. Colette Soler en *El decir del analista* señala que todas las intervenciones interpretativas evocadas por Lacan a lo largo de su enseñanza para hablar del decir del analista, tienen un rasgo en común, son intervenciones o dichos que *dicen nada*. Hacen intrusión en el discurso del analizante y tienen efectos: satisfacen la significación o producen la perplejidad del sin sentido o la sorpresa de la alusión y en todo caso, abren la posibilidad de que el analizante vaya construyendo su respuesta singular. Pero su decir es un decir nada, en el sentido de la proposición asertiva.

La interpretación en Lacan

Las variedades interpretativas que encontramos en Lacan son muchas: el corte, la alusión, el equívoco, el enigma... Pero todas ellas, si son verdaderas interpretaciones, han de sostenerse en apuntar a la causa del deseo, al *objeto a*, pero no como goce apropiable o saber del goce, sino en tanto que imposible, lo cual implica que su función no es revelar el objeto ni saber la causa

del deseo, sino producir el rodeo de esta causa. Partiendo de esta definición hemos buscado ejemplos de interpretaciones del propio Lacan o de otros autores a los que él se ha referido para ver cómo utiliza la interpretación.

Los ejemplos que hemos recensado se pueden ordenar de la manera siguiente: Ejemplos para ilustrar su propia posición, viñeta clínica, crítica o reconocimiento a otros analistas, testimonios de analizantes, presentaciones de enfermos. De todos ellos destacaremos algunos. En primer lugar el ejemplo que da Lacan de lo que no se debe hacer, en el *Discurso a la EFP* de 1967. Comenta la incapacidad del analista, que frente a la insistencia de la demanda responde con un saber acerca del objeto, nombrándolo. Nombrar de este modo el objeto no hace más que consolidar el fantasma, ya que éste es límite y no sostén del deseo.

A lo largo de su obra las referencias a otros analistas son abundantes. En el *Seminario 5 (Las formaciones del inconsciente)* y en la *Dirección de la cura* se refiere a Bouvet, Glover, Kris, y R. Lebovici como contrapunto a sus conceptualizaciones sobre la interpretación. Sus comentarios suelen ser muy críticos excepto en una referencia de *Posición del inconsciente* en la que elogia a su discípulo Leclair y su ejemplo del «unicornio» para mostrar que lo que opera en la interpretación no es el efecto de sentido, sino la articulación en el síntoma de los significantes -sin ningún sentido- que se encuentran allí apresados.

La lectura de los testimonios de sus analizantes es muy interesante. No hemos tratado de recopilar testimonios para hacer como él. Además recordemos su famosa frase «Hagan como yo, no me imiten», pero la fuerza del deseo de Lacan es tan potente que abre muchas cuestiones y es muy sugerente. Entre los numerosos ejemplos que hemos trabajado, hemos seleccionado uno de un control de Mustafá Safouan: Una paciente, que me había consultado por un complejo de inferioridad, se indignaba de que yo la hiciera tenderse en el diván, posición que, decía, la ponía en inferioridad de condiciones. Estuve a punto de replicarle que era una protesta femenina, pero luego pensé que esa interpreta-

ción era vana y fui a hablar a Lacan. Él me dijo enseguida: «¿Pero por qué no le dije que ella estaba allí justamente para hablar de esa posición?» Fue una sorpresa para mí: me preguntaba por qué no lo había hecho. Más adelante encontré la respuesta: estaba demasiado imbuido de mi posición de superioridad y por eso no había podido decírselo.

Lo que resaltan la mayoría de testimonios es, en palabras de Colette Soler, cómo Lacan sabía causar la sorpresa del decir mediante la sorpresa del objeto. «Sabedor del riesgo de las palabras, enmudecía exhibiendo una máscara de furia, hilaridad, un gesto. Igualando por sí solo a la *Commedia dell'arte*».

Las particularidades del ejercicio actual de la interpretación

En este Encuentro se trata no solo de una revisión de la teoría lacaniana de la interpretación si no sobre todo de su uso o desuso actual en la experiencia. Ya se debatió hace años sobre el «declive de la interpretación», lo que habría que atribuir, entre otras cuestiones, la práctica de los analistas, quienes quizás demasiado influidos por las últimas teorías de Lacan, han hecho poco uso de la interpretación. Pero sabemos que el análisis no es posible sin ella. Recordemos que Lacan en el epílogo del *Seminario 11* habla del «deber de interpretar».

Si tuviéramos que resumir brevemente la posición de Lacan en relación a la interpretación, diríamos que se basa en una economía de la significación y del sentido al considerar al saber como un medio de goce. Ahora bien, en la actualidad nos enfrentamos a una clínica diferente a la de Lacan que exige una puesta al día de nuestro trabajo.

¿Cuál es la relación de los neuróticos actuales con el inconsciente? Con frecuencia no encontramos una conexión del síntoma con el inconsciente, o de la sexualidad con el inconsciente. Ha cambiado el lugar de la sexualidad en el mundo, se ha banalizado. Es por ello que lo que Lacan llamaba entrevistas preliminares muchas veces se alargan y ponen al analista en la posición de tener que ser más «explicativo». Eso no necesariamente

significa hacer una psicoterapia (en el sentido de promover la identificación y no la división subjetiva) ni tampoco la posición activa que preconizaba Ferenczi, pero hoy en día para transmitir algo del inconsciente, o promover la división del sujeto ¿hay que plantearse una posición diferente de la época de Freud y Lacan?

Los analistas postlacanianos, han hecho uso del concepto del analista como «un muerto», casi como un *slogan* (al menos en una época), pero el llamado sujeto de la postmodernidad ¿exige una posición más activa y más flexible?. Lacan introduce una modalidad analítica y una teoría de la interpretación en un contexto en el que los analistas que provenían de la época postfreudiana iban pertrechados de un tipo de interpretación cargada de sentido que él critica en *La Dirección de la cura*. Sabemos que el síntoma analizable es un síntoma interpretable que puede ser considerado como un mensaje y, por tanto, llama a la interpretación. Pero hoy, muchos de los sujetos nos llegan identificados a su síntoma, obturando su falta, ¿aceptan estos sujetos de la época postmoderna la interpretación lacaniana, o buscan una interpretación que sea un aporte de sentido? ¿En ese caso, cómo intervenir?

¿Qué interpretan los analistas lacanianos de hoy?. Si seguimos la enseñanza de Lacan sabemos que no se interpreta la transferencia, ni los sueños, ni el fantasma, ¿qué se interpreta entonces? ¿Se interpretan hoy las formaciones del inconsciente?

El amo actual, dueño de un saber cada vez más tecnificado y complejo, induce unas importantes modificaciones en la topología de los síntomas, fundamentalmente en la histeria. No se trata ya del Otro del saber (de la época de Freud) si no del Otro de la nominación. Ese Otro que nomina lo hace a partir de un «tener» en lugar de un «saber» o de un «ser» (o de un «no ser»). La operación sería S_1/a , fijación que promueve la nueva versión capitalista del discurso del amo, en lugar de la versión antigua que articula S_1/S_2 . La operación S_1/a produce una fijación de goce que da lugar al beneficio de una identidad vía diagnóstico, a que el síntoma deje de representar una pregunta para el sujeto. Esta es la dificultad con la que se topa el analista: cómo des-

hacer esta fijación para reconvertirla en una histerización¹. ¿Exige esto una intervención más activa del analista?

La homogeneización del goce que promueve el discurso capitalista, produce como contrapartida una suplencia que hace que el síntoma no llame a la interpretación. ¿Cómo hacer para demostrar que creer en el síntoma es importante? ¿Tiene esto una incidencia en el modo de pensar nuestra práctica?². La finalidad del psicoanálisis no se reduce a la desaparición sintomática, pero a veces, en nuestra comunidad ha habido un menosprecio de la dimensión terapéutica. En esa vertiente, una interpretación que apunte a un sentido puede tener como efecto un alivio sintomático y aunque nuestra práctica no apunte esencialmente a ello, no hay que despreciarlo. Pero, ¿cómo considerar y hacer valer el lado terapéutico del psicoanálisis sin caer en el imperativo que parece regir los tiempos actuales de curar a los sujetos de las marcas de división que permanecen?

¹ Aportación de R. Cevasco en un cartel sobre *Histeria y conversión*.

² Tomado de la intervención de L. Izcovich en las *Diagonales de la Opción Epistémica* del FPB.

LOS COMIENZOS

María de los Ángeles Gómez
Puerto Rico

Del desvío (*Abwege*) al rodeo (*Umwege*): las primeras elaboraciones freudianas sobre la interpretación

«Me pareció casi escandaloso presentarme en este país, consagrado a metas prácticas, como un “intérprete de sueños” antes que ustedes conocieran el valor que puede reclamar para sí este anticuado y escarnecido arte. La interpretación de los sueños es en realidad la vía regia para el conocimiento de lo inconsciente, el fundamento más seguro del psicoanálisis y el ámbito en el cual todo trabajador debe obtener su convencimiento y su formación»¹

Desde sus inicios, el camino (*Wege*) freudiano estuvo marcado por un deseo sostenido que lo llevó a moverse desde el discurso médico, pasando por el proyecto para una psicología científica hasta su propuesta en la Interpretación de los sueños, que marca propiamente el nacimiento del psicoanálisis. De ahí en adelante su continuo trabajo de elaboración teórica y de cuestionamiento clínico se va conformando y haciendo un camino que Freud planteó como caracterizado por el *Umwege*. Tanto en su autobiografía como en el texto sobre el análisis profano, Freud plantea las particularidades de su itinerario, subrayando lo esencial de los rodeos en su proceso de elaboración y su profunda y crucial distinción de los desvíos. Mi interés es reflexionar sobre la manera en que la cuestión de la interpretación se va a ir formalizando como acto fundamental en la clínica psicoanalítica, explorando los diferentes rodeos freudianos en dicha elaboración y las advertencias que Freud hace sobre sus posibles desvíos.

¹ Freud, S. [1909-1910]. Cinco conferencias sobre psicoanálisis. *Obras Completas XI*. Buenos Aires: Amorrortu.

La lectura detenida de los primeros trabajos de Freud -incluyendo la correspondencia con Fliess, el *Proyecto para una Psicología científica* y la *Interpretación de los sueños*- permite dar cuenta del camino en la elaboración de la teoría psicoanalítica que se plantea como un camino atribulado por dudas y dificultades, por un camino que no es línea recta sino rodeo pero con una dirección y una apuesta sostenida por el propio deseo de Freud. Me parece también que la distinción que hace Freud entre el *Umwege* -rodeo- y *Abwege* -desvío- es una advertencia respecto a la dirección que el proceso analítico debe tomar: rodeos sí pero no desvíos. El tratamiento anímico postulado por Freud en ese texto le permitió constatar el efecto de la palabra sobre los fenómenos patológicos, la posibilidad de acceso a un cierto saber inaccesible en estado de vigilia y, sobre todo, la dimensión del amor infantil que sostiene la credulidad del paciente y que resalta el lugar fundamental que el médico es llamado a ocupar para que el dispositivo pueda funcionar. Ante los éxitos aparentes de este dispositivo, Freud será cauto y señalará prontamente los límites del mismo en el tratamiento de los fenómenos psíquicos, alejándose del método de la hipnosis, e indicando que los medios y los caminos para conseguir métodos terapéuticos más poderosos deberán «estar signados por una intelección más honda de los procesos de la vida anímica misma, intelección cuyos primeros pasos se basan justamente en las experiencias hipnóticas».²

Con Freud

Esta puntuación plantea la hipnosis como un rodeo necesario en el itinerario freudiano, de la cual tendrá que alejarse para descubrir la complejidad del funcionamiento del psiquismo y las posibilidades de aprehender y atender el sufrimiento del sujeto y lo que lo sostiene, desde una perspectiva terapéutica que le permita resolver los escollos que la insistencia de los síntomas y la resistencia plantean. El acento al lugar otorgado al médico y la dimensión del amor infantil que sostiene ese lugar como condición de éxito del tratamiento, parecen presagiar el lugar que la

² *Id.*, p. 132.

transferencia irá ocupando en el dispositivo de la cura por la palabra, que Freud irá elaborando.

En ese itinerario, se irá perfilando el lugar crucial de la represión a través de sus escritos de los años 1890 a 1900, estableciendo un giro en la dirección del trabajo terapéutico. Freud subraya que «su meta ya no será la abreacción del afecto atascado en las vías faltas sino el descubrimiento de las represiones y su relevo por operaciones del juicio que podían desembocar en la aceptación o la desestimación (*Werwerfung*) de lo rechazado en aquel momento». Se marca así el pasaje de la catarsis al acto inaugural del psicoanálisis, pasaje en donde la interpretación se irá perfilando como recurso crucial para la cura analítica. Ese nuevo movimiento en las ideas de Freud, con el acento fundamental en el mecanismo de la represión, lo llevará a interesarse en la manera como se organiza y se articula el material inconsciente. El estudio de dichas articulaciones lo llevará a descubrir la importancia de los mecanismos de desplazamiento y condensación en la configuración de las producciones del inconsciente: el síntoma, el lapsus, el olvido y el sueño. La manera como estos mecanismos operan en los sueños se vincula con la censura onírica e implica una transposición o desfiguración, «una mudanza de las representaciones involuntarias en imágenes visuales o acústicas».³ A partir de ello, Freud se plantea el trabajo de interpretación como recurso para descifrar los sueños y descubrir que «su contenido es entonces un cumplimiento de deseo y su motivo, un deseo»⁴. Ese trabajo que Freud distingue con ahínco de la interpretación simbólica y de la «interpretación como tarea imaginaria» y que se aproxima al método del desciframiento, debe darse «en détail y no en masse» sosteniendo la idea del sueño como una composición, como un «conglomerado de formaciones psíquicas»⁵. Desde sus inicios, la interpretación freudiana aparece como un trabajo que apunta al detalle, que se centra en los fragmentos y no en el todo, que va de signo en signo, para descubrir por rodeos, los rodeos a través de los cuales las formaciones del

³ Freud, S. [1900] La Interpretación de los sueños. En: *O.C. IV*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 123.

⁴ *Id.*, p. 139.

⁵ *Id.*, p. 125.

inconsciente se configuran y se articulan con un material cuyo sentido podría ser descubierto. Son entonces las relaciones entre dichas formaciones y el material inconsciente las que deberán ser descubiertas con el recurso a la interpretación que al develar un cierto sentido, des-cubre algo del deseo inconsciente. Este develamiento produciría un cierto conocimiento lo cual añadiría a posteriori un nuevo significado en la cadena asociativa.

En ese contexto, el valor de la palabra irá acentuándose; se trata de una palabra sometida a la regla de la asociación libre que atada a lo que Freud llamó el arte interpretativo permitió demostrar que los sueños «poseen un sentido y colegirlo»⁶. Este arte interpretativo que da un nuevo valor a la palabra, estará vinculado con un lugar diferente, el del analista sobre quien recaerá el peso del uso y efectos posibles de ese nuevo recurso en el develamiento del material inconsciente.

La interpretación, traducción al español de la palabra alemana *Deutung*, significante elegido por Freud para marcar el acto analítico que permite el análisis los sueños, posee una riqueza de posibilidades semánticas ya planteadas desde la antigüedad. Del latín *interpretatio*, Guillermo de Ockham⁷, siguiendo a Porfirio, la define como la traducción de una lengua en otra y también como la expresión de aquello que es concebido por el intelecto. Por su parte, San Isidoro de Sevilla⁸ indica que la interpretación es el acto de explicar el sentido de una cosa especialmente un texto falto de claridad. Traducir de una lengua a otra. Explicar claramente o no acciones que pueden ser entendidas de diferentes modos. Aclaración de la ambigüedad o la oscuridad con que están escritos algunos textos de las leyes. Este gran pensador medieval nos amplía el marco para estudiar la cuestión de la interpretación pues ésta tiene valencias diferentes de acuerdo a su intención. Puede ser *declarativa*: exposición propia y adecuada de las palabras oscuras o dudosas, *extensiva*: ampliación de la ley a casos en ella no expresados, o *restrictiva*: cuando por el

⁶ Freud, S. [1901] Presentación autobiográfica. En: *O.C. I*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 41.

⁷ Baudry, L. *Lexique philosophique de Guillaume D'Ockham*. París : Lethielleux, 1958.

⁸ San Isidoro de Sevilla. *Etimologías*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

contrario, las palabras expresan más de lo que se quiso expresar. Y además ateniendo al lugar y persona desde el cual se lleva a cabo la interpretación, esta puede ser *auténtica* (lo que hace el mismo legislador), *doctrinal* (fundada en las opiniones de los jurisconsultos), *usual* (autorizada por los jurisprudentes).

La interpretación es trabajo y es arte. Sus alcances corresponderían al lugar desde el cual se produce y la intención que la sostiene en relación a la palabra. En tanto trabajo, la interpretación psicoanalítica tiene desde sus inicios una intención, la de permitir que algo del saber inconsciente se descubra. Ya Freud planteaba que el análisis del sueño solo era posible mediante un trabajo de desciframiento que permitiera la traducción de una lengua a otra, con la intención de develar algo del deseo inconsciente: «La interpretación de los sueños es en realidad la vía regia para el conocimiento de lo inconsciente, el fundamento más seguro del psicoanálisis y el ámbito en el cual todo trabajador debe obtener su convencimiento y su formación»⁹ Es un ejercicio que consiste en traducir aquello que de hecho había sufrido un previo trabajo de traducción, pasaje de lo latente a lo manifiesto. Por ello la interpretación implicaría un movimiento regresivo, en términos lógicos, que permite restituir el lenguaje primero en el cual se monta y se estructura el trabajo del sueño. Ese trabajo debería ceñirse a ciertas reglas que le plantean sus límites y posibilidades. El analista tendría aquí una función de mediador más que de intérprete. Siguiendo las formas posibles de la interpretación propuestas por San Isidoro, podríamos decir que la interpretación restrictiva sería la más cercana a la propuesta freudiana de la interpretación, es decir, una interpretación que más que aportar sentido, apunta al hecho de que las palabras dicen más de lo que pretenden expresar. Una interpretación que no añade sino que señala. No se trata de aportar un sentido sino de descubrirlo, en la singularidad de la historia del sujeto y en su condición de deseante. Dado que el deseo es metonímico, el efecto de la interpretación apuntaría entonces a descubrir que ese sentido no es algo que tiene forma y consistencia previa, no es algo que está dado ni que tiene sustancia. La interpretación no tendría un efecto de significado sino de apertura al juego del significante. Freud

⁹ Freud, S. [1909] Cinco conferencias. O. C. Buenos Aires: Amorrortu, p. 29.

estudiará con gran rigor las formas gramaticales que permiten la desfiguración de las representaciones en el trabajo del sueño. Condensación y desplazamiento son los recursos que hacen posible esa traducción, provocando una subversión de los valores psíquicos. En el capítulo VI de *La interpretación de los sueños*, Freud da cuenta de la subversión del material onírico. La interpretación tendría entonces como intención la puesta en evidencia de dicha subversión, abriendo la posibilidad del encuentro del sujeto con su condición de deseante. Si eso es así, la cuestión del sentido y de la interpretación no es algo que esté pre-dispuesto ni que sea anticipable. Hay un cálculo en la interpretación cuya intención sería la de promover los rodeos a través de los cuales vaya ocurriendo un vaciamiento de sentido. Es un cálculo que no suma sino que resta efectos de significado. Entonces las intervenciones analíticas no pueden sostenerse ni encontrar su pertinencia más que a partir de la experiencia.

Con Lacan

El inconsciente como nos lo recuerda Lacan¹⁰ no es, ni es eso, o bien, es eso pero sin valor. Si el inconsciente no tiene ser propio y no es posible cosechar del discurso del inconsciente la teoría que de él da cuenta, ¿Cómo pensar entonces la interpretación y su función como intervención analítica? ¿Cómo repensar la propuesta que Freud hace al elegirlo como acto fundador del trabajo analítico?

Hago una última reflexión a partir de la distinción que Freud establece entre la técnica de la interpretación de los sueños y el uso que es preciso dar a ese arte interpretativo. En su primer trabajo de meta psicología escrito en 1911, Freud hace varios señalamientos y recomendaciones respecto al uso de la interpretación en el contexto del proceso analítico. Nos recuerda que la interpretación siempre debe articularse y someterse a la lógica de la cura. No es un arte autónomo, dice Freud, y forzar la interpretación o peor aún ceder al interés teórico, o fascinarse en su

¹⁰ Lacan, J. La equivocación del sujeto supuesto saber. *Conferencia*. Dictada en el Instituto Francés de Nápoles, 1967.

potencia, puede tener serias consecuencias sobre la cura. Hay aquí un señalamiento clínico pero sobre todo un señalamiento ético.

La interpretación no deja de ser un recurso en el arsenal analítico cuyo uso debe responder a las coordenadas del proceso analítico y a los tiempos lógicos del mismo. Este señalamiento de Freud se articula con la reflexión que hace Lacan en la tercera sección del escrito *Función y campo de la palabra y el lenguaje*¹¹. Aquí Lacan puntúa el deslizamiento operado en la historia del movimiento analítico que alejó a la interpretación de su principio. Ese desvío tendría que ver con la tendencia a la objetivación de la experiencia y el seductor empuje del juego imaginario del cual ya Freud hablaba en su texto de 1900. Es en el campo de la palabra y del lenguaje que la interpretación puede asumir su función, aquella que permitiría descifrar a través de los sueños el lenguaje particular al sujeto. Queda sin embargo la pregunta que hace Lacan: ¿Cómo traducir aquello que no es en sí lenguaje? ¿Cómo traducir aquello que excede las posibilidades de la interpretación, y que desde Freud se sitúa del lado insumiso al sentido -ombligo del sueño-, del lado de lo que resiste, en el terreno del goce y de la pulsión? ¿Cómo pensar aquí la pertinencia de la formulación de la segunda tópica freudiana, que permite incluir en el escenario de la vida psíquica, aquello que es refractario al registro simbólico, aquello que escapa al orden del significante y de la palabra? ¿Cuál sería aquí la función y el alcance de la interpretación? He ahí el desafío de una clínica que nos lleva del registro de lo simbólico al encuentro con lo real, a través de rodeos en donde las intervenciones del analista y el trabajo del analizante apuntan a un pasaje, un vuelco «donde el sujeto ve zozobrar la seguridad que le daba ese fantasma donde se constituye para cada quien su ventana sobre lo real»¹².

¹¹ Lacan, J. [1953] *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. Escritos I*. México: Siglo XXI, 1975, p. 85.

¹² Lacan, J. *Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École. Scilicet 1*. París: Seuil, 1968, pp. 14-30. *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. Directorio 2002-2004*. Barcelona: IF-EPCL, pp. 203-214.

Jacques Adam
París

Cuestiones preliminares a toda dirección posible de la cura analítica

El título de esta intervención, cruzando dos títulos de textos de Lacan, convoca la cuestión de las entrevistas preliminares en la experiencia analítica.

Cuestión más importante y delicada de lo que parece, la práctica de un cierto número de entrevistas preliminares a un psicoanálisis es una práctica que no tiene estándares preestablecidos pero cuya regla implícita compete fundamentalmente a la de las asociaciones libres de Freud.

Este uso de las entrevistas preliminares, tan fundamental como la regla misma, sería un empirismo si Lacan no hubiera dado la lógica que permitiría su teoría del objeto: hacer de las entrevistas preliminares una cuestión de discurso, no solamente un fenómeno intersubjetivo en el que se arregla demasiado bien la prudencia clínica del discurso médico o el prurito evaluativo del discurso universitario.

Todo es cuestión de preliminares, tanto en psicoanálisis como en el amor. La divergencia está, sin embargo, en que el amor puede desembocar en una confrontación de cuerpos, mientras que a la inversa, la confrontación de cuerpos de las entrevistas preliminares (según la expresión de Lacan) debe dejar sitio a una pura confrontación de palabras sobre el modelo de su asociación –digamos- libre. Se ve que la cuestión solicitada es la del goce, el de las palabras, el de la palabra, diferente al de los cuerpos, y que es así como se convoca el campo de la interpretación, de acuerdo a lo que en el campo lacaniano tratamos de interrogar aquí en Buenos Aires, a saber: cómo la interpretación apunta al goce del síntoma, mas allá del deseo. Por eso, es a partir de la interpretación que planteo la cuestión

de las entrevistas preliminares: ¿puede o debe haber un momento interpretativo en este momento decisivo de un comienzo de cura? ¿Qué opera realmente para llevar a un sujeto a un análisis propiamente dicho?

¿Neutralidad...

La escucha, en reserva, del analista en el momento de las entrevistas preliminares, hace pensar, como lo recomienda el principio de neutralidad, que no es ni el lugar ni el momento de la interpretación (salvo que se ceda a la hermenéutica o a la interpretación psicológica salvaje). Si hay una teoría lacaniana de la entrada en análisis) o (¿cómo se hace uno analista?), debe tener su especificidad. La teoría de la entrada en análisis podría depender de la teoría que se tiene (y se tiene una con Lacan) del fin de análisis. Pero esto presenta un riesgo: el de considerar que todo se juega por adelantado, que la cifra del sujeto (como dice Serge Leclair) al final de la experiencia estaba ya contenida en el mensaje del comienzo. El riesgo sería restablecer criterios de evaluación de otra clase, ordenados sobre un fin de análisis conforme a lo que había aparecido al principio.

Una teoría de la entrada en análisis podría depender de la concepción que tenemos del sujeto y de la interpretación. Sin embargo, no es seguro que exista una teoría lacaniana específica de la interpretación. No es un concepto fundamental del psicoanálisis, ni freudiano, ni lacaniano. Es una noción epistémica, histórica y transdisciplinaria (filosofía hermenéutica; Religión; Cábala; magia; incluso se puede añadir el discurso científico). Para el psicoanálisis, es modestamente un saber-hacer del acto, -de un acto que emplea solo palabras para tener un efecto en lo real (efecto diferente al mágico, y en el que el analista debe responder).

Se trataría entonces, de saber cómo las entrevistas preliminares, que Lacan eleva a la condición de necesarias para la entrada en análisis, convocan este saber-hacer delicado y más bien traidor de las palabras que operará el paso del sujeto a una entrada en análisis -y no a una psicoterapia, por ejemplo. Se ve

en el paso la importancia política de la cuestión. La interpretación puede, como la felicidad para Saint-Just, ser un factor político.

En nuestro Campo, el de la economía de goce, veamos qué puede ser esta promesa de interpretación, en relación a la demanda, a la transferencia y al discurso. Si la tentación interpretativa es grande a veces, desde el momento de las entrevistas preliminares, es quizás porque en este gran momento de equívocos de los primeros encuentros, se piensa que la interpretación como práctica del equívoco tocará en el punto justo, es decir será afín a los mecanismos del inconsciente. Uno se da cuenta rápidamente que es inútil e incluso peligroso en principio, porque el inconsciente ha procedido ya por interpretaciones y sin la transferencia, el modo apofántico de la interpretación no puede valer. Se sabe que una interpretación exacta, incluso no precoz, puede ser falsa (es el caso de Kris con el Hombre de los sesos frescos) y que una interpretación inexacta puede ser verdadera (es el caso de Freud con el Hombre de las ratas).

El momento de la demanda no puede tratarse por la interpretación, porque la demanda de análisis no es la demanda analítica y la respuesta por la frustración llevaría evidentemente a cortar toda posibilidad de análisis. Hay otros forzamientos sin ser la frustración que deben permitir la entrada en análisis.

...o forzamiento?

La primera, es mantener en la dimensión de la transferencia la demanda de saber que hay en la demanda analítica. La prisa juega un importante papel en las entrevistas preliminares que permiten operar el paso al análisis, es decir que el sujeto sepa lo que quiere decir esperar cuando habla de sus goces. Sabrá siempre demasiado pronto lo que había querido ignorar hasta entonces. La conversión de las entrevistas preliminares en análisis propiamente dicho tiene siempre algo de precipitación, de una precipitación que es necesario acompañar y modular a favor del discurso que se quiere sostener.

La histerización del discurso, en los sueños de transferencia por ejemplo, desde las entrevistas preliminares, no basta como criterio para decidir una entrada en análisis, incluso para permitirse el uso de una interpretación en nombre del hecho que «el deseo no se capta mas que en la interpretación» (Lacan). Nos gustaría, en el fondo, que las entrevistas preliminares prepararan bien este tiempo en que la interpretación atraparé también y modificará el goce del sujeto. Se puede llamar este tiempo preliminar el tiempo de la puesta en funcionamiento del discurso analítico, un discurso que no se sostiene mas que en la palabra y que limita el goce de los otros discursos.

En la época del lenguaje y del inconsciente estructurado como un lenguaje, Lacan oponía la palabra vacía a la palabra plena, la que es conforme con lo dicho. En la época del discurso y del goce, utiliza la tensión entre el decir y el dicho para hacer entrar en la lógica los principios mismos de la regla fundamental de las asociaciones libres, la que sostiene todo el trayecto analítico del comienzo al final.

Las entrevistas preliminares comienzan con la libertad de palabra. Lo que se dice no habla mas que del goce del sujeto. Para que este dicho sea interpretable como articulación lógica del inconsciente, es necesario pasar por el forzamiento, la violencia de este decir que representa la regla fundamental. Es decir, que este decir haga discurso. ¡Diga! Decía simplemente Lacan al comienzo de una sesión. Todo pasa entre la libertad de palabra y el forzamiento del decir. En esto reside la astucia y la eficacia de la regla fundamental. La regla fundamental es el semblante, -el semblante de poder decir toda la verdad, que introduce al sujeto en el discurso analítico. El psicoanalista es el que tiene que dar signos, dejándose instalar en este lugar enigmático de objeto en la transferencia, en este lugar de objeto que hay que decir -el goce reprimido- que está como olvidado tras el dicho.

La escucha del analista en las entrevistas preliminares no es sin embargo ni semblante ni escucha interpretante. Es lo que permite un decir-interpretante. La neutralidad, digamos benevolente, no es el mejor signo que puede hacer el analista para provocar este decir-interpretante que operará mas tarde a lo largo

de la cura. El analista, está forzado a no intervenir ni demasiado pronto ni demasiado rápido; él presentifica desde la entrada en análisis este límite de la interpretación del discurso analítico. Pero lo hace autorizándose en el goce del semblante que le ofrece la regla analítica y que la encarna «en cuerpo», hasta que el sujeto se autorice a ser analizante reencontrando el goce ambiguo de las palabras.

Es decir, que el saber-hacer del analista en su acto, desde la escucha inicial, depende también de lo que el mismo ha hecho de la regla fundamental en su propio análisis. Sabe que el saber es diferente de un medio de goce para tocar la verdad y que la interpretación no puede volverse operativa hasta haber obedecido a la función del semblante puesto en marcha en las entrevistas preliminares en nombre de las virtudes lógicas de la regla fundamental de asociaciones libres.

Si hay una teoría lacaniana de la entrada en análisis, no puede depender más que de nuestra comprensión y aceptación de la teoría del objeto lacaniano. El objeto del psicoanálisis lacaniano no es evidentemente la interpretación, en ninguno de los sentidos de la palabra objeto, sino en sus límites. El objeto del psicoanálisis, es el analista forzado en los límites de la interpretación. Para esto le sirven las entrevistas preliminares en una verdadera cura analítica.

Con la psicosis

¿Hay condiciones preliminares a todo tratamiento posible de la demanda con el psicótico? La cuestión es válida, solamente si se considera que hay demanda en un psicótico.

La *doxa* dice que, demasiado «regresiva», la demanda no existe en la psicosis. Los lacanianos dicen que toda demanda es demanda de amor: la capacidad de amor puede existir en la psicosis, aunque sea bajo la forma de la *philia*, la amistad.

La demanda de análisis puede aparecer muy intensamente en un psicótico (por razones, a veces delirantes), pero la acogida de

esta demanda no se trata de manera diferente a la neurosis. Lo que cambia será la manera de dirigir la cura.

La interpretación no tiene, evidentemente, lugar en las entrevistas preliminares con un psicótico, simplemente porque ya está demasiado presente en el decir del paciente y podría conducir a un delirio compartido.

¿Qué pasa con la posición de semblante? Mi respuesta sería: la dimensión de semblante está de entrada, en el encuentro de palabra buscado por el psicótico: las palabras parecen decir, decir lo que el paciente cree que es la verdad (de su dolor, de su delirio, de su «interpretación»). El psicótico no tiene ninguna dificultad en «autorizarse el goce por el semblante» («su objeto *a* lo tiene a mano») Se debe privilegiar, no la imaginarización de la realidad sino la dimensión simbólica del semblante, la de las palabras que engañan (sobre la significación de las cosas de la realidad), la de la transferencia que implica engaño, sobre la realidad del amor.

Se puede incluso llegar a decir que el psicótico está, de entrada, en el discurso analítico: no hay más que hacerse su escriba (el secretario del alienado), es decir autenticar la dimensión de semblante que hay en la dirección al Otro, acusando recibo de su producción, de su síntoma, de su respuesta antes de la pregunta. Es decir, ayudar al psicótico a vaciar sus bolsillos señalándole que el plus de goce no es más que un semblante de satisfacción. Esto es quizás más accesible directamente al psicótico que al neurótico que encuentra en la potencia de la palabra y de la transferencia sólidos motivos de resistencia al efecto de interpretación y del semblante.

La evolución de la demanda de análisis

No reulando ante la caricatura aunque sin burla, se puede uno preguntar, por qué hay más taxistas argentinos en análisis que franceses (u otros).

Muchos factores ligados al discurso entran sin duda en juego, pero tengamos en cuenta éste: ¿se trata de demanda de análisis?

Las entrevistas preliminares, en el sentido en que he hablado, son, me parece, decisivas para situarse en el campo lacaniano, entre el tratamiento del deseo en la cura y el tratamiento del goce.

Ahora se queja uno mucho de la sociedad de consumo, en cualquier país, por la falta o el exceso de goce. Es una especie de síntoma *ready-made* que hace su aparición empujando a la exigencia de interpretación. Resistirse no me parece una mala posición para preservar lo que Anita Izcovich llamaba aquí mismo *el ágalma* de la interpretación y de sus efectos.

Contra la interpretación *ready-made*, pongámonos mas bien al paso de la coacción de las leyes del lenguaje. «No hay mas que la poesía que permita la interpretación», nos ha recordado Lacan.

Enrique Katz
Buenos Aires

Comienzos de análisis: Sujeto supuesto saber y transferencia

Introducción

Sujeto-supuesto-saber y transferencia no se confunden. El sujeto-supuesto-saber explica el movimiento que desencadena la transferencia y por lo tanto el comienzo de análisis. Lacan presenta en la *Proposición del 9 de Octubre de 1967 sobre el analista de la escuela* (primera versión), al algoritmo de la implicación significativa y lo hace como la formalización del sujeto-supuesto-saber.

Hay fenómenos que se pueden reconocer, y que indican que alguien que al inicio sólo ha demandado ayuda terapéutica se ha comprometido en un análisis. Que su queja se le torne una cuestión, que se transforme en una pregunta, que se subjetivice una situación hasta ahora desconocida o que se descubra que el problema era otro. Que de una u otra manera se instale en quien consulta la inquietud por algo que no sabía, que lo enfrente a su división como sujeto, y que surja un dicho: el significante de la transferencia.

Sólo así podrá demandar un saber que no tiene, pero ahora habrá de suponer que existe. Por lo tanto, si existe, habrá uno que sobre esto sabe. Ahora lo que empuja no es sólo su sufrimiento, es la falta de un saber y ese saber le importa. Se ha instalado el sujeto-supuesto-saber y el estatuto del analista reposa en que se ofrece en sostener el proceso de saber, como objeto de la demanda, como causa de deseo.

Creencia: hipótesis de Dios

«En tanto se diga algo, allí estará la hipótesis de Dios»¹

Por estructura en el saber hablante, funciona la disposición a creer en algún Dios. Hay distintos personajes, que a lo largo de la vida le dan a esa creencia actualidad y consistencia. La transferencia analítica como resultado, ya que el medio son las palabras, esta determinada, por los mismos resortes estructurales que la religión. El principio de la transferencia, es que al inicio del tratamiento analítico, hay posibilidad de que el paciente ubique al analista, como el destinatario de su fe. Entonces, el fenómeno de la creencia y la instalación del sujeto-supuesto-saber en el horizonte subjetivo, es consecuencia exclusiva de la inmersión del ser parlante en el lenguaje. En la religión hay verdad sin saber, la verdad más que denegada, esta confiada a Dios, por ejemplo: La doctrina del juicio último, el momento de la verdad última.

La cura analítica se apoya en esta religiosidad del analizante, y tiene como meta disolver la consistencia imaginaria de la ilusión transferencial que se plantea al comienzo de un psicoanálisis.

«(...) de lo que se trata en un psicoanálisis, en virtud de la experiencia del inconsciente, consiste precisamente en borrar del mapa esa función del sujeto-supuesto-saber»².

Transferencia como resultado

A propósito de lo que se puede plantear en la práctica analítica con relación a la transferencia, quiero subrayar la transferencia como resultado para la dirección de la cura, y no como un medio (las palabras a través de la asociación libre).

Así es como se advierte. Que el S_2 (saber inscripto) es a constituir por la conexión de significantes, y es a interrogar en el lugar

¹ Lacan, J. [1972-1973] *El Seminario. Libro 20. Aún.* Buenos Aires: Paidós, 1998, p. 162.

² Lacan, J. [1967-1968] *Le Séminaire. Livre XV. L'acte psychanalytique.* Inédito. Lección de 7 de febrero de 1968.

de la verdad en relación con la posición del analista. En psicoanálisis transferencia y verdad se articulan vía la palabra, pero no son equivalentes, En psicoanálisis la verdad es la del sujeto. Se trata de atender y ubicar en que posición queda el sujeto respecto de los discursos, a partir de la expulsión del sujeto-supuesto-saber. Es por eso que Lacan concluye: «¿qué quiere decir, por lo tanto análisis de la transferencia? si algo quiere decir, no puede ser otra cosa que la eliminación del sujeto-supuesto-saber»³.

Freud reconoció a la transferencia como un elemento específico del accionar analítico. No analizar la transferencia no la hace intervenir menos, implica servirse de ella en sus efectos de sugestión.

Algoritmo como operación de discurso

Pasar por el algoritmo de la implicación significativa, que da lugar a la operación sobre el sujeto-supuesto-saber, hace posible no considerar a la operación de transferencia como metalingüística y como por fuera de los discursos, extradiscursiva.

La operación algorítmica escrita como:

$$\frac{S_1 \longrightarrow x}{s (S', S'', \dots S''')}$$

es una operación discursiva, es por eso que la escritura del mismo, se aloja y tiene como condición la escritura misma del discurso del inconsciente, del discurso Amo, como lo escribió Lacan.

Se lee en la línea superior la condición de la estructura del discurso que da lugar al advenimiento del sujeto, donde el significativo de subíndice uno, representa al sujeto para otro significativo cualquiera.

El S_1 , da lugar a la suposición, a la hipótesis del supuesto de un sujeto. Por eso Lacan lo llama significativo de la transferen-

³ *Id.* Lección de 29 de diciembre de 1967.

cia, que habrá que despejar por fuera de todo significado, articulando el síntoma a la transferencia; por lo demás única forma de considerar el síntoma en psicoanálisis.

Este significante implica a otro que en principio es cualquiera, una x , un término respecto del cuál se sitúa el deseo del analista. En el lugar del significado, bajo la barra, «pero reducido al palmo» de la suposición que proviene del «primer significante», encontramos la s pequeña, al sujeto supuesto como imaginario, en relación a los significantes en el inconsciente. Significantes que se encuentran organizados en conjuntos abiertos y disyuntos en el lugar del Otro, constituyendo el saber bajo el cual el sujeto queda en posición afanística, alienado respecto del Otro. Esta descripción de la operación de alineación, es necesaria para que tenga lugar la transferencia analítica.

«Transferencia de trabajo» del saber; trabajo que tiene lugar a través de los lapsus, actos fallidos, sueños, es decir, todas las formaciones del Inconsciente hacen posible el reencuentro de los significantes inmersos en *lalengua*. Todo lo que se recoge metabolizado del trabajo de saber en *lalengua*, se anote como término del discurso S_2 , representante del saber inconsciente.

La operación transferencia extrae y limpia los significantes del campo del goce.

Hay que considerar esta operación, en tanto está respecto del discurso del analista, coloca - a diferencia del discurso Amo que lo hace en el lugar del otro- el S_2 en el lugar de la verdad, sometiendo al saber a su más profunda interrogación. Operación Verdad la llama Lacan, que sostiene el Acto de expulsión del Sujeto Supuesto Saber. Y la verdad es la del sujeto, en psicoanálisis, el sujeto supuesto de la palabra, aún dividido por el lenguaje.

Verdad y saber

Lacan usa el término *fundamento* para hablar del lugar de la verdad, eso pone de relieve, que si bien es el agente el que orga-

niza el discurso, es su soporte, su fundamento, el que decide el obrar del agente, y en este caso, su fundamento es la verdad. La verdadera estructura de un discurso se conoce por lo que ocupa dicho lugar. En el discurso del analista lo ocupa el saber. Lacan precisa: «Toda la articulación del S_2 existente, todo lo que se puede saber» y agrega, «en el discurso del analista, a todo lo que se puede saber, se le pide que funcione en el registro de la verdad»- Primera manifestación de la formula: «El saber en el lugar de la verdad».

Ahora ¿qué es toda la articulación del S_2 existente?

- El saber que se obtiene escuchando a su analizante.
- El saber adquirido registrable
- El saber hacer analítico.

¿Y cuál es el concepto de verdad que esta en juego?

Varios lugares en Lacan explicitan el estatuto de la verdad en psicoanálisis- queda claro que no se trata del concepto de verdad como adecuación del intelecto con la cosa, de los dichos con los hechos. La verdad en psicoanálisis se sitúa en un campo de descubrimiento y es inseparable de los efectos de lenguaje, es interior a los dichos. Lacan insiste cada vez más que el estatuto de verdad es *Aleteia*, revelación heideggeriana («arrancarse el ocultamiento, enfrentando a éste»). Verdad con relación con el ser, que se revela y se desoculta, pero a la vez permanece oculto. Relación con lo oculto que no se puede suprimir, y que no es un límite al saber, es una dimensión esencial de la verdad (represión originaria que no se puede levantar...la verdad no es toda). Lacan toma la verdad como la verdad del sujeto, no del ser, y con sus raíces en el descubrimiento freudiano, la verdad, como verdad de la castración.

A modo de conclusión

«La transferencia no se concibe sino a partir del término sujeto-supuesto-saber» (...) «este término exige una formalización que lo explique».

El sujeto-supuesto-saber explica el momento en que se desencadena la transferencia y por lo tanto el comienzo, en su sentido más estricto del análisis. La transferencia no se explica sólo por el sujeto-supuesto-saber, pero este es su eje y su punto de partida.

Se puede considerar al algoritmo, como el del comienzo del análisis y también como el algoritmo de la transferencia, porque su desencadenamiento coincide con la formación del sujeto-supuesto-saber. La equivocidad del término le permite conjugar en el sujeto-supuesto-saber: 1) La «formación», así llama Lacan al sujeto-supuesto-saber, como cuando se dice «formaciones del inconsciente». 2) Su efecto de suposición, de creencia, como «suposición útil para comprometerse en la tarea analítica, a saber, que hay uno el omnisciente, llámenlo como quieran, que ya sabe todo eso, todo lo que va a pasar...es un acto de fe». Este acto de fe, hace posible el recorrido del camino que «si todo va bien» conducirá a la caída del sujeto-supuesto-saber- llegado a este punto: solución de la transferencia y comienzo del final de análisis.

Se puede decir que el sujeto-supuesto-saber es:

- Un significante que se agrega al sujeto (imaginario).
- El elemento tercero, significante que permite que se desarrolle la situación entre dos partenaire (simbólico).
- Lo que ocupa el lugar de referente aún latente, el objeto *a* (real).

Esta nueva relación al saber, resulta de la introducción de una formación significativa que tiene como efecto de significación una nueva creencia.

En el curso del proceso analítico se revelará en el lugar del sujeto-supuesto-saber, el objeto *a* como causa de la transferencia.

¿Qué lugar ocupa en este proceso la persona del analista?

- Desencadena «el movimiento de investidura del sujeto-supuesto-saber».

- Situación que lo envuelve, no abarca su persona.
- La investidura no le está necesariamente destinada, ni sabe nada del saber que se supone existente (S',S'',.....,S''')
- Ese Sq no se distingue por saber sobre aquel saber.
- Solo «supone la particularidad», es algún, es cualquiera. Es alguien a quien «le ha caído bien el sayo». Esto es lo que se grafica- bajo el significante de la transferencia- *détalle* que define la posición del analista- Se trata de preservar al análisis de la fatuidad, petulancia de los analistas, ya que siendo cualquiera, es el único responsable de desencadenar con su intervención, con su acto, la transferencia analítica.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Etinger, D. *Descifrando psicoanálisis con Lacan*. Lugar Editorial.1997.

Lacan, J. *Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la Escuela*. Primera versión. Ornicar ? 1. Barcelona: Petrel, 1981, p. 16.

Lacan, J. [1967-1968] *Le Séminaire. Livre XV. L'acte psychanalytique*. Inédito. Lección 20 de marzo de 68.

LA DIRECCIÓN DE LA CURA

Diego Mautino
Roma

L'a-cause analítica, aún

Preliminares

En *La dirección de la cura*¹, el deseo del analista es un operador necesario para preservar, en el tratamiento, el deseo analizante. ¿Esta necesidad de que el lugar del deseo, irreductible según Freud, sea preservada debe acarrear que pueda ser apaciguado?

El deseo puede ser apaciguado por los objetos de la oferta y de la demanda, por el Bien y los bienes. Es importante preservar el lugar del deseo en la dirección de la cura. Para ello es necesario que ésta se oriente sobre los efectos de la demanda, que constituyen el principio del poder de la cura.

La demanda del analizante recuerda la necesidad de la operación «deseo del analista». Esta operación se revela: - condición para el analizante de aperebirse de que su demanda se arraiga en una falta irreductible del deseo y: - oportunidad de darse cuenta de que los objetos propuestos para colmarla acarrear un señuelo.

Lacan califica de patológica la inclinación que empuja al sujeto a la identificación con el objeto de la demanda haciéndole olvidar la falta irreductible del deseo. Por esta incompatibilidad del deseo con la palabra la ética del deseo es una ética del silencio. «[...] para que la interpretación encuentre el horizonte deshabitado del ser, donde debe desplegarse su virtud alusiva»²; la intervención evocada al final de *La dirección de la cura* rela-

¹ Lacan, J. [1958] *La direction de la cure et les principes de son pouvoir. Écrits*. Paris : Seuil, 1966, pp. 585-645.

² *Op. cit.*, p. 641.

tiva al silencio es la alusión. Hace oír algo sin convertirlo en dicho. La ética del silencio – dado que no responde a la demanda sobre el ser ni a través del Bien ni a través de los bienes – puede inducir, en la cura, limitando el silencio sacrificial del Superyo, efectos benéficos sobre el deseo.

El deseo en tanto que efecto de lenguaje –deseo articulado e inarticulable– se revela incompatible con la palabra. Esta incompatibilidad –ya en este escrito– desvela por anticipado lo imposible de decir y dos modalidades de tratamiento: 1/ el lenguaje del psicoanálisis; 2/ el discurso psicoanalítico.

Función de l'*a*-causa

En Roma³, Colette Soler definía lo real del traumatismo como un defecto de inscripción en la memoria del inconsciente que tiene como consecuencia no poder olvidar. Si por el contrario se inscribe, se puede olvidar.

Aún haciendo función de causa en la división del sujeto por el inconsciente, el olvido condiciona también la elaboración de la experiencia en términos de saber. Sosteniendo la elaboración a través de la asociación libre se obtiene la institución del sujeto-supuesto-saber en la entrada del análisis.

Siguiendo el lenguaje del psicoanálisis, por el envite de la asociación la causa se disuelve en las «motivaciones inconscientes». Si se separa la verdad de lo real no se llega a aprehender, por ejemplo, cómo una interpretación podría conducir un análisis a su término. L'*a*-causa, puesta en marcha por el bies del objeto del deseo en el fantasma, permite la transición de la etiología a la causalidad, es decir del lenguaje al discurso. Sus efectos reales condicionan, al final del análisis, la producción de un «sujeto asegurado de saber»⁴.

³ Simposio Internacional organizado por *Praxis* – FCL en Italia: Perché la guerra... ancora? Roma, 7-8 junio 2003.

⁴ Lacan, J. [1972] El atolondradicho. *Escansión. Ornicar ? 1*. Buenos Aires: Paidós, 1984, p. 60.

En la estructura del discurso analítico la caída de un objeto delimita una ley que pone en marcha l'a-cause, soportada por una letra (*a*). La ubicación de ésta en la estructura tiene como efecto una reducción del lenguaje del psicoanálisis. Esta función aporta un término al discurso y, en este caso, el discurso analítico toma sus asientos como «un discurso sin palabras».

La praxis del discurso analítico establece la necesidad de situar lo real en relación al inconsciente como «no realizado». Freud no pudo definir el estado de lo real; la teoría, desarrollada hasta constituirse en discurso, lo impone. «Si los dichos del inconsciente, los mismos que Freud descubrió, no afirman nada sobre la limitación de goce, nada, salvo que el uno único aspira al dos, pero sin encontrarlo. No dicen otra cosa que el dos es imposible de alcanzar, pues no hay relación sexual. Decir esto se concluye por deducción, y decirlo del uno, en este caso Freud, es proferido por el otro, Lacan»⁵.

Situar l'a-cause de acuerdo con el concepto de inconsciente como «no realizado» permite que el inconsciente se realice por un acto de identidad (*tychique*) en el orden del discurso. Esta identidad encuentra su legalidad simbólica en la repetición, que es la ley del deseo. La repetición de la demanda en el discurso analizante presentifica lo imposible de esperar del dos de la relación sexual.

El tiempo necesario

Partiendo de la fenomenología de la percepción del cuerpo en el registro imaginario, Freud descubre gracias al masoquismo un suplemento de goce que conllevará un más allá de la lógica de elementos discretos, del tener – no tener.

En los años 1969-70, en el curso del seminario *L'envers de la psychanalyse*⁶, Lacan expone los fundamentos del campo del goce.

⁵ Soler, C. *El decir del analista*. Buenos Aires: Paidós, 1995, pp. 37-38.

⁶ Lacan, J. [1969-1970] *Le Séminaire. Livre XVII. L'envers de la psychanalyse*. Paris : Seuil, 1991, p. 93.

Lo denomina campo lacaniano, lo que tiene consecuencias cruciales. Desde entonces el goce del *Pas-toute* (en referencia al texto de Colette Soler: *Le Pas-toute*) revela un más allá de los elementos discretos, soporte del significante, que arrastrará una formalización del tratamiento de la alteridad a través de los discursos.

El discurso del analista comienza en el momento en que «el analista se hace causa del deseo del analizante», dice Lacan. El significante de la transferencia, en la secuencia metonímica que caracteriza el tiempo de la asociación libre en tanto que serie, puede hacer situar en la metáfora la emergencia del objeto necesario para el acto psicoanalítico. Es mediante bieses diferentes como estos dos ejes vienen a participar de la temporalidad. Podemos alojar justamente en el discurso del analista la diferencia entre el tiempo de la asociación libre y el tiempo lógico. El tiempo de la asociación libre, por un lado, puede alojarse en la serie $[S_1, S_2]$, en el nivel inferior. El tiempo lógico, por otro, puede alojarse, ya que sería preciso concluir sobre lo imposible de decir *l'a-cause*, en el hiato entre saber $[S_2]$ y ser de goce $[a]$.

En el seminario *Encore*, Lacan redefinió el tiempo en términos de *cálculo sobre el objeto a*. Designa cada uno de los sujetos en relación a los otros y subrayando el saber que falta, como objeto *a*, cuando es «lo que se ventila en el pensamiento de los otros. No interviniendo cada uno en este ternario más que a título de este objeto *a* que está bajo la mirada de los demás»⁷. El tiempo lógico es, en este aspecto, el tiempo necesario para que una conclusión venga a producirse a partir de un saber que no se sabe. En clínica los cortes del inconsciente revelan esta estructura, dando testimonio de estas caídas que hay que rodear.

Elementos clínicos

1) «¿Ya se pasó el tiempo?» Pregunta un analizante, cirujano muy lanzado que, enganchado a su neurosis obsesiva, ha acusado el golpe, gracias al corte de la sesión breve, de una demanda

⁷ Lacan, J. [1972-73] *Le Séminaire. Livre XX. Encore*. Paris : Seuil, 1973, p. 47. *El Seminario. Libro XX. Aún*. Barcelona: Paidós, 1981, p. 63.

que le transporta en el tiempo que le resta. «Hasta ahora no me había dado cuenta de que mañana cumpliré cuarenta años. Vivo esperando hacer todo esto, el matrimonio, los hijos... en el tiempo que me resta». El corte de la sesión evita el cierre de la significación y corta la cadena. Juan, que había soñado despierto hasta ese momento interrogándose acerca de lo que podría representar para él el matrimonio, los hijos..., concluye con una demanda que conlleva un acto: es el comienzo de un análisis. La sesión breve le hace salir de esta posición de ensueño, le hace pasar al trabajo del inconsciente por el bies del discurso analítico.

2) Una analizante, Mirella, que había llegado retrasada a su sesión, oye el timbre que anuncia al próximo analizante. Se ríe y comenta: «He ahí la señal, antes de que yo comience a hablar». Interrumpo la sesión. El corte tiene como efecto el desplazamiento de un punto de fijación sintomática y produce, puntualmente, un sueño que cuenta en la sesión siguiente: «Recibo un regalo de parte de Ella, un objeto..., una toalla [cart (ella)] - abrigo [mant(ella)]⁸ para poner. Escogí Ella en el sueño porque representa a alguien que podría tener una incidencia sobre la realidad».

3) Santiago, atenazado por varios problemas... necesita elegir uno para hablar; se refiere a uno que ha escogido y dice: «Elijo uno»⁹ [*Elijo*¹⁰ significa 'el hijo']. La interpretación da: «*El(h)ijo uno*»¹¹ [en fr. *Le fils unique*]. El imperativo de un goce retenido que fijaba a Santiago «a la voz de la conciencia», así y todo funcionando «sin más autoridad que ser la voz gruesa»¹². El límite señalado por la lectura de una letra silenciosa [*h*] relanza el deseo.

Comentario

Lacan dice en *Radiofonía*: «Heme aquí pues volver al cristal de la lengua para que, por *falsus* que sea el caído en latín, ligar

⁸ *Manteau*, 'abrigo' en francés. N.T.

⁹ En español en el original. N.T.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*.

¹² Lacan, J. [] Observación sobre el informe de Daniel Lagache. *Escritos*. México: Siglo XXI, 1976, pp. 305-306. En *Écrits*, op. cit., p. 684.

lo falso menos a lo verdadero que lo refuta que a lo que necesita de tiempo para dejar huella de lo que ha desfallecido a revelarse primero. [...] Tomarlo como es preciso, hacer doble esta palabra, cuando se trata de litigar lo falso en la interpretación. Es justamente como *falsa*¹³, digamos bien caída, como una interpretación opera para ser de través, es decir: cómo se hace el ser: del gazapo. No olvidemos que el síntoma es este *falsus* que es la causa por la que el análisis se sostiene en el proceso de verificación que hace su ser¹⁴».

¿Por qué Lacan dice, a propósito de la interpretación, «bien caída», es decir caída de lado? ¿Qué es, entonces, una interpretación como es preciso, bien caída? ¿Ella elige... sobre qué?¹⁵ La interpretación bien caída puede «elegir» sobre el significante que fijaba un goce. ¿Por qué «bien caída»? ¿es caída de lado? Para que ella elija un significante alojado de lado, en relación con la intención de significación del sujeto, un significante latente en el enunciado y desaparecido bajo una letra silenciosa: *h*. Prestar la función del silencio entre elijo y el-hijo ha bastado para hacer resonar en el sujeto un goce inesperado, arrastrando en su serie desplazamientos de la fijación sintomática.

Oggi è domani

Desde entonces una cuestión crucial se plantea: «¿Cómo concluir, ahí donde el saber falta, no solamente al sujeto, sino también... al Otro?»¹⁶. El no (¿el paso?) conclusivo no es puramente lógico. La incompletud, la indecibilidad, el pas-tout, es decir, la lógica que Lacan ha extraído del goce, limita el orden deductivo y establece que un elemento que releva de la decisión se revela necesario para concluir.

¹³ En latín en el original.

¹⁴ Lacan, J. Radiophonie. *Silicet 2/3*. París: Seuil, 1970, p. 80. *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*. Barcelona: Anagrama, 1977, p. 48.

¹⁵ Soler, C. Litigar lo falso. *El decir del analista*. Paidós: Buenos Aires, 1995, pp. 63-71.

¹⁶ Soler, C. Le temps qu'il faut. Conferencia. Buenos Aires, Septiembre 1993. *La Cause freudienne. Revue de psychanalyse*, 26. París. 1994, p. 23.

Los elementos clínicos permiten –con el ejemplo de esta carta- la elección del acto analítico como antídoto contra las prácticas conformes a los estándares. «Al respecto, recordemos la humildad del límite donde el acto se presenta a Freud, en su experiencia clínica, como acto... fallido. Sin esperanza de que esta incompletud del acto fallido, que evidencia las vías más ciertas de la experiencia analítica, transmite su gracia a todo un adoctrinamiento, psicoanalítico de título, que puede ignorar todavía que ignora ahí el punto [el punto vacío de la estructura del lenguaje, la ‘h’ que ella retuvo] del cual toda estrategia vacila de no ser todavía hoy del acto psicoanalítico»¹⁷.

Aggiornamento que –una praxis que sea conforme al acto psicoanalítico no puede apoyarse en estándares –exige más bien un *acteísmo*¹⁸ frente a la exclusión de l'a-cause propagada por la ideología capitalista.

Es por lo que: l'a-cause aún.

*Sans espoir dans les demains qui chantent,
Oggi è domani*¹⁹.

¹⁷ Lacan, J. [1967-68] El acto psicoanalítico. En: *Reseñas de enseñanza*. Buenos Aires: Paidós, 1984, p. 4

¹⁸ Neologismo formado a partir de las palabras ‘acto’ y ‘ateísmo’.

¹⁹ Sin esperanza en los mañanas que cantan...hoy es mañana.

Patrick Barillot
París

Lo que puedo decir al respecto

Lo que yo puedo decir hoy, según mi experiencia personal del pase, con respecto a la dirección de la cura.

A partir de indicaciones propuestas por Lacan sobre la forma en que deben terminarse los análisis y sobre el momento del pase, voy a tratar de situar algunos elementos de mi testimonio.

Sabemos que Lacan asigna al analista la tarea de conducir a término la cura de su paciente según modalidades que varían en el curso de su enseñanza.

Tomaré mi primera referencia de la *Dirección de la cura y los principios de su poder*¹ donde Lacan define uno de los tiempos del análisis que hay que situar bajo la rúbrica de la caída de las identificaciones.

Las identificaciones de las cuales el sujeto debe deshacerse son de varios órdenes: están las que dependen de lo imaginario, las que tienen que ver más con los significantes del ideal, y una particular, que él califica en este texto de última: la identificación al falo.

Dos casos permiten a Lacan demostrar que esta identificación es última. El primero es el análisis del sueño de la Bella-carnicera, sueño paradigmático del deseo histérico. El segundo es un caso de neurosis obsesiva extraído de su propia práctica. Lacan muestra que el deseo del neurótico en los dos casos es ser el falo, identificarse a él. Dicho de otra forma, identificarse con el significante de la falta en el Otro.

Es lo que me ha enseñado el análisis de un sueño del analizante que yo era al comienzo de la cura, que califico de sueño

¹ Lacan, J. [1958] La direction de la cure et les principes de son pouvoir. *Écrits*. Paris : Seuil, 1966.

de transferencia puesto que la persona de mi analista está implicada en el mismo.

En efecto, me encuentro compartiendo una comida en casa de mi analista, uno entre sus niños, a los cuales yo me identifico en el sueño. Pero fundamentalmente la identificación que se perfila concierne a la falta materna.

Si ese tiempo de la cura es válido cualquiera sea la estructura en juego, Lacan señala, sin embargo, una disposición específica de la histeria a la captación en el registro imaginario de la identificación que él relaciona con la naturaleza de su fantasma. De esto resulta una dificultad sobre la cual el analista debe tomar las medidas para no dejar a su analizante en el camino sobre la ruta de la caída de las identificaciones.

Para Dora, la identificación en el eje imaginario se hace con el Sr. K. y para la bella carnicera es la amiga en el deseo de salmón.

Lacan hace en esta época del falo, significante sin par, sin equivalente, «la clave de lo que es necesario saber para terminar sus análisis».

Es por eso que Lacan ruega a los psicoanalistas que impulsen los análisis hacia el término final de la caída de las identificaciones, que atañe al falo. Última desidentificación por la cual el sujeto descubre que él no lo es.

Esta identificación particular encuentra su quintaesencia en la histeria con un sujeto que exige ser la falta del Otro, exigencia que va de la mano con un pedido de ser por el amor que el sujeto jamás alcanza a satisfacer.

Un análisis bien conducido permite descubrir que uno no es el falo, lo que autoriza el paso de una dialéctica del ser a una del tener o no, el falo, según uno sea hombre o mujer.

Esta indicación de Lacan en 1958, sobre la finalidad de la cura se completa con otra un poco más tardía, de 1960, situada al final del texto *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*², centrada en la castración y el goce.

² Lacan, J. [1960] *Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien. Écrits*. Paris : Seuil, 1966.

Allí se muestra como la exigencia del neurótico de ser el falo, consecuencia de su falta de ser, se presta mal y además es anti-nómica con ser objeto del goce del Otro.

Porque «lo que el neurótico no quiere», nos dice Lacan, «y lo que rechaza con obstinación hasta la finalización del análisis, es sacrificar su castración al goce del Otro, dejándola servir para eso»; y más adelante: «Pues se figura que el Otro demanda su castración», castración de la cual se especifica que, contrariamente a las apariencias, el sujeto valora por encima de todo.

Un sueño particularmente cargado de angustia, del cual les entrego la parte central, ilustra esta posición.

Sueño que debo tomar un avión por razones profesionales. En esa época yo viajaba frecuentemente para efectuar repatriaciones sanitarias para una compañía de seguros. Antes de embarcar, un alegre grupo de jóvenes azafatas viene a mi encuentro y me presenta una imagen de mí como hombre castrado. No sólo me piden que acepte la oferta sino que además me invitan a pagar la factura.

Yo me niego a pagar el precio para la aprobación de la castración, imputada entonces al Otro, pero las invito a embarcar para hacer un paseo por los aires.

No hace falta decir que el análisis de este sueño me llevó mucho tiempo antes de que pudiera extraer algún saber del mismo.

Con estos dos textos tenemos preciosas indicaciones sobre lo que el sujeto debe dejar atrás al final del análisis, y que implican:

- 1) que el sujeto deje de considerar que el Otro pide su castración
- 2) que sepa a la vez aceptarlo y renunciar a eso
- 3) que deje su castración servir al goce del Otro.

Mantengamos el hilo de la historia para situar cómo se articulan sus diferentes referencias precisas sobre los finales del análisis.

Querer ser el falo equivale a querer ser el ágalma del deseo para el Otro, es decir el objeto *a* falicizado. Ser la causa del

deseo, hacerse desear, es a lo que el sujeto histérico se consagra por encima de todo.

Sostener el deseo, hacer desear en la histeria, es decir, situarse del lado de la falta, de la castración, se opone a servir al goce del Otro, ya que es la falta lo que es necesario sustentar. La mejor forma de sustentar la falta, de mantener el deseo del Otro, es sustraerse como objeto. Es lo que Lacan llama «hacer la huelga del cuerpo», y es lo que puede dar la vertiente Sin Fe a la intriga histérica que apunta a mantener el deseo del Otro y a sustraerse allí como objeto de goce.

La función del deseo en la neurosis está relacionada en este texto de *Subversión* con una función de defensa, de defensa contra el goce.

El análisis de Lacan sobre la intriga del sueño de la bella carnicera muestra que la intención de la paciente consiste, sobre todo, en sostener el deseo de su marido identificándose al falo que es la amiga, aunque sea un poco flaca, antes que servir al goce de este marido.

Dicho de otra forma, en términos de posición subjetiva: es para situarse el sujeto del lado del objeto del deseo en vez del lado del objeto gozado.

Es necesario precisar que ese deseo inconsciente de la paciente no excluye que ella se preste al goce de su marido. El cual, nos dice Lacan, algo sabe en materia de coger³ y que vela también para que su mujer sea colmada!. Pero he aquí, nos dice, ése no es el deseo de la bella carnicera.

Por parte del hombre tenemos pocos ejemplos de casos de histeria masculina en la literatura analítica reciente, al igual que en los testimonios actuales de cura. Parecería que los hombres histéricos han abandonado los divanes dejándoles el lugar solo a los obsesivos. Es lo que se podría suponer considerando la repartición con la que operan los analistas: todas histéricas, todos obsesivos, si se exceptúa a los sujetos psicóticos y perversos.

³ *Coger* (arg.), *follar* (esp.), términos coloquiales para designar el coito. N.E.

Sin embargo, Lacan afirma en *Joyce, el síntoma*⁴ que tanto el hombre como la mujer tienen derecho al síntoma histérico, pero que además él es superior en materia de histeria. Lo que se vuelve evidente en el caso de Sócrates, precisa Lacan.

Sócrates sabía muy bien qué hacer para sostener el deseo de Alcibíades, rehusándose a sus asaltos regulares y sostenidos, como el enamorado apasionado nos detalla en *El Banquete*. El goce sexual no interesaba a Sócrates, más bien ocupado en interrogar a Alcibíades con el fin de hacerle producir algún saber.

Creo que hay diferentes modos de hacer la huelga del cuerpo. Desde la huelga total, como la de Sócrates, histérico puro, del cual Alcibíades dice, a pesar de ser amado por Sócrates, no haberle visto nunca la cola, como lo expresa Lacan, hasta las huelgas parciales, como la de la bella carnicera, que no excluye el goce sexual.

Lo que especifica mejor, creo, la especificidad histérica es el rechazo a ser el síntoma de otro cuerpo, fórmula que Lacan da como definición de una mujer en *Joyce, el síntoma* a saber: ser el síntoma de otro cuerpo.

La huelga del cuerpo en la histeria es la huelga del cuerpo como síntoma de otro cuerpo. La histérica que hace la huelga del cuerpo no presta su cuerpo para ser el síntoma de otro cuerpo.

En ese mismo texto Lacan hace de la histeria una posición antagónica respecto a la de una mujer. Es decir que, contrariamente a la idea corriente, la histérica no se sitúa del lado de la mujer.

«Si una mujer no es el síntoma de otro cuerpo, entonces permanece como síntoma histérico», escribe; «entonces sólo le interesa otro síntoma».

La histeria femenina no consciente en ser el síntoma de un hombre, de encarnar su objeto de goce.

⁴ Lacan. J. [1975] *Joyce le Symptôme. Autres écrits*. París : Seuil, 2001.

Para Dora la cosa es evidente. Para la bella carnicera eso es menos perceptible. Sin embargo, en *El reverso del Psicoanálisis*⁵ Lacan dice que su deseo es dejar a su marido a otra mujer en lo que atañe al goce. Otra con la cual el marido haría su síntoma, que consentiría en lugar de ella en la función de síntoma, síntoma en el cual ella podría interesarse, y en el cual encontraría su goce.

Es en ese sentido, de rechazar ser el síntoma de un hombre, como una paciente que no decía no al goce sexual, hacía la amarga constatación de que a pesar de sus diversas relaciones amorosas no era la mujer de ningún hombre, dicho de otra forma que ella no era el síntoma de ningún hombre, lo que iba de la mano con el deseo expreso de ser la de todos.

Por parte del hombre, adelantaré que la posición histérica se manifiesta en el rechazo de tener un síntoma, de hacer de otro cuerpo su síntoma.

Llegar, por medio del análisis, a la aceptación de esta doble verdad, la de la castración como imposibilidad de gozar plenamente y la de que no es el Otro quien la impone, disminuye la angustia del sujeto. En todo caso, eso es lo que pude verificar.

Ese momento del análisis es, creo yo, lo que Lacan llama en su resumen del seminario *El acto analítico*⁶ «haber hecho de la castración, sujeto».

Es un texto de 1969, posterior a su *Proposición* de 1967 sobre el psicoanálisis de la escuela, que incluye las consideraciones sobre el pase.

En él fija las consecuencias para el sujeto del franqueamiento de esta etapa en la que la castración queda de su lado. Esas consecuencias son dobles para quien la atraviesa.

Una de ellas es del orden del beneficio obtenido en la resolución, dice Lacan, de «lo que el sujeto representaba como pasión».

Si seguimos lo que nos dice de las pasiones del ser en *La dirección de la cura*⁷ podemos deducir que lo que se resuelve

⁵ Lacan, J. [1969-1970] *Le Séminaire. Livre XVII. L'envers de la psychanalyse*. Paris : Seuil, 1991. *El Seminario. Libro 17. El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires : Paidós, 1999.

⁶ Lacan, J. [1967-1968] *L'acte psychanalytique. Autres écrits*. Paris : Seuil, 2001.

⁷ *Op. cit.*, p. 627 y 629.

para el sujeto es lo que él es como falta de ser. Tres pasiones del ser: el amor, el odio y la ignorancia, las tres fundadas en la falta de ser del sujeto, son definidas en ese texto.

Lo que se resuelve para el neurótico es su falta de ser y la o las pasiones que esa falta engendra.

El sujeto se ve así curado de su demanda de amor siempre insatisfecha, para la cual se hacía objeto agalmático, objeto precioso del deseo del Otro. Curado también de su odio, sentimiento que va a estar enganchado al amor, odio del cual Lacan nos dice que «va a negar el ser del otro», otro sin mayúsculas, entendiéndose como el semejante. La actualidad de todos los días nos muestra bien cómo el odio es el motor de muchas de las pasiones destructivas.

Curado de su ignorancia, que lleva sobre «lo indecible de lo que se ignora en su solicitud», que yo entiendo como la ignorancia sobre su deseo situado más allá y más acá de la demanda pero jamás articulable como tal.

Con ese primer beneficio pasional permanecemos en el mismo registro que las consecuencias antes definidas que concernían a la castración.

Una segunda consecuencia, fundamental, se nos propone como resultado de la operación analítica. Esta desplaza a la primera, que tiene que ver con la castración, a un segundo rango.

Esta segunda consecuencia, que creo tiene en cuenta el momento del pase, aparece como un resto que nombrado: el «saldo cínico», a saber que «el goce considerado perverso es perfectamente permitido pues el psicoanalista es la llave».

Yo lo entiendo así: en oposición al goce pleno y entero pero imposible, habiendo pasando por ahí la castración, se encuentra el goce perverso, el de las pulsiones parciales, goce despedazado ligado a los objetos parciales, que se torna permitido por ser justamente posible.

La clave de esta operación no se sitúa como hasta ahora en la función del significante fálico, sino del lado del analista, en la medida en que opere como objeto *a*.

Que este goce considerado perverso no sea imposible no implica, sin embargo, que devenga *ipso facto* obligatorio en una

puesta en acto. Pienso que este es el sentido de lo que añade un poco más adelante: «que se haga o no uso de ello».

Al menos, he ahí, se le ofrece al sujeto la posibilidad de impulsar su deseo hasta el punto de reencontrar su objeto de goce, *a*. El pase no es, por esto, una doctrina de renuncia a su objeto electo de goce en beneficio de cualquier objeto que vendría a sustituirlo; todos los objetos dan lo mismo.

Para concluir:

Pasar por esas diferentes etapas del análisis en un sujeto histérico, caída de la identificación fálica, hacer de su castración sujeto y llevar su deseo al punto de reencuentro con su objeto *a*, permite:

- en el hombre, no querer ser el falo y aceptar tenerlo sin temer perderlo, poniéndolo al servicio del goce del Otro, haciendo de otro cuerpo su síntoma. Si es una mujer con quien el hombre hace su síntoma, entonces no importa con cual porque ésta debe concordar con su inconsciente.

- en una mujer, aceptar que no lo tiene sin reivindicarlo y consentir en hacerse objeto del goce de otro cuerpo, en hacerse síntoma de otro cuerpo.

Luis Fernando Palacio
Gloria Patricia Peláez
Medellín

Las resistencias del síntoma

¿Qué resiste?

En la historia del movimiento psicoanalítico, la relación resistencia-síntoma ha sido objeto de diversas interpretaciones. Para Freud, todo lo que obstaculiza la cura es resistencia. ¿Al qué resiste y por qué? encontramos múltiples respuestas. La resistencia se manifiesta como efecto de la represión en el momento de una aproximación a lo reprimido, hay entonces una acción de la represión que impide la emergencia de lo inconsciente.

La resistencia la encuentra también en la transferencia, aquella que produce el analista pues este es, a la vez, paradójicamente, condición y obstáculo a la cura. Como obstáculo, la transferencia resiste, cierra el inconsciente por la función que tiene en ella la persona del analista, pues sobre él se fija eso que escapa a la palabra, aquello que se resiste a pasar por la asociación libre. Freud observa igualmente, que la resistencia se expresa en la reacción terapéutica negativa y en el beneficio secundario del síntoma. En ambos, el sujeto se resiste a la cura por el usufructo que extrae de su enfermedad.

Se deducen entonces dos tipos de resistencia asociadas a la repetición, una dialectizable, tratable por la palabra, que cede a la interpretación posibilitando la cura y, otra, no dialectizable, inaprehensible por la palabra, manifiesta en la reacción terapéutica negativa, en el fracaso de la interpretación y en la repetición en acto que revela la acción de lo real de la pulsión.

Vía el síntoma Freud encuentra también la resistencia. En los inicios del psicoanálisis, el síntoma como formación del inconsciente y retorno de lo reprimido, desaparecía por efecto de la

interpretación y de la dialéctica establecida entre el principio del placer y el principio de realidad, que creaban las condiciones para que la represión fuera garante del principio del placer.

Lo anterior fue puesto en cuestión, cuando Freud observó que esta dialéctica no se lograba de una manera absoluta, pues el sujeto se veía obligado a repetir experiencias displacenteras. Constató, además, que el interpretar un síntoma no lo hacía desaparecer, por el contrario, encontró que hay sujetos que frente a la posibilidad de curarse del síntoma que los hace sufrir, prefieren conservarlo; en algunos se agrava y en otros se rechaza la cura, en una especie de huida hacia la enfermedad. Estos tres fenómenos, repetición, fracaso de la interpretación y reacción terapéutica negativa, le demuestran a Freud que el síntoma no es se reduce únicamente a su estructura de lenguaje. Lo anterior aparece claramente *Rememoración, repetición, elaboración*, donde define dos formas de la repetición: una asociada a la rememoración, que permite un trabajo vía la transferencia sobre el síntoma por medio de la palabra; y otra forma que no pasa por esta, sino que se expresa en actos, excluyéndola; la llamada repetición en acto que no pasa por el saber inconsciente.

De la serie angustia, represión y síntoma, desarrollada en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud extrae consecuencias: desplaza el acento del sentido del síntoma a su función, encontrando de esta manera en el síntoma, un hecho de estructura que responde a la angustia de castración.

Ferenczi y la resistencia del síntoma

Este desarrollo freudiano de la relación resistencia – síntoma fue retomado por Ferenczi, un apasionado de la cura y de sus problemas técnicos y quien, según Lacan, es «el autor de la primera generación más pertinente para cuestionar lo que se requiere de la persona del psicoanalista, y especialmente, para el fin del tratamiento»¹. Ferenczi trata las resistencias del síntoma

¹ Lacan, J. [1955] Variantes de la cura tipo. *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1ª edic. esp., 1975, p. 107.

la técnica activa, cuestionando con ella el analista neutral, distante, frío, intelectual. Sin embargo, busca, empujado por su *furor sanandi* criticado duramente por Freud, formas de sugestión, de catarsis, de aproximación al paciente, de tal manera que movilicen la inercia del síntoma, su resistencia. Y aunque allí sin duda emerge el fantasma de Ferenczi como un límite a su condición de analista, es rescatable el hecho de que interrogue la función que tiene el analista con relación a la resistencia del síntoma.

Ferenczi, en contra de la perspectiva posfreudiana, analiza las asociaciones del paciente y no la resistencia. Da gran importancia a la incidencia de aquello que resiste en el analista, dice: «Frente al atascamiento del análisis, ¿por qué el analista lo interpreta como una resistencia del paciente, en lugar de buscar la falta en el mismo?». También nos dice: «si el paciente es incurable es posiblemente porque el analista es insuficiente».²

Ferenczi, entonces dirige su atención a las resistencias en el analista, por esto cabe la pregunta: ¿Dónde ubicar esta falta o esta insuficiencia? En su texto de 1918 *La elasticidad de la técnica psicoanalítica* aporta varias respuestas con diferentes matices. Dice: «el remedio no puede ser dado más que por un análisis que no puede evitar el analista o la teoría analítica», o «el yo del analista debe borrarse, para esto el psicoanalista debe ser analizado», que Ferenczi nombra como «la segunda regla fundamental». Esto es retomado por Lacan en *Variantes de la cura tipo* como «reducción de la ecuación personal».

Reconociendo que la posición de Ferenczi, no es la de Lacan, podemos preguntarnos si ¿esta forma de tratar la cuestión no inaugura una vía en el movimiento psicoanalítico que logrará con Lacan definir la posición del analista como una función llamada deseo del analista?

Ferenczi se opone, y posteriormente también Lacan, a la división entre el análisis terapéutico y didáctico, cuando afirma «he

² Ferenczi, S. Elasticidad de la técnica psicoanalítica. En: *Internat. Zschr. ärztl. Psychoanal.*, 14, 2, 1928, pp. 207-209.

continuamente señalado en el pasado que yo no podía ver ninguna diferencia en principio entre análisis terapéutico y análisis didáctico»³. Estas formulaciones muestran el intento de Ferenczi por limitar la incidencia del fantasma o del síntoma del analista como resistencia en la dirección de la cura.

Ferenczi, aparte de interrogar la posición del analista en la cura, se pregunta también en su texto de 1919, *Dificultades técnicas de un análisis de histeria*, por los límites de la interpretación. Contra los estándares, va más allá de la prudencia propuesta por Freud, para quien la repetición en acto debe ceder su lugar a la elaboración vía la palabra, excluyendo en este desplazamiento la sugestión. Ferenczi en cambio propone que frente «los puntos muertos del trabajo analítico», es decir donde la interpretación patina, donde es inoperante, debe haber «una actividad del analista» diferente a la interpretación, pues en estos «puntos muertos del trabajo analítico» Ferenczi percibe la acción muda de la pulsión, sostenida por el lazo transferencial, y para él, el aspecto que resiste a la interpretación. Al respecto, claramente dice: «si se presenta el caso de que el paciente se dé cuenta que estos modos de satisfacción escapan al analista, él los carga con todos sus fantasmas patógenos, buscando en todo momento descargarlos en la motilidad y se ahorra el trabajo duro y displacentero de hacerlos conscientes»⁴.

Una salida posfreudiana

Paula Heiman, quien también se interesó en las propuestas de Ferenczi, hace una variante, allí donde Ferenczi encontraba un impase a la cura en la función del analista en la transferencia. Sirviéndose de la contratransferencia construye una solución. Para ella los sentimientos y asociaciones producidos en el analista por el paciente, se convierten en un útil, en un instrumento, pues el analista «advertido», puede operar con su «respuesta emocional inmediata» convirtiéndose tal «respuesta emocional inmediata (...) en un signo de su aproximación a los procesos

³ *Op.cit.*

⁴ *Op.cit.*

inconscientes del paciente», o como lo sostiene en otro lugar, la contratransferencia: «ayuda al analista a focalizar su atención sobre los elementos, los más urgentes de las asociaciones del paciente»⁵.

De esta manera, como Heiman, aquellos que a partir de la resistencia del analista producen la contratransferencia hacen del análisis una relación intersubjetiva, en donde la relación a-a', establecida entre el paciente y el analista hacen que las formaciones del inconsciente del analista, sus sentimientos y sus afectos, pueden dar cuenta de aquello velado en el inconsciente del paciente. Con esta concepción de la contratransferencia olvidan algo que se deduce de Freud: en la experiencia analítica hay dos personas, pero es necesario diferenciar este hecho de aquello a lo cual se apunta, al sujeto del inconsciente. Surge aquí entonces la pregunta, - y la respuesta es fundamental en la experiencia-, ¿Qué lugar ocupa el analista en la transferencia? Esta concepción contratransferencial señalada, olvida también la indicación freudiana, de que cuando el analista opera a partir de sus sentimientos cae «en un rol de profeta, salvador de almas». A diferencia de Ferenczi, quien encuentra «los límites de la interpretación», para Paula Heiman, en cambio, el analista debe servirse de la interpretación de sus sentimientos y de sus afectos para tratar estos límites. Si, como lo señala Herman, el analista interpreta con «la ayuda que le permite la contratransferencia, para focalizar su atención sobre los elementos, los más urgentes de las asociaciones del paciente»⁶, desconoce el inconsciente, pues se convierte en alguien que interpreta su propio mensaje, haciendo de la cura una relación intersubjetiva donde pueden aparecer dos yo's, dos inconscientes, dos narcisismos, dos resistencias y la oposición transferencia-contratransferencia.

Para Lacan, en la perspectiva abierta por Ferenczi, el inconsciente no resiste, insiste y esta, la resistencia, no se interpreta, excluyendo de plano, además, que algo se puede hacer a partir de la resistencia del analista que es la contratransferencia. Lacan

⁵ Heiman, P. La contratransferencia.

⁶ *Op.cit.*

es lapidario en esto cuando afirma «se llama contratransferencia el hecho de ser un imbécil» o cuando define la contratransferencia, como «los prejuicios del analista». En conclusión, los afectos del analista no pueden confundirse con su función en la cura.

FINAL DE ANÁLISIS

Michel Bousseyroux
Toulouse

El agujero que es la llave

La distinción entre lo simbólico, lo imaginario y lo real es lo que especifica la interpretación lacaniana del psicoanálisis. Esta interpretación data de julio de 1953. Esto no impidió a Lacan llamarse a sí mismo hasta el fin, freudiano. «Dejo para Ustedes eso de ser lacanianos si quieren», les decía Lacan a quienes habían ido a escucharlo a Caracas en 1980, haciendo énfasis en lo que se refería a su relación con Freud: «mis *tres* no son los suyos».

Esos tres, a partir de *Aún*, Lacan llega a situarlos en la topología borromea, que se apoya en la función de al-menos-tres. En Caracas, él habla de eso como de un legado: «He dejado eso a los míos. Les he dejado eso para que se orienten en su práctica. Pero, ellos ¿se orientan mejor con esto que con la tópica legada por Freud a los suyos?». La cuestión es tanto más crucial y actual, puesto que se trata de lo que se enseña acerca de lo que de la estructura modifican los seminarios borromeos.

Sabemos que en el curso de éstos, Lacan llegó a reinterpretar «sus» tres como no siendo ya datos *a priori* de la estructura y a situar, para que no se confundan, la necesidad con el *sinthome*¹ de un cuarto elemento sin el cual la estructura no puede ser especificada. En esta intervención queríamos precisar lo que necesita esta reinterpretación por Lacan de su propia concepción de la estructura. Me propongo más particularmente, elucidar ese momento, del seminario *El Sinthome*, en el cual habiendo situado sobre el nudo, fuera del lenguaje, el lugar de lo que el llama el goce del Otro barrado, Lacan hace de esto el «verdadero agujero» de la estructura, al mismo tiempo que hace de ese agujero «la llave» de su efectuación.

¹ Neologismo introducido por Lacan en el que convergen *symptôme* (síntoma) y *homme* (hombre). N.E.

A partir de la primera sesión de *RSI*, el 10 de diciembre de 1974, Lacan anuncia lo que se le plantea como problema: «Real-simbólico-imaginario, esas tres palabras tienen cada una un sentido. Son tres sentidos diferentes. Pero, que sean diferentes, ¿esto basta para que sean tres? Y si son tan diferentes como lo digo, ¿esto no implica un obstáculo? ¿Dónde está la común medida? (...) Hay una pendiente que nos lleva a homogeneizarlos. Lo ríspido es, ¿cuál es la relación entre ellos? Es sobre todo esto en que quisiera encaminarlos este año».

¡Es una locura lo ríspida que es esta pendiente! ¿Adónde lleva? Esto se verá un año después en el seminario *El Sinthome*, el 16 de diciembre de 1975: a la paranoia, definida como la indistinción de lo real, lo simbólico y lo imaginario, sus tres dimensiones se consustancializan en el nudo de trébol de la personalidad, que asegura al narcisismo su tonicidad (*sthenia*). La paranoia «sistematiza la confusión», decía Dalí.

Por lo tanto, un cuarto término es necesario para que no se pierda la borromeneidad, y con ella, la subjetivación sintomática. Es lo que efectúa en Freud el complejo de Edipo y que Lacan lleva al Nombre-del-Padre. El Edipo entonces, siendo el complejo nodal de las neurosis, es borromeo. Sin «nudipo»², estamos en lo no-borromeo de la psicosis como enfermedad de la indistinción.

Al final de *RSI*, Lacan dice que los judíos metieron al Padre en un punto del agujero que ni se puede imaginar. Pero ese agujero, que es propio de lo simbólico y que hace del Nombre-del-padre el nombre de una hiancia, no es el verdadero agujero de la estructura, el que nos da la llave. El verdadero agujero, como Lacan lo señala en *El Sinthome* del 13 de abril de 1976, está ahí «donde se revela que no hay Otro del Otro», es decir donde en la intersección de lo real y lo imaginario en el nudo *RSI*, no hay existente que responda en el lugar del Otro, que es lo simbólico. Esta intersección bordea el agujero, el verdadero agujero donde Lacan sitúa *J* de *A* barrado el goce del Otro barrado, que es el

² Juego de palabras entre *nudo* y *Edipo* (orig. *næudipe*). N.T.

lugar de lo que él llama también el 13 de enero de 1976, el goce de Dios (Cf. esquema 1).

Lacan entiende por goce de Dios: «ese algo de lo que no podemos gozar, con un sentido incluido en ese algo, de goce sexual». No podemos gozar sexualmente de algo que imputamos a Dios, mientras que podamos procurárnoslo, o mientras que él pudiera gozar de lo que ha cometido, admitiendo que él existe. Pero, imputando a Dios eso de lo que no podemos gozar, comprometemos nuestra responsabilidad: allí, aquello de lo cual respondemos es de Dios, en tanto que él mismo es un mentiroso superfluo, como lo dice Gianni Vattino en su último libro, *Luego de la Cristiandad*. Ese goce puede bien existir sin que Dios, el Dios-Fundamento último, exista, este goce que decimos de Dios, ya que es el goce de la ausencia de Fundamento, que es el goce de la ausencia de Dios, donde se precipitan los místicos, ¡para Hume, verdaderos ateos! Dios es ateo podríamos decir con Bataille, y es de eso de lo que goza Madame Edwarda. Como él ha escrito en *La experiencia interior*, Dios no está ahí, en la experiencia del místico, al igual que en la del analizante al término de su experiencia de la estructura, más que en la última de las palabras posibles, «última palabra que quiere decir que toda palabra, un poco más lejos faltará».

Combinamos entonces el axioma fundamental de la estructura, que se enuncia; no hay Otro del Otro, con la proposición: existe un goce del Otro barrado, y con la definición: llamaremos goce de Dios al goce de algo de lo que no podemos gozar sexualmente. Y es así porque no hay Otro del otro para operar el Juicio Final, que a cada uno le toca responder de aquello que lo hace gozar. Es por esto que Lacan declara, que no hay responsabilidad más que sexual, es decir, que de lo que responde de costado. Pero, el artificio que imputamos a Dios, agrega algo en forma gratuita, haber hecho esa cosa que llamamos Universo, aunque, Joyce lo vio muy bien, esa sea la ocupación del artista. La imputación a Dios, de hacer eso que escapa a nosotros, es decir que desborda por mucho el goce que podemos tener de eso, es el artificio que da al saber hacer del *sinthome*, su notable valor.

Lacan entiende entonces por *sinthome*, aquello que hace que un sujeto se las arregle con lo que podríamos llamar el embrollo mayor, que viene de que en la mayoría lo simbólico, lo real y lo imaginario estén embrollados al punto de continuarse uno en el otro. De modo tal que, no es un privilegio estar loco, siendo que la estructura está como empujada hacia abajo por este embrollo. El axioma borromeo de la estructura subjetiva – el sujeto real es borromeo – puesto en cuestión, lleva a Lacan a interrogar ese nudo de trébol en que consiste la paranoia, de manera que sea todavía del sujeto de lo que se trate.

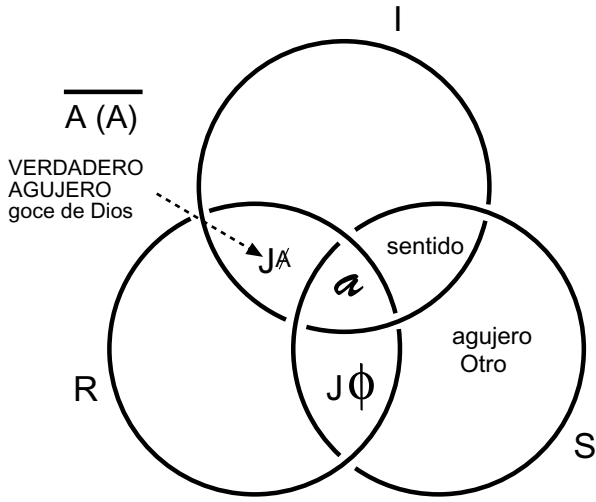
Cerrado, el nudo de trébol localiza, identifica, como lo hace el paranoico, el goce del Otro, JA (no barrado). Abierto, es JA que se barra, desaparece, se deslocaliza (Cf. esquema 2). Es por eso que Lacan termina por dibujarlo abierto, habiendo cortado la cuerda del trébol entre lo real e imaginario, allí donde estaba la zona de JA, dejando inscripto en las tres zonas restantes el sentido, como lugar del goce del doble, de lo especular $J\Phi$, como lugar del goce del poder, y el objeto *a* como lugar del goce pulsional. Es decir que el nudo de tres se abre al efecto de la palabra, solamente si no está forcluido el que «no hay goce del Otro en tanto que no hay Otro del Otro más que en lo simbólico, es decir que a lo simbólico, lugar del Otro como tal, nada se opone». En este goce, que sobre el nudo borromeo RSI, Lacan marca $J\bar{A}$ barrando la A, no se trata ni del Otro del significante ni del Otro como cuerpo, sino del Otro del Otro real, es decir imposible, o dicho de otra manera se trata del agujero que perfora (fore) la imposibilidad de que haya un Otro del Otro.

J de \bar{A} barrado, que es entonces el «verdadero agujero» de la estructura, es a la vez la llave, la que cierra la estructura del sujeto sobre el real nodal de la paranoia, y la que abre hacia la neurosis, o más bien hacia el *sinthome*, en tanto que es a través del *sinthome*, que se especifica como sexuada la relación con el inconsciente. Es una llave muy especial, ya que cuando el pasador de la aldaba barra la Gran A es cuando ella abre la estructura borromea del sujeto, si puedo permitirme usar aquí el lenguaje de Charles Perrault, que supongo no es cómodo para traducir (les ruego a los traductores que me disculpen) ya que es tirando de la clavija que ella se cierra sobre la de la personali-

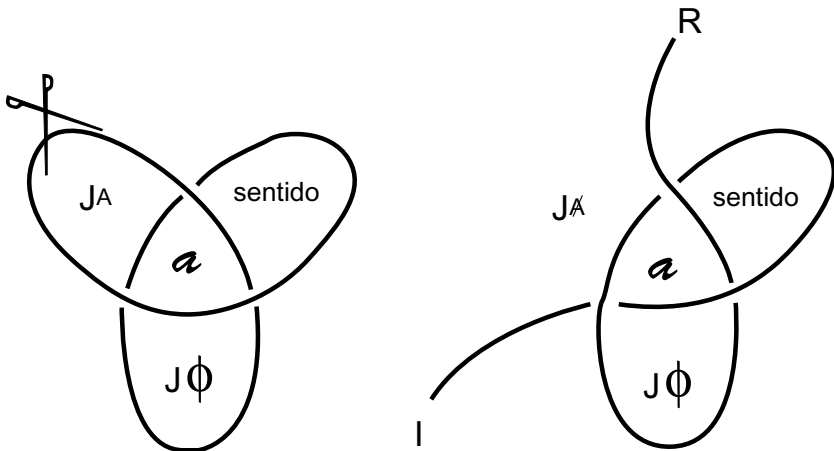
dad, cerrando el nudo de la paranoia. La llave de la estructura, es pues, el agujero. ¡Pero no tengas miedo Caperucita Roja de abrir esa puerta!, porque en el lugar del Otro de la abuelita, no está el lobo feroz. Sólo está lo que hay entre imaginario y real, al estar abierto, para abrir la hiancia que deja la imposibilidad de que haya un Otro del Otro.

Sí, el agujero es la llave, es como si fuera la llave de un fallo, la llave de la paranoia fallida. Pues, el único que no falla nada porque él logra su nudo, el de la personalidad que logra cerrarlo falla, ¡es el paranoico! En las sesiones del 10 y 17 de febrero de 1976, Lacan considera en efecto, la posibilidad, incluso la necesidad de que el nudo de tres falle en uno de sus tres cruces. Ya que sólo basta con que en lugar de pasar por debajo, la cuerda pase por arriba, para que el nudo se evapore, se reduzca –si no es corregida, esa falla, por el síntoma o el fantasma– a un simple redondel, a un círculo solitario de la imaginación y de lo que Lacan llama “la mentalidad”. Ya que, si no estamos todos locos, totalmente tomados por este embrollo de tres dimensiones del parletre que lo hace consolidarse en personalidad, es porque con más frecuencia hay una falla de escritura del nudo que hace que él se desate, se reduzca a un círculo. Queda algo que no se evapora, porque es consistente, el cuerpo en esa *consistencia mental*, el cuerpo adorado tal como el parletre lo *p-a-n-s-a*.³ De su cuerpo, él se ocupa de eso. Lacan habla de esto en *El Sinthome* del 13 de enero de 1976. De este lado pues, del nudo más simple que pueda hacerse para escribir el minimal real del parletre, de este lado, está el círculo, la panza de la mentalidad, que es la raíz del imaginario del cuerpo. Dado que lo característico de lo real es anudarse, se trata, a pesar de todo, que el nudo no falte para remediar gracias al sinthome, la enfermedad de la mentalidad. He aquí lo que se aprende también de la estructura, con la reinterpretación borromea del psicoanálisis.

³ Juego de palabras, o mejor dicho de letras, cuando dice *panse* y deletrea *p-a-n-s-e*, para que no se confunda con *pensar*, aunque a eso mismo se refiere. *Panse* viene también del verbo *panser*, que significa ‘curar’ o ‘vendar’, y además *panse* significa ‘panza’. N.T.



Esquema 1



Esquema 2

Sol Aparicio
París

Acerca de la destitución subjetiva

Hay una sorprendente y sugerente similitud en los términos escogidos por Lacan en sus primeros seminarios para describir el final del análisis y la entrada en la psicosis. Nos dice, por una parte, que «se trata (al final del análisis) de un crepúsculo, de una decadencia *imaginaria* del mundo» y, por otra, que la entrada en la psicosis se caracteriza por un crepúsculo del mundo o de la realidad¹. (Similitud que volvemos a encontrar sugerida en ulteriores descripciones²).

La clínica del final de la cura parece, pues, converger con la clínica de la entrada en la psicosis. Partiré de este punto de convergencia en la descripción del fenómeno para tratar de decir algo sobre la noción lacaniana de destitución subjetiva articulándola a lo que llamaré una experiencia de vacío.

La entrada en la psicosis se da a veces de modo paulatino, el «crepúsculo», entonces, toma tiempo. Cuando ocurre estando ya el sujeto en contacto con un analista, puede ser una ocasión para que testimonee de una experiencia que algunos califican de vacío. El apego a los objetos, los vínculos del sujeto van perdiendo consistencia y sentido, se van desvaneciendo, el mundo se va deslibidinalizando. Sabemos que esto responde a la ruptura de la identificación que sostenía al sujeto; momento que Lacan describe como el de un aproximarse al vacío que la *forclusión* del Nombre-del-Padre deja abierto en la cadena simbólica, y del cual el sujeto no puede decir (casi) nada, pero que se

¹ Lacan, J. [1955-1956] *El Seminario. Libro III. Las psicosis*. Barcelona: Paidós, 1984 cap. XV y XVII.

² Como la del duelo final durante el cual «el analista persiste en causar el deseo (del analizante) más bien maniaco-depresivamente». Cf. Lacan, J. [1972] *L'étourdit. Autres écrits*. París: Seuil, 2001. El atolondradicho. *Escansión*. Buenos Aires: Paidós, 1984; o la referencia al «desabonarse del inconsciente» joyciano.

singulariza por un fuerte acceso de angustia. Vivir le exige a partir de entonces un esfuerzo constante, es un deber al que se somete, una tarea a la que se aplica, sin placer, sin goce aparente alguno. (En más de una ocasión, escuchando a algunos pacientes en períodos así, he pensado que son admirables «guerreros aplicados» al *oficio de vivir*.)

La experiencia se asemeja a la de un severo estado depresivo por la ausencia manifiesta de deseo. Pero el vacío del que nos habla el sujeto psicótico no tiene vuelta atrás; es un espacio desierto, deshabitado, carente de objetos fantasmáticos, que podrá verse ocupado luego por los automatismos mentales y las figuras del delirio.

Ahora bien, una análoga *experiencia de vacío* puede marcar el final del análisis. Análoga, no igual, puesto que no se trata aquí de una «muerte del sujeto»³ sino de su destitución. Señalaré cuáles son, a mi parecer, sus puntos de convergencia, ya que permiten a la vez establecer lo que las diferencia: la suspensión, si no la ruptura, de la identificación; la caída, sino la inexistencia, del objeto fantasmático; la intermitencia, si no la ausencia, del deseo⁴; y por último, la presencia de un vacío, correspondiente no a la *forclusión*, sino a la *Urverdrängung*.

Destitución *versus* identificación

¿Qué es la destitución subjetiva?

Lacan explica en su seminario sobre el acto analítico que la tarea analizante implica, de por sí, una destitución del sujeto⁵. La asociación libre desaloja al sujeto separándolo del yo. En toda entrada en análisis se da una destitución subjetiva en la medida

³ Expresión de Lacan a propósito del Presidente Schreber. Cf. Lacan, J. [1958] De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1975.

⁴ Llamo *intermitencia del deseo* lo que ocurre durante la etapa final en que el análisis, según dice Lacan, sigue causando el deseo «maniaco-depresivamente».

⁵ Cf. Lacan, J. [1968] *Le Séminaire. Livre XV. L'acte psychanalytique*. Inédito. Sesión del 17 de enero de 1968.

en que, sometiéndose a la regla fundamental, el analizante pone en acto el inconsciente como saber *sin sujeto*. Pero esta destitución queda velada, pasa desapercibida, porque se da en el momento y movimiento mismos en que el analizante supone dicho saber al analista. (Vemos aquí que la suposición de saber en que consiste la transferencia, mantiene al analizante en una dichosa ignorancia sobre lo que el inconsciente es *realmente*: un saber *sin sujeto*.)

«¿Adónde nos lleva esto?» pregunta Lacan en esa misma sesión de su seminario⁶, para enseguida responder: a una experiencia subjetiva única, jamás realizada antes del psicoanálisis, que Freud llamó castración. La tarea analizante supone, pues, una destitución que conduce a lo que Lacan destaca como una *experiencia subjetiva* de la castración.

La castración en tanto irreductible obstáculo con que se topan los fines de análisis, se expresa según Freud como un rechazo de la feminidad, es decir, como un rechazo de la falta por parte del sujeto *en su relación con el analista*⁷. Es un rechazo que se actualiza en la transferencia. Lacan «prolonga» a Freud sobre este punto cuando descompone o redobla la falta distinguiendo en ella dos vertientes: aquella en que se inscribe como desfaliciación y aquella en que se realiza con y en la pérdida del objeto. Pero sobre todo, diría, Lacan pone de relieve, explicitándolo y teorizándolo, el papel que juega el analista en quien ha de encarnarse esta pérdida. Lacan revela y subraya la implicación del analista en una experiencia cuya estructura es la estructura del sujeto⁸.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Cf. Freud, S. [1939] Análisis terminable e interminable. En: *Obras Completas IX*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1975, cap.VII.

⁸ Cf. Presentación de la traducción francesa de las *Memorias* de Schreber. «*nous ne nous sommes jamais intéressés qu'à la formation de sujets capables d'entrer dans une certaine expérience que nous avons appris à centrer où elle est (...) comme constituée par la vraie structure du sujet-qui comme telle n'est pas entière, mais divisée, et laissant choir un résidu irréductible(...)*», 1966. «(...) nunca nos hemos interesado más que en la formación de sujetos capaces de entrar en una cierta experiencia que hemos aprendido a centrar en su sitio (...), en tanto constituida por la verdadera estructura del sujeto que, como tal, no es entera, sino dividida, y que deja caer un residuo irreductible».

Si Freud puso énfasis en el rechazo de la feminidad por parte del analizante, Lacan lo puso en el rechazo de la destitución subjetiva por parte de los analistas de las «sociedades existentes» en el 67. La concepción de la experiencia psicoanalítica que Lacan desarrolla en esos años (los de la *Proposición*) comprende no sólo que el analista opera como objeto causa del deseo de saber, sino también que al final se verá reducido a no ser más que el objeto sobrante de la operación. La destitución del sujeto-supuesto-saber le hace perder al analista el valor *agalámico* que dicha suposición le conferiría y lo deja reducido a encarnar el resto de un algo que ha dejado de ser.

Un denominador común a las diversas formulaciones de Lacan relativas al fin del análisis es su reiterada oposición a la idea de que ese fin pueda ser la identificación con el analista⁹. Dentro de esta perspectiva, la destitución subjetiva constituye el punto culminante de su elaboración. Si el analista no se presta a quedar destituido de su función de sujeto-supuesto-saber favorece la identificación. Con lo cual le evita e impide la destitución al analizante. De ahí la necesidad, didáctica, del pasar por esa experiencia fundamentalmente negativa donde reside la diferencia que separa el final del análisis de su fin terapéutico¹⁰.

La destitución subjetiva que Lacan sitúa en el pasaje del psicoanalizante al psicoanalista es, en los términos de la *Proposición*, aquella en que el analizante queda destituido como sujeto al hallarse desalojado del fantasma¹¹. De no darse dentro del dispositivo analítico, esta destitución sería equivalente a lo que Lacan describe en la fuga, ese pasaje al acto en que el sujeto se realiza como objeto porque sale de escena, abandonando el lugar del Otro, único donde puede existir como sujeto histori-

⁹ Punto desarrollado en el artículo publicado en: Contra Balint. *Heteridad 4*. Rev. de psicoanálisis. IF-EPCL, 2003.

¹⁰ Cf. Lacan, J. [1964] Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista. *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1975, pp. 387-390.

¹¹ Lacan, J. Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École. *Scilicet 1*. París: Seuil, 1968, pp. 14-30. Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. *Directorio 2002-2004*. Barcelona: IF-EPCL, pp. 203-214.

zado¹². En el análisis, en cambio, constituye el resultado de un lento proceso de desidentificación que desemboca, en virtud de la transformación ya descrita, en la separación del analista. Es éste quien viene a encarnar entonces al objeto de una pérdida a la cual el sujeto ha consentido.

El obstáculo principal que se opone a esta destitución reside en ese narcisismo que «se aferra a la realidad» y del cual el análisis debe haber zafado al sujeto¹³, debe haberlo despegado y despegado. El narcisismo se aferra a la realidad, como el sujeto se aferra al ideal del yo, o al S_1 , que constituye su punto de identificación fundamental y que el analizante mantiene en el sujeto-supuesto-saber. (Recordemos que Lacan había insistido ya tres años antes, en su *Seminario XI*, sobre la necesidad de que el analista se sustraiga a la constante invitación del analizante a venir a ocupar ese lugar).

Los ejemplos de sujetos destituidos propuestos por Lacan¹⁴ son elocuentes a este respecto: sea el «guerrero aplicado» de Jean Paulhan, sea Lacan mismo cuando en el 61 sigue ocupándose de su seminario a sabiendas de las componendas que se tramaban a espaldas suyas. En cada caso, el sujeto ha dejado de lado, si no olvidado, su propio *parecer* y se halla entregado sin más a la tarea que le ha tocado. En este sentido, cabe decir que la destitución subjetiva es un efecto que resulta del desprendimiento de la identificación fundamental, I(A). El sujeto destituido es un sujeto desprendido. Y en cierto modo, libre, como el sujeto psicótico, aunque sólo sea momentáneamente.

Por esta vía entendemos que el análisis pueda conducir a una experiencia de vacío, más o menos duradera o fugaz. Lo entendemos porque el sujeto desprovisto del anclaje que le da el ideal del yo no es más que eso, el lugar vacío donde se aloja como sujeto de la enunciación.

¹² Cf. Lacan, J [1962-1963]. *Le Séminaire. Livre X. L'angoisse*. Paris: Seuil, 2004, sesión del 23 de enero de 1963.

¹³ Reseña del seminario *La Ética del psicoanálisis*. *Compte-rendu du séminaire L'éthique de la psychanalyse. Ornicar ?* 28.

¹⁴ Lacan, J. Discurso a la EFP de 6 de diciembre de 1967. *Directorio 2002-2004*. Barcelona: IF-EPCL, pp. 215-229.

Desprenderse y aprender

Hablamos con frecuencia del sujeto del inconsciente pasando por alto la distinción entre ambos términos. Si cabe distinguir, como lo hizo Lacan, al *sujeto* del *inconsciente*, entendiendo este último como la cadena significativa que constituye el Otro y situando al sujeto como el *Es* freudiano (el ello), la «realización» del sujeto, separado del Otro, no puede darse más que bajo la forma de un absoluto, si bien pasajero, silencio subjetivo¹⁵, comparable a un paréntesis vacío en que concluye el decir.

No se trata entonces del «no tengo nada que decir» que modula el discurrir analizante durante la cura (y que puede significar momentos de resistencia, defensa o «cierre del inconsciente»), sino de un radical «no hay nada que decir» que puntúa su período final. *No hay* nada que decir cuando se ha quedado circunscrito, ese centro originario de la constitución del sujeto, el *Urigen*, como lo llama Lacan refiriéndolo a la *Urverdrängung* freudiana¹⁶. El paréntesis, entonces, puede ser un modo de escribir ese agujero.

Este *no hay* podemos referirlo al que lógicamente funda al sujeto. Diría que es un simple *estar*¹⁷. Entiendo así el hecho que

¹⁵ « Paréntesis de los paréntesis » [1966] : «*L'entre-guillemets peut alors représenter la structure du S(Es) de notre schéma L, symbolisant le sujet supposé complété du Es freudien, le sujet de la séance psychanalytique, par exemple. Le Es y apparaît alors sous la forme que lui donne Freud, en tant qu'il le distingue de l'inconscient, à savoir : logistiquement disjoint et subjectivement silencieux (silence des pulsions)*». («El entrecomillas puede entonces representar la estructura del S(Es) de nuestro esquema L, simbolizando el sujeto supuesto completo del Es freudiano, el sujeto de la sesión psicoanalítica, por ejemplo. El Es aparece allí entonces bajo la forma que le da Freud, en tanto que lo distingue del inconsciente, a saber: logísticamente disyunto y subjetivamente silencioso (silencio de las pulsiones)»).

¹⁶ Juego de palabras de Lacan en la segunda parte de su *Discurso a la EFP* (6 dic. 1967- 1 oct. 1970) : «*de la division première qui résulte de ce qu'un signifiant ne le représente que pour un autre signifiant, et que cette division, il 'éprouve à reconnaître que l'autre signifiant : Ur, à l'origine (au départ logique), est refoulé*». («de la división primera que resulta de aquello de que un significativo no lo representa más que para otro significativo, de esta división prueba a reconocer que el otro significativo, *Ur*, en el urigen (en el principio lógico), está rechazado»)

¹⁷ Cf. la referencia de Lacan a la teoría de la implicación de existencia y al cuadrante de Charles Sanders Peirce. En la sesión del 6 de febrero del '68, Lacan, comentando el cuadrante de Peirce, dice que «el sujeto está ahí donde *no hay* trazos»

Lacan afirme que la destitución subjetiva «hace ser»¹⁸. Es éste un ser carente de predicados significantes, un puro ser ahí, un estar.

El «guerrero aplicado» de Paulhan, ejemplo según Lacan de lo que es «la destitución subjetiva *en su salubridad*»¹⁹, lo ilustra claramente. Este joven parte a la guerra en 1914 porque en el pueblo donde veranea, los campesinos, que conocen a sus padres y abuelos y lo vieron nacer, le preguntan: «y tú, ¿cuándo te vas?». No lo mueve ningún elevado ideal, ni compromiso con causa alguna, sólo cierto respeto generacional. Esta reducción extrema de lo imaginario, acompañada por una notable ausencia de resonancia fantasmática, es evidente a todo lo largo de la novela en que vemos a su protagonista cumplir con las diversas tareas impuestas por la vida cotidiana en las trincheras, en medio de los heridos y los muertos, de los horrores de la guerra, sin dar muestras de angustia ni de afecto particular alguno, limitándose a estar ahí, presente, haciendo lo que tiene que hacer. Posición bien resumida en esta frase: «no había en nosotros más conciencia que la inmediata y sin memoria de nuestros actos»²⁰.

Termino. La destitución subjetiva es una *experiencia*, algo que *pasa*, acaece y es pasajera. No hay en ella, a diferencia de lo descrito por Balint, nada exaltante. Nada patético tampoco. Pero de ella se desprende y aprende algo esencial, que le permite al analista «autorizarse».

¹⁸ Discurso a la EFP, *op. cit.* : «*ce n'est pas (la destitution subjective) qui fait désêtre, être plutôt, singulièrement et fort*». («no es (la destitución subjetiva) la que hace deser, ser, más bien, singular y fuertemente»).

¹⁹ *Ibid.* Lo cual da a entender que hay destituciones malsanas.

²⁰ Paulhan, J. *Le guerrier appliqué*. «*Il n'y avait en nous d'autre conscience que celle, immédiate et sana mémoire, de nos actes* ».

Mayte Roqueta
Barcelona

¿Qué dice Lacan de la roca de la castración?

En el capítulo VIII, de su texto *Análisis terminable e interminable*, Freud nos confronta con la problemática de la sexuación, o sea el complejo de castración. En la mujer la envidia del pene, el rechazo de la feminidad como resto más resistente, y en el varón el forcejeo contra su actitud pasiva frente a otro varón, que no es otra cosa que la angustia de castración. Con estas dos posiciones, se ha llegado a la roca viva y al término del trabajo analítico porque es como «predicar en el vacío» querer que las mujeres renuncien a su deseo de pene por imposible y pretender convencer a los hombres de que «una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración». Freud nos da una precisión clínica cuando nos dice que del deseo imposible de las mujeres de tener el falo «provienen estallidos de depresión grave», y que la no aceptación de una actitud pasiva por parte del hombre, «que es indispensable en algunos vínculos de la vida», lleva al varón al final de la cura a no «querer aceptar del médico la curación».

Este *impasse*, muy comentado, muestra el tope del fin del análisis sobre un núcleo, la roca viva, la roca base, pero Freud se percataba de que se trataba de una detención en el análisis, de un no querer saber más. ¿De qué no quiere saber el neurótico? No quiere saber de la castración del Otro, del deseo del Otro que lo confronta irremediabilmente a la angustia de castración. Si leemos atentamente este último capítulo, nos damos cuenta que Freud distingue la castración como estructura de la posición que el sujeto asume como respuesta a la castración, y así concluye diciendo que «nos consolamos de haber ofrecido al analizado toda la incitación posible para reexaminar y variar su actitud frente al gran enigma de la sexualidad». Freud fue prudente sobre el final, y nos señala que más bien se trata de un problema práctico que debe encontrar su solución en

cada sujeto y deposita en la responsabilidad del analista la decisión de la conveniencia, o no conveniencia, de proseguir un análisis.

¿Qué dice Lacan sobre la castración?

«Es sabido que el complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo», leemos en *La significación del falo*, y este nudo marca uno de los problemas principales de la función fálica, el falo como un punto de encrucijada, como un elemento que introduce una discordancia. Así escribe que «El falo es un significante cuya función, en la economía intrasubjetiva del análisis, levanta tal vez el velo que tenía en los misterios», e irá precisando que lo que levanta el velo es la falta de significante en el Otro, y que el falo, objeto privilegiado del mundo de la vida, opera como el significante del Otro barrado.

Freud formuló tan pronto como el Edipo el complejo de castración, que no es un mito, nos dice Lacan. El complejo de castración desconocido hasta Freud, que lo introdujo en la formación del deseo, es estructural del sujeto, y «a lo que hay que atenerse es que el goce está prohibido a quien habla... para quienquiera que sea sujeto de la Ley, puesto que la Ley se funda en esa prohibición misma»¹. Prohibición del incesto que hace que el sujeto renuncie al objeto primero y absoluto de goce que es la Madre. «Es la mera indicación de ese goce en su infinitud la que implica la marca de su prohibición, y, por constituir esa marca, implica un sacrificio», una pérdida de goce. «Un sacrificio en un único y mismo acto con la elección de su símbolo: el falo»², que marca, a la vez, el lugar y la imposibilidad de la Cosa, que ha quedado interdicta. El falo simbólico imposible de negativizar, significante del goce, opera como soporte de la Ley y, al mismo tiempo, designa la falta en el Otro, la castración de la madre, su incompletud, que la hace deseante de algo que no se completa en la relación con el hijo. Lacan nos indica, en *Del sujeto por fin*

¹ Lacan, J. [1960] Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. *Escritos II*. Madrid, México: Siglo XXI, 12ª edic. esp., 1985, p. 801.

² *Id*, p. 802.

cuestionado³, que la castración es la renuncia a la completud del sujeto.

«¿En qué momento empieza a aparecer la falta de significante? En aquella dimensión que es subjetiva y que se llama la pregunta⁴. A la pregunta ¿qué soy? no hay ninguna respuesta en el Otro. Carencia de ser del sujeto pero también del Otro, lugar de la palabra al mismo tiempo que de la carencia. El deseo se constituye en la medida en que el deseo del Otro es desconocido, en su punto de carencia, el Otro no puede responder sobre la existencia y el sexo. Así Lacan precisa que «la marca dejada por el significante en el sujeto y la dimensión de la falta introducida en dicho sujeto»⁵ por el efecto del significante en el Otro, representa la castración propiamente dicha, y que Freud ya percibió como la detención en un punto del análisis que, en algunos casos, es irreductible y deja una especie de herida que para el sujeto es el complejo de castración.

En esta carencia, en esta falta originaria que remite al objeto irremediabilmente perdido de Freud, se engendra el objeto causa de deseo y será el significante del Nombre del Padre, en función metafórica, el operador lógico de la castración, que marca a los objetos de deseo y les concede significación fálica. Estos objetos se representan para el sujeto bajo la forma de la falta fálica, menos *fi*.

Así Lacan nos dice que «es pues más bien el asumir la castración lo que crea la carencia con que se instituye el deseo. El deseo es deseo del Otro, o sea sometido a la Ley». «La castración es el resorte nuevo que Freud introdujo en el deseo»⁶. El sujeto queda confrontado a esa carencia que instituyó el deseo; deseo que no se significa, se manifiesta en los intersticios de la deman-

³ Lacan, J. [1966] Del sujeto por fin cuestionado. *Escritos I*. México: Siglo XXI, 4ª edic. esp., 1976, pp. 51-58.

⁴ Lacan, J. [1960-1961] *El Seminario. Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós, 2003, p. 273.

⁵ Lacan, J. [1957-1958] *Le Séminaire. Livre 5. Les formations de l'inconscient*. Paris : Seuil, 1998, p. 472.

⁶ Lacan, J. [1964] Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista. *Escritos II*. Madrid, México: Siglo XXI, 12ª edic. esp., 1985, p. 831.

da, y Lacan llama pulsión a la relación entre el sujeto y la demanda. Las pulsiones, que son nuestros mitos, mitifican lo real y el mito que se recrea es el «del deseo reproduciendo la relación del sujeto con el objeto perdido»⁷. Objeto que restituiría esa completud ilusoria, por imposible, porque el objeto está perdido desde siempre. La pulsión es el trayecto por el cual el sujeto algo quiere volver a encontrar de ese objeto perdido; búsqueda del sujeto siempre en menos ante lo que encuentra, «no es eso».

¿Cómo se representa la castración simbólica en la sexualidad del sujeto? Lacan nos orienta cuando nos dice que «la función imaginaria del falo Freud la develó como el pivote del proceso simbólico que lleva a su perfección en los dos sexos el cuestionamiento del sexo por el complejo de castración»⁸, y donde se elaboran los efectos sintomáticos del mismo. Tanto el hombre como la mujer están sujetos a la falta en ser y cada uno se sitúa de manera diferente en relación a ese vacío estructural, según esté privado, o no privado, del órgano que representa al falo. Freud nos enseñó que justamente sobre el fondo de una ausencia se inscribe una presencia. Ni el hombre ni la mujer pueden ser el falo ni tenerlo, aunque el neurótico entre irremediabilmente en la dialéctica del ser y el tener, que vale para los dos sexos.

A lo largo de estas citas, se percibe cómo Lacan va perfilando la roca viva de la castración contra la que tropieza Freud. Esa roca de lo real, ese imposible de decir y donde el saber se detiene porque no hay significante que pueda nombrar ese vacío, ese «algo que es común a ambos sexos» como indica Freud. La castración, efecto del lenguaje, es un hecho de estructura irreductible y condición del inconsciente. El sujeto se confronta a la castración en las diferentes modalidades de la falta, esa falta que estaba allí desde el principio - ϕ , y el objeto causa de deseo, objeto *a*. Para el neurótico la castración viene del Otro, el Otro que sabe, goza y quiere su castración, de ahí su queja y su que-

⁷ *Id.*, p. 832.

⁸ Lacan, J. [1958] De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. *Escritos II*. Madrid, México: Siglo XXI, 12ª edic. esp., 1985, p. 537.

rella con él. El análisis podrá operar sobre esta posición subjetiva, dando acceso a una respuesta a la pregunta del neurótico, una respuesta que ya estaba en lo real, por estructura, lo imposible de nombrar: no hay relación sexual, y poder abordar lo singular del goce de cada uno.

Lacan va a plantear lo que permite llevar al sujeto hacia ese punto: «es el deseo del analista el que en último término opera en el psicoanálisis»⁹, deseo que implica la singularidad de cada analista, su modo de encarnar el deseo del analista, y éste sólo puede surgir de su propio análisis. Nos dice en la *Proposición del 9 de octubre*¹⁰ que «la terminación del psicoanálisis llamado en forma redundante didáctico es, en efecto, el paso de analizante a analista», y así ocupar en la dirección de la cura el lugar de semblante del objeto causa de deseo para promover, en una cura, el surgimiento del mismo. Se trata de un deseo advertido de lo que la transferencia conlleva de sugestión y engaño.

⁹ Lacan, J. [1964] Del *Trieb* de Freud... *Op. cit.*, p. 833.

¹⁰ Lacan, J. Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la Escuela. En: *Directorio 2002-2004*. Barcelona: IF-EPCL, pp. 203-214.

Colette Soler
París

Invariables del final de análisis

Lo que pongo en cuestión en mi título, no son más que las sucesivas fórmulas de Lacan en lo concerniente al final de análisis.

Fórmulas diversas, nos dejó muchas: final por la asunción de «el ser para la muerte», por la subjetivación de la castración, por la destitución subjetiva del pase y, por último, por la identificación al síntoma.

El decir invariable

Esta variedad, que sigue las elaboraciones de la estructura, es preciosa pues nos obliga a elegir, y puede también tener para nosotros virtudes antidogmáticas. Sin embargo, nos deja frente a una cuestión: la del «decir», decir único, deducido de estos múltiples dichos.

Si volvemos a Freud, en lo que se refiere al final del análisis, parece que, según lo que se desprende de sus dichos, el final efectivo va más allá de una simple pragmática. Este no es el caso de Lacan, quien sitúa cada etapa en términos de estructura, es decir de matema.

Las constantes que atraviesan la variedad de tesis me importan, pues, particularmente. Entre estas constantes hay una afirmación que nunca ha sido desmentida: es la que dice, en primer lugar, que hay una conclusión del análisis definible en términos de estructura; en segundo lugar, que este final es inseparable de la producción del analista, y, en tercer lugar, que tiene un alcance político esencial. Volveré sobre ello.

Empiezo por el final, la identificación al síntoma. Es un desbarajuste teórico, como se dice a veces. Está claro que los

años 70-75 estuvieron bajo el signo del cambio: nuevo esquematismo borromeo y, con los nuevos avances clínicos, redefinición del síntoma, devaluación de la hegemonía de lo simbólico, reevaluación de lo real. Pero, ¿hasta dónde esta inversión de perspectiva modifica lo que es necesario obtener de un fin de análisis? Yo digo que la fórmula es nueva, pero que el decir no lo es, ya que nunca ha variado. Es lo que les quiero mostrar.

Identidad de separación

Esta identificación al síntoma no se puede confundir con lo que llamaré identificaciones de alienación, identificación *vía* el Otro. Estas últimas se declinan en un análisis y son llamadas a caer ahí mismo, como decimos. Vienen del Otro, del que toman prestado sus significantes: desde los ideales I(A) hasta el significante fálico. Las identificaciones intentan siempre «cristalizar- el término es de Lacan- en identidad, pero no son más que las miserias escondidas, si se puede decir, de un sujeto que no está más que supuesto, y que no es identificable en el Otro, donde no hace sino función de falta (-1). El síntoma en singular, él, como Lacan lo llamaba en tiempos de la Cosa, no está del lado del Otro, sino que viene de lo real, del goce.

Lacan define esta identificación de una manera que no puede ser más simple. Consiste, afirma, en «reconocerse ahí». ¿Qué quiere decir? La expresión está puesta en contraposición con otra de la misma época que dice que nunca puede uno reconocerse en su inconsciente.

Evidentemente, para reconocerse ahí, en su síntoma, es preciso haberlo identificado, haber reconocido a lo largo de la elaboración analítica, más allá de los cambios terapéuticos, las modalidades específicas de goce, que no cesan de escribirse para el sujeto. Esa es la condición para desenredarse, «saber hacer con ello», dice Lacan. Para el neurótico, que, por definición, no se reconoce ahí, se defiende y se queja, aún cuando llegue a darse aires de cínico, es un progreso.

Reconocerse ahí, es asumir lo que es preciso denominar una identidad de goce. Nada que ver con la identificación al Otro. ¿Es entonces el síntoma que no cesa de escribirse quien responde al «¿qué soy yo?» de entrada? El final por identificación al síntoma es un final por identidad, no por identificación; más precisamente, es un final por lo que voy a llamar una identidad de separación. No hay en ninguna parte otro de identidad.

El precursor explícito de esta tesis de Lacan se encontraba al final del Seminario sobre *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, donde Lacan, evocando una identificación de tipo especial al objeto *a*, apuntaba ya al blanco de una identidad de separación por el goce. Aquí se abriría la cuestión de saber si ésta tiene la exclusiva de toda identificación. En esta cuestión no voy a entrar por falta de tiempo.

Quiero más bien aportar una precisión, que creo indispensable para la comprensión de este decir. La expresión «identificación al síntoma» es del tiempo en el que el síntoma está definido de forma borromea por Lacan, lo que en términos freudianos significaría, entre otras cosas, que el síntoma no es sin estar anudado al fantasma. Además, hay que decir que la identidad de goce no implica que el goce ahí sea singular y con mayúscula. Se acomodaría mejor a ser triple: goce de sentido (el fantasma no hace su *exit*¹ sino con el objeto causa del deseo), goce de la letra, estibando el falicismo y, por último, confín del goce viviente otro, opaco, real. Más esencial todavía es que lo que el síntoma borromeo determina no es el simple sujeto supuesto al significante, sino, por el contrario, lo que Lacan designa en 1975 como el «sujeto real», aunque parezca imposible allí, que el individuo hablante-ser sepa que tiene un cuerpo y es sustancial.

Este decir sobre el final por identidad de separación es generalizable: concierne al término y al resultado de la metamorfosis analítica, no hay otro decir de Lacan que éste. Esto va desde

¹ *Salida* (teatro). N.T.

el «tú eres eso» del texto de 1949 sobre el estadio del espejo, hasta esta famosa identificación al síntoma.

Vuelvo, pues, de nuevo al comienzo, a los antecedentes:

«Tú eres eso»

1949: Lacan termina su texto diciendo que el análisis acompaña al paciente hasta, cito, «el límite extático del 'tú eres eso'». Si esto no es una fórmula de identidad, ¿entonces qué es? Y de identidad de separación, tal y como indica el término extático.

En la década siguiente encontramos la famosa «asunción del ser para la muerte», cuyas resonancias pathemáticas ocultan la verdadera estructura. El análisis estaría definido entonces como la restitución de la cadena de las palabras constituyentes del sujeto. Les envío a *Función y campo de la palabra y del lenguaje* y a *Variantes de la cura tipo*. Se podría creer que no hay otra identidad para el sujeto que la identidad alienada, que se formula entonces en términos de identidad intersubjetiva. Pero es precisamente en relación con esto que la muerte es convocada por Lacan como un centro exterior al lenguaje, como real, y más precisamente como punto de acolchado real. Y Lacan también convoca al sujeto que, cito, «dice no» a las agregaciones del Eros del símbolo, asimismo dice no a la cadena, en provecho de un deseo de muerte del cual declina las tres formas principales, que no se confunden con la pulsión de muerte sino que indican, y Lacan lo dice explícitamente, que el ser para la muerte es «afirmación de la vida», la única verdadera, según él. La que inscribe el ser propio, único, en la memoria de los hombres. También dice que la subjetivación del ser para la muerte es una institución de la diferencia única y que el suicidio de Empédocles, del cual hará más tarde el paradigma de la identidad de separación, aporta el modelo de un acto por el cual el sujeto deviene en fin idéntico a sí mismo. No está muy lejos del célebre verso de Valery: «Tal como en sí mismo, por fin la eternidad le cambia».

«Solución del análisis interminable»

¿Qué decir entonces, todavía algunos años después, a partir de *La dirección de la cura* de la asunción, Lacan dice a veces subjetivación, de la castración?

El final por identidad de separación no está ahí, aparentemente, evocado en nada, la conceptualización del final no está abordada más que por el significante fálico y la referencia a la castración ¿Es así entonces? No. La separación puede no estar nombrada en los dichos y sin embargo estar presente. Es suficiente leer los dos últimos párrafos. El primero anuncia la caída de la identificación última al significante fálico. ¿Y que es esto, sino el último efecto de desidentificación? Eso está muy próximo a un efecto de separación. Es verdad que no lo identifica, deja más bien al \$ al descubierto, por así decirlo. ¿No es, me dirán ustedes, un final mediante el sujeto indeterminado, sin identidad? Se podría creerlo, se ha creído y se puede repetir todavía a veces, pero es porque no se ha leído ahí bien la continuación, y especialmente las líneas que siguen. Son ciertamente muy crípticas, pero no indescifrables si se pone uno de su lado, sobre todo nosotros que disponemos de la continuación.

¿Qué dicen estas líneas? Primeramente, que el efecto de separación que supone la desidentificación fálica es la condición de la puesta en juego de la castración en la relación con el Otro -dar y recibir el falo, dice Lacan-. Ahora bien, no olvidemos que el tope freudiano, releed el capítulo VII de *Análisis terminable e interminable*, es el rechazo de esta puesta en juego y la permanencia en el desespero de la protesta o de la reivindicación. «Hacer de la castración causa», según la expresión que utiliza Lacan en su reseña de *El acto analítico*, es ya una solución al tope. Evidentemente esto no es una identidad.

Pero esto no es todo. El texto se cierra, en segunda lugar, en su último párrafo, con lo que Lacan llama la «solución para el análisis interminable», solución para el callejón sin salida freudiano. Subrayo la solución. Solución dada por Freud mismo, según dice Lacan. Por el Freud que, en 1937, comienza a escribir por primera vez sobre lo que llama la *Spaltung*. Y para decir en concreto, según las dos fórmulas que yo he propuesto, que no

hay pene sino... el fetiche. En este fetiche, pene desplazado según los términos de Freud, Lacan reconoce la primera introducción freudiana referente al objeto, que él todavía no ha escrito como objeto *a*, pero en el que ya ha encontrado la solución.

Concluyo sobre este texto. No está exactamente el final por la identidad de separación, sino un final que no va sin un efecto de separación, y una indicación del elemento que responderá de la indeterminación del sujeto, a saber, el objeto mismo. En este sentido, el texto es, en sí mismo, como una pieza incompleta que, en la última frase dispuesta, nos deja en el umbral de la elaboración complementaria por venir. A esto es a lo que yo había dado valor en mi Preludio de *Heteridad IV*.

Destitución de la falta en ser

Queda la famosa «destitución del sujeto» de la época del pase, de la que es difícil desconocer su verdadera naturaleza, ya que el mismo Lacan fue inducido a precisarla. Cf. *El discurso a la EFP*, de diciembre de 1967. Contrariamente a lo que el término destitución connota, no es una negativización sino una positivización. No es concebible más que en relación a la institución del sujeto supuesto al saber, que conlleva toda entrada en análisis. Pero esto no instituye al sujeto más que como falta en ser y *x* del deseo, enigma de la indeterminación, tan irreductible por la cadena significante como por la represión originaria de Freud. Es a esta no-identificación de entrada a la que la destitución da su identidad. Tal vez debería decir a su identidad paradójica. Ella escribe la equivalencia entre el \$ y el objeto. Será este último el único que responda al «que soy yo» de entrada. Es la no-identidad de entrada la que es destituida.

He dicho identidad paradójica. En efecto, si no se olvida que el objeto en cuestión, a pesar de su consistencia corporal, a la vez imaginaria y real, no es un objeto de la realidad, aprehensible en las coordenadas de la estética kantiana, se comprende que la identidad por la causa del deseo sea una identidad irrepresentable, en el sentido de que ella no tiene representante. La destitución hace ser a quien era falta en ser, determina al que era inde-

terminado y lo hace por medio del objeto-causa que decide sobre su deseo –esto es lo que quiere decir «deseo decidido», lo que Freud decía también con su deseo «indestructible», pienso yo-, pero este objeto-causa queda como no representable. Al final de toda elaboración, Lacan lanza su veredicto, que se presta al error, todo hay que decirlo: «saber vano de un ser que se hurta»

Una identidad de separación, pues, pero que se esconde es paradójica. No estamos muy lejos del límite extático de 1974. Tú eres ese objeto que no está significantizado en el Otro –separación-, tú eres eso que no cesa de causar todos tus dichos y actos –constancia-, pero al que ningún dicho representa, al que ningún acto aplaca y que, por lo tanto, no se manifiesta más que en acto. ¡No es sorprendente que justo después sea el seminario sobre el Acto!

Así pues, lo que se construye de principio a fin en la enseñanza de Lacan es el final por la identidad de separación y su elaboración va desde la identidad inefable afirmada en el 49 hasta ésta, en que la letra de goce del síntoma arranca de lo inefable, siendo la letra lo único en el lenguaje que es idéntica a sí misma (1975).

Identidad es lo contrario de extravío; separación lo contrario de alineación. Es asombroso ver hasta que punto Lacan ha producido malentendidos y ha sido mal interpretado por sus primeros alumnos. Estos han incrementado, sucesivamente, en pathos y, de repente, en ideal la falta, la castración, el de-ser, la destitución, sin olvidar por supuesto el no saber. De ahí su estupefacción cuando han visto aparecer la identificación al síntoma, que, sin embargo, tan sólo ponía el último punto de acolchado sobre la tesis presente desde el principio. De este malentendido hizo el propio Lacan el diagnóstico, evocando a los analistas que no se autorizan más que en su extravío.

Ahora bien, cómo reunir, sin esta tesis fundamental del final por identidad de separación, un hecho clínico masivo- sobre el cual, por otra parte, los enemigos del psicoanálisis tienen un buen pretexto para apoyarse-, hablo del hecho de los que se dicen analizados, para quien a veces el análisis ha cambiado por

completo, en verdad, pero que, sin embargo, a un cierto nivel permanecen idénticos, más endurecidos.

La ética, jamás individualista

Este largo tiempo para comprender tiene sus inconvenientes. Clínicos sobre todo, pero no solamente, en la medida en que la concepción del final de análisis tiene un alcance político decisivo.

Desde el principio Lacan ha establecido, hablando del psicoanálisis, lo que cito: «la ética no es individualista»², sino que conlleva *por el contrario* efectos sobre la civilización actual. Releyendo el conjunto de estos textos me he sentido impresionada por el número de observaciones virulentas destinadas a su época y que serían perfectamente aplicables a este inicio del siglo XXI.

Tiempos de infierno social, barbarie del siglo darwiniano, produciendo víctimas conmovedoras, en *La agresividad en psicoanálisis*³; objetivación del discurso que expulsa el sentido del sujeto, en *Función y campo de la palabra y del lenguaje*; después, las éticas del superyo y del espanto, en *Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache*. Sigo justo hasta *La tercera*, que nos reconoce a todos proletarios, no habiendo nada más para hacer lazo social.

Paralelamente a cada uno de estos diagnósticos la misión del psicoanálisis es redefinida: «abrir de nuevo la vía de su sentido en una fraternidad discreta», a la víctima conmovida⁴; que «la satisfacción del sujeto encuentre como realizarse en la satisfacción de cada uno»⁵; salida de las éticas del superyo por el silencio del deseo⁶; y luego, hacer servir su castración, *Subversión del*

² Lacan, J. [1955] La chose freudienne. *Écrits*. París: Seuil, 1966, p. 416.

³ Lacan, J. [1948] L'agressivité en psychanalyse. *Écrits*. París: Seuil, 1966, p. 122.

⁴ *Ídem*, p. 124.

⁵ Lacan, J. [1953] Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse. *Écrits*. París: Seuil, 1966, p. 321.

⁶ Lacan, J. [1960] Remarque sur le rapport de Daniel Lagache. *Écrits*. París: Seuil, 1966, p. 684.

sujeto y dialéctica del deseo; salir del discurso capitalista, *Televisión*; y por último, oponerse al real, entendiendo lo real como el síntoma social proletario, *La tercera*.

Se ve que en todos los casos, y sería necesario seguir este camino del pensamiento más en detalle, la finalidad prescrita va en el sentido de restituir a los sujetos un lugar en el lazo social que pase por la desalienación de los sujetos.

Sobre este punto de la identificación al síntoma ¿no reduplica el individualismo forzado y el desamparo del proletariado moderno? Algunos colegas se han preguntado cómo, sobrepasado el año 2000, y mientras los sujetos de hoy son presa de los valores del capitalismo, cómo se podría todavía querer «reunir en su horizonte la subjetividad de la época», tal como Lacan preconizaba para el analista en el final de *Función y campo de la palabra y el lenguaje*. Esos mismos se han imaginado, sin duda, que la identificación al síntoma era homogénea en el régimen de lo que yo he llamado «narcinismo generalizado», que produce el capitalismo.

Ahí está el error, pienso yo. El síntoma social del «todos proletarios», que globaliza la relación acomodada de cada uno con los productos del mercado, es disruptiva con el lazo social, no estableciendo más que un único lazo, muy poco social, de cada uno con los plus de goce prescritos. Este no es necesariamente el caso el síntoma borromeo del final de análisis, el que, anudando para cada uno de manera singular, nunca global, el deseo y los goces, no excluye totalmente el lazo social. Por el contrario, es el único que puede asegurar lo que Lacan llamaba un amor más digno, incluso «la salida del rebaño».

Frente a la globalización del goce mercader, de los plus de gozar estandarizados, la identificación al síntoma hace valer una singularidad de goce, sin recursos nostálgicos a los valores del pasado, devenidos impotentes. Alcanza muy bien la subjetividad de la época al menos en el resto que queda en un discurso que intenta amaestrar los deseos. Lacan estaba más que nunca con la hora de su tiempo.

Queda pendiente sin embargo que la solución de la neurosis por identificación al síntoma no sobrepasa la ética individualista. Pienso que es por esto por lo que Lacan ha podido decir que se quedaba corto. Es por lo que también ha añadido la necesidad de un complemento de solución para los analistas... la solución por la Escuela.

Bernard Nominé
Pau

El Pase y el análisis finito

El significativo Pase podría dar a entender que uno puede facilitar un pasaje en el fondo de un impasse, en el fondo del impasse del análisis infinito. El Pase pudo ser considerado así como solución al impasse freudiano, al tope en la roca de la castración. Esta concepción implícita pudo infiltrar el dispositivo del Pase, entonces contemplado como certificado del análisis finito. Sostendré hoy que es una concepción que esta lejos de ser satisfactoria. El pase propuesto por Lacan no elimina el tope destacado por Freud. El pase, nos dice Lacan, es del orden del salto. Si hubiera un pasaje tranquilo al fin de la experiencia, no habría ninguna necesidad de dar este salto. Queda por saber en qué, este salto que franquea una hiancia, que Lacan sitúa en su seminario sobre el *Acto* (21 de febrero de 1968) entre dos puntos que son el $-\phi$ y el a , es algo que tiene que ver con el tope freudiano de la roca de la castración.

Análisis terminable, análisis interminable

En una primera lectura, el texto de Freud parece decirnos que todo analizante que prosigue su cura hasta un término correcto, es confrontado con la castración y tiene dificultades para resolverse a soltar la supremacía del falo. Esto para el $-\phi$. La continuación es más difícil de demostrar. Y sin embargo, si se lee atentamente *Análisis terminable y análisis interminable*, uno se da cuenta que hasta el penúltimo capítulo, Freud trata de demostrarnos que todo no es analizable, que toda la pulsión no es domable, que habrá entonces siempre un resto. El dominio completo y definitivo de las pulsiones es un ideal inalcanzable. No todo de la pulsión oral cede su sitio a la pulsión anal. No todo de esta pulsión anal cede tampoco su sitio a la pulsión genital del estadio fálico. «Incluso en el caso de desarrollo nor-

mal la metamorfosis nunca es absolutamente completa, aunque en la configuración final pueden permanecer vigentes restos de fijaciones libidinales más antiguas»¹.

Si el proyecto del psicoanálisis es reemplazar la represión por el dominio de las pulsiones, hay que admitir que esta «metamorfosis» tiene éxito sólo en parte y que «sectores del mecanismo antiguo permanecen intocados por el trabajo analítico». Sin contar que al lado de las pulsiones que el yo busca dominar, Freud nos recuerda que aisló una suerte de pulsión totalmente indomable, la pulsión de muerte que puede expresarse en la cura bajo la forma de la reacción terapéutica negativa.

Aquí es donde uno está después de los siete primeros capítulos de este texto que nos enseña que la pulsión no es totalmente domable, que nos ha acostumbrado a la idea de un resto que hace tope. Y luego, por fin llegamos al último capítulo, como un pelo en la sopa. De una manera extremadamente rápida y sin rodeos, Freud concluye su trabajo develándonos un nuevo punto de tope: la roca de la castración o el rechazo de la feminidad. Tanto predicar en el vacío, dice Freud, cuando se quiere «mover a las mujeres a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene la significación de una castración»².

Mi primera reacción a la lectura atenta de este artículo fue la de asombrarme de este último capítulo que contradice en cierto modo la lógica del resto del texto. ¿Después de habernos acostumbrado a la idea que hay un ininterpretable, no vuelve Freud sobre su propósito soltándonos esta pedrada en la cabeza, su roca de la castración? Decididamente, nos devuelve siempre a la problemática fálica, aun cuando incluso nos había permitido contemplar un más allá bajo la forma de este famoso factor cuantitativo de la pulsión indomable.

¹ Freud, S. [1937] Résultats, idées, problèmes. En: *Analyse avec fin, analyse sans fin*. París: PUF, 1985, II, p. 244. Análisis terminable e interminable. *Obras Completas IX*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1975, pp. 3339, 3364.

² *Idem*, p. 267.

Una lectura lacaniana del artículo de Freud

Nos hace falta la ayuda de Lacan para captar la lógica de este artículo. Si el análisis no puede ser finito en el sentido de un conjunto finito, es porque hay un ininterpretable. Y este ininterpretable puede articularse a dos puntos esenciales de tope: la pulsión de muerte y la feminidad. No es tanto el miedo de la pérdida del falo, como la abertura sobre un mundo donde él no está, sobre un mundo más allá del falo, sobre un goce otro, que el fálico. Este goce incalificable, cada uno retrocede al reconocerlo y sin embargo es ciertamente el motor oculto más común a todos. No sirve para nada el querer interpretarlo en términos freudianos de castración por privación del pene o del falo. Habría allí un forzamiento que podría sólo incitar a un análisis interminable, que no encontraría punto de detención sino en el apogeo de una reacción terapéutica negativa caracterizada.

La primera parte del artículo de Freud concierne a lo que puede dominarse de la pulsión, y lo que se domina va siempre en el sentido de la apropiación del falo. El análisis puede formar parte de este proyecto; el analizante busca volverse el amo de sus pulsiones y quiere pasar enseguida al otro lado para desempeñar la función del analista, tomando la misma pasarela que aquella que conduce al alumno a ocupar la posición del maestro. Esto no es la vía que Lacan desea favorecer, porque pudo escribir el discurso del analista muy distinto del Amo. El analista haciendo las veces de objeto no se propone como modelo de dueño de las pulsiones. Tendría más bien la tendencia a enloquecer la pulsión objetando a su dominio. Imaginamos bien el juego de prestidigitación que constituye el paso del diván al sillón, en una tal opción donde el analizante se encuentra confortado en su demanda fálica. Allí se puede decir que el paso al analista le habrá evitado al candidato el impasse de la demanda de reconocimiento fálico. Porque, si lo que el analizante demanda se resume en la búsqueda fálica, es seguro que el final de la experiencia, del lado femenino, en todo caso, debería lógicamente aportar una buena dosis de amargura y de desilusión, adecuada para desencadenar el *neid*, la reivindicación rabiosa descrita por Freud.

Este texto de Freud se vuelve más legible y más eficaz para nosotros si leemos allí el rastro del objeto *a*. Lo que no se deja amaestrar, lo que no vuelve absolutamente a la economía de este ser del deseo que es la vara fálica, es ese objeto que no tiene sustancia y qué Lacan cernió como plus-de-goce.

La reivindicación fálica: una demanda de ser

Aquello con lo cual se topa el análisis según Freud, es con una demanda que no puede satisfacerse, demanda de tener el falo en la mujer y de guardarlo al amparo de la castración en el hombre. Pero Lacan aporta un correctivo a la tesis freudiana, no se trataría tanto de una demanda de tener sino de una demanda de ser.

¿Cómo podría responder el analista a esta demanda de ser, cómo podría satisfacerla? Se ve inmediatamente en seguida que la sola salida estaría del lado del reconocimiento, es decir del lado de la identificación. El analista anima su analizante a identificarse con sus ideales, y lo reconoce al final del trayecto en una suerte de armadura que lo confirma en su ser... analista. Esta suerte de pasarela escamotea lo que habría debido conducir a un impasse, a un punto de tope concerniente a esta demanda de ser, pero condujo a las asociaciones psicoanalíticas en el impasse concerniente a la formación de los analistas y especialmente a nivel del deseo del analista. Es para intentar corregir el impasse a nivel de la institución que Lacan inventó el Pase. Creo que hay que insistir en este punto porque puede ser fundamental para nuestra Escuela: El pase de Lacan no es una solución al tope encontrado en la cura llevada a su término, sino una solución al impasse institucional de la institución analítica que contornea el obstáculo o que lo desconoce.

El tope sobre el ser

Releyendo el conjunto de lo que pudo decirse en el ámbito lacaniano desde la invención del Pase, podemos retener tres categorías de tope para el análisis lacaniano: el tope del goce, el

tope del fantasma y el tercer punto de tope que los recorta en parte pero que me parece haber sido mejor cernido y en el que me interese especialmente, pues es para mí el punto central aunque muy oscuro de la *Proposición* de Lacan, quiero hablar del tope sobre el ser. Es en efecto la cuestión del ser la que está en el centro de la *Proposición*. La toma del ser del deseo, como punto de mira del fantasma, no es sino equivocación, es decir que ella falla y no desemboca sino sobre el deser. Por otro lado, la equivocación del sujeto supuesto saber no le promete mejor futuro al ser del saber.

Hay varias maneras de contemplar este tope sobre el ser. Pero me parece que se tiene interés en dejar a un lado toda ontología, todo abordaje filosófico de la cuestión y colocarse en el punto de vista de Lacan cuando dice en el Seminario *Encore* que «Toda dimensión del ser se produce en la corriente del discurso del Amo»³. El Amo en efecto, es aquel que dice lo que debe ser y lo que no debe ser, pero no hay ninguna realidad de ser que sea anterior a este discurso.

Hay que decir que el lenguaje es tal, que uno no puede impedirse suponer una sustancia que sería impregnada por la función del ser. Esta supuesta sustancia impregnada de la función del ser es el objeto perdido de Freud y es el soporte de la falta en ser lacaniana. No obstante, no habría que atribuir al objeto *a* de Lacan una verdadera sustancia. El objeto *a* no es sino un semblante de ser, lo que no le quita nada de su consistencia lógica. Es lo que hace que en el procedimiento del pase los pasadores no son forzosamente sensibles a una demostración del pasante que quiere probar que alcanzó la verdad de su ser en una construcción y en una travesía de su fantasma. Al contrario, puede ocurrir que el cartel dimensione que los pasadores hayan estado sensibles a pesar de ellos y que ellos han transmitido, sin saberlo, la lógica a la obra en el testimonio que se les confió.

Insistíamos mucho, en una cierta época, en la travesía del fantasma hasta el punto de hacer del pase un fin ideal de análi-

³ Lacan, J. [1972-1973] *Le Séminaire. Livre XX. Encore*. Paris : Seuil, 1975, p. 33. *El Seminario. Libro 20. Aún*. Buenos Aires : Paidós, 1998, pp. 30-33.

sis con esta famosa travesía. El fantasma es en sí un tope en el análisis. El fantasma da en efecto a cada uno una seguridad sobre lo que se ve donde se cree estar en una escena fijada que hace pantalla sin duda a la falta en ser que se encuentra detrás. Un cambio de perspectiva puede sólo deshacer este espejismo, pero la cura llevada a su término no puede obtenerlo por ella sola, hace falta también el apoyo de los azares de la vida, la contingencia de ciertos encuentros.

La travesía del plano de la identificación

Una travesía que no es de artificio y que no es rara, lo escuchamos bastante a menudo, es la travesía del plano de la identificación. El analizante, tomando la medida de lo que su ser debe al discurso del Otro, pierde de repente la seguridad de lo que él se creía ser y es el efecto de despersonalización del que habla Lacan en su *Observación sobre el Informe de Daniel Lagache*. Si se examina de cerca este afecto de despersonalización del cual nos habla Lacan, vemos en qué él concierne a un desidentificación, es decir, estrictamente hablando, una pérdida de ser. En este momento de franqueamiento, el sujeto puede entonces ser conducido a verse de otro modo, desde otro punto de vista, sin la ilusión que le reenviaba el ser ideal. Percibe en seguida la consecuencia en su cuerpo, es la sensación de despersonalización.

Lacan volverá en su Seminario sobre *Los cuatro conceptos* sobre este tema evocando una topología para la travesía del plano de la identificación. Este plano es de hecho un plano de sutura, una pasarela que colma la hiancia entre el Ideal del yo que hace ser y el objeto *a* que condensa la falta en ser. «Es porque el deseo del analista tiende en el sentido exactamente contrario a la identificación que el franqueamiento del plano de la identificación es posible...»⁴ nos dice Lacan, y añade: «Todo aquel que haya vivido conmigo hasta el final de la experiencia

⁴ Lacan, J. [1964] *Le Séminaire. Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. París: Seuil, 1973, p. 246. *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2001, p. 282.

analítica, en el análisis didáctico, sabe que lo que digo es cierto». Este franqueamiento destacado por Lacan está pues directamente en relación con el término posible de la experiencia analítica. Lacan esperaba del dispositivo del pase que esclareciera este franqueamiento, que es también el que condiciona un cambio de posición, el paso del analizante al analista. Entonces, si hay una constatación bastante unánime por parte de los diferentes carteles del pase, es que los testimonios de los pasantes no esclarecen en absoluto este paso que permanece la mayoría de las veces inadvertido. He aquí pues un nuevo punto de tope, por fin, nuevo, esto no es seguro, es posiblemente siempre lo mismo. ¿De dónde viene ese «soy analista»? ¿Es un ser que no sería efecto del dicho de un Otro que lo habría identificado? Si se recusa la pasarela de la identificación, hay que contestar afirmativamente. Debemos entonces enfrentarnos con esta paradoja que nos conduce a sostener que debe haber allí psicoanalista, del ser que escapa a la condición de todos, de no existir sino identificados por el Otro. Esto no es para que vayamos a reclutarnos sobre el criterio del sujeto no identificado; sería la locura. Esto podría sin embargo ser la consecuencia de una observación radical del no más que de sí mismo. Es ahí dónde el dispositivo del pase inventado por Lacan viene a colocar los límites, se trata de concernir también algunos otros en este asunto, a algunos otros que deben desenredarse para saber reconocer la lógica del deseo del analista en la base de este salto que condujo un sujeto a autorizarse de el mismo.

Testimonio sobre la experiencia del cartel del pase

Es en esta óptica que participé en el primer cartel del pase para nuestra Escuela y voy ahora a tratar de darles algunos ecos. Sobre el procedimiento mismo, debo decir que el carácter excepcional de nuestros encuentros concentrados en cuatro días que habíamos consagrado a este trabajo para la Escuela, puso de manifiesto una dimensión de lógica colectiva en este dispositivo. Debimos apretar a pasantes y pasadores para que concluyeran el período de sus encuentros. Nosotros todos tuvimos que imponernos un calendario apretado de reuniones con los pasadores para escucharlos en el espacio de los cuatro días de los que

disponíamos y teníamos nosotros mismos sólo un tiempo limitado para ponernos de acuerdo. Es decir que la prisa estaba en la cita. Al cabo de estos cuatro días, una posición común emergía que nos conducía a desprender la lógica de una nominación de AE.

Para eso, fue necesaria la demanda del pasante dirigida a la Escuela *vía* los pasadores y el cartel. Es un punto sobre el cual no se dijo gran cosa hasta ahora, pero el pasante tiene una demanda sin la cual nada sería posible. Es decir que hay un Otro en el pase y entonces un mínimo de demanda de ser que le es dirigida. El hecho de que no se confiese haría más bien pregunta. Es en la medida en que hay esta demanda mínima que el encuentro con los pasadores puede hacerse. El pasador puede ser sensible a esta demanda más aun cuando esta podría ser también la suya, ya que ha sido designado como estando en este momento concluir. Esta demanda puede tener la estructura fundamental de toda demanda: «dime quién soy», incluso si ella no se formula sino bajo una forma cruzada: «quiero dar prueba que sé ahora quien soy y te tomo por testigo». El pasador sensible, el pasador «no sordo», hace pasar el testimonio, pero en el caso que nos condujo a pronunciarnos a favor de la nominación, podríamos decir que él hizo pasar al pasante, lo precipitó al momento de concluir. Pasó algo del orden de lo que el pasante había venido a demandar: que suceda algo que pudiese ayudarlo a concluir. El encuentro con los pasadores permitió al pasante plantear un acto en su vida profesional que iba en el sentido de una apuesta por el psicoanálisis a costa de una carrera que se anunciaba más bien bajo el ángulo del reconocimiento por la Facultad. No puedo dar demasiados detalles pero sepan que la lógica de este recorrido permitía comprender este acto más aun cuando podía ser asimilado a un acto fallido, es decir fallido en relación a un punto de mira de prestancia yoica, un punto de mira narcisista, pero conseguido en cuanto al resultado obtenido con respecto al deseo del sujeto.

En tanto que miembros del cartel hemos sido tomados, a su vez, por esta lógica colectiva, habiendo sido cada uno sensible, a su modo, a diferentes puntos del testimonio y aportando su piedra en la edificación del trabajo que ha finalizado con la

nominación. He tomado medida entonces en que la nominación sería el trabajo del cartel. Pudimos nombrar porque el testimonio transmitido por los pasadores nos permitió trabajar al desprender la lógica de ese recorrido analítico y de confrontarla con lo que se nos proponía. La nominación de un AE es pues un trabajo colectivo que necesita pasante, pasador y cartel del pase.

¿Pero cuál es la naturaleza de eso que pasa? ¿Es un saber, un saber último, la última palabra de la historia de un largo recorrido analítico por fin articulado? Esto tendría visos de saber absoluto – para un uso íntimo desde luego. Entonces un tal saber, incluso si puede suscitar el respeto y la admiración, esto no pasa al nivel de la lógica colectiva. Lo que pasa, es sin duda más del orden de lo no sabido, algo que no por ello está menos articulado lógicamente, es de lo no sabido puesto en perspectiva y ordenando, por ahí, los significantes de la historia del sujeto. Este no sabido deja un lugar vacío en el cual cada uno puede alojar su trabajo y participar en la elaboración colectiva de un saber⁵.

Para dar una idea de este resto no sabido, podría librar las coordenadas de un sueño que clausura una serie que hace el centro de este testimonio. En la realidad, el pasante se encontró, a causa de un acto fallido que le hizo equivocarse de estación de metro, en un barrio de los suburbios de mala fama donde se le despojó de su teléfono celular. Se le habría podido despojar de aún más cosas, pues el transportaba varios aparatos, los cuales él valora mucho. La misma noche, tiene el sueño que se le han despojado de todo. Se interroga entonces el sentido de este sueño de privación. ¿Por qué desea que se le despoje de todo? Por las mismas razones que le hacen esperar el momento en que en su análisis, pensará haber encontrado todas las respuestas a

⁵ Cf. lo que dice Lacan a propósito del saber en *Les non-dupes (Los no engañados)*, sesión del 9 de abril de 1974: «No hay el menor deseo de saber al nivel individual». «El deseo de saber toma sustancia del grupo social... Quisiera ver reproducirse en la comunidad analítica esos tiempos milagrosos, esa especie de la república que hacía que Pascal se escribiera con Fermat, Roberval, Carcavy, gente que deseaba saber más a propósito de esas cosas inverosímiles como los problemas de cicloide». Lacan muestra que este saber no les era de ninguna utilidad, de ningún uso al nivel de un poder cualquiera, sino que es esta pasión compartida para tratar de nombrar los bordes de lo real, lo que había creado esta pequeña comunidad.

todos los por qué, es decir que espera siempre saturar el deseo del Otro con los significantes de la demanda. El acto fallido lo hizo aventurarse más allá de su zona de seguridad acostumbrada, le han despojado de algo, sueña que le hubiesen podido despojar de aún más. Qué no le quede más nada, más allá de la operación de privación, le vendría como anillo al dedo, en la medida en que esto dejaría inadvertida la función del resto, es decir la función del objeto *a*, como lo que será siempre una falta en el Otro. Es en la medida en que esto no es posible, que él sueña. El sueño está pues al servicio de su deseo de recubrir el deseo del Otro, al saturarlo con los objetos de la demanda. El sueño le parece desagradable en tanto que no se imagina todavía verdaderamente hasta qué punto quiere sacrificar todos sus objetos al Otro. Es como esos sueños que cada uno puede tener de repasar un examen sin embargo acertado, es el sueño de que todavía existe algo más allá de la satisfacción de la demanda, algo que, como lo dijo de una manera tan bonita Lacan, «deje a desear». Sé que personalmente, a pesar de un largo análisis, siempre me horrorizo estar atrasado. No puedo estarlo sino a pesar mío, a causa de un acto fallido, o más a menudo en sueños. Me horroriza estar atrasado y sin embargo, a veces, cuando la ocasión se presenta de una cita importante, me pasa, la víspera, que yo sueño que pierdo el tren o el avión. Pienso que cada uno podría testimoniar de su modo de desenredarse con eso que *deja a desear*. Es posiblemente lo que Lacan quiere decir, cuando habla de la identificación al síntoma: qué cada uno se reconozca en su modo de arreglárselas con lo que deja a desear en su relación al Otro.

El análisis ciertamente no tiene por objeto hacer del analizante un sujeto perfectamente adaptado a las exigencias del Otro. Lacan se pronunció sobre este asunto de manera muy precisa hablando de la distancia a mantener entre el ideal y la causa del deseo. Estas dos entidades son naturalmente conjugadas sin embargo en el ideal del yo que sirve como modelo para los objetos idealizados por el sujeto. Lacan los designó con dos pequeñas letras: *i (a)*. De hecho la imagen del objeto ideal, adornado con todas las virtudes, envuelve un objeto de goce cuyo develamiento horrorizaría. El objeto idealizado, el objeto que valdría más que otro tiene por función justificar el objeto de fijación del

fantasma, el objeto de goce. A menudo, lo que parece para el sujeto ser lo más ideal, el eje según el cual orientó su vida, es al mismo tiempo la vía que justifica, sin saberlo él, su modo electivo de goce. No está excluido que la práctica analítica misma, pueda dar lugar al ejercicio de este goce. Es posiblemente lo que hacia que Lacan nos pusiera en guardia contra todo ideal del analista. «El analista debe alejarse de todo ideal del analista»⁶. Si el analista debe alejarse de todo ideal del analista, es porque es el deseo del analista que debe guiarle en su acto y no ningún ideal. Y el advenimiento del deseo del analista supone que al analizante al fin de su recorrido hubiera podido hacer el duelo de esa idea de que habría un objeto que valdría más que otro⁷. Esto debería poder notarse en los testimonios de los pasantes; tal duelo supone que el sujeto no sea más forzosamente fiel a sus ideales. Saquemos provecho de eso para subrayar que el analista de la Escuela no tiene que encarnar un nuevo ideal. Una nominación no designa al analizado ideal. Una nominación tal como nosotros la hemos pensado es el producto del trabajo del cartel a partir de lo que le ha sido transmitido. Qué un tal trabajo sea posible, nos incitó a hacer la apuesta para que el colega nombrado pueda asumir por un tiempo la función de mantener nuestra Escuela en el trabajo sobre esta cuestión del fin del análisis.

⁶ Lacan, J. [1960-1961] *Le Séminaire. Livre VIII. Le transfert*. Paris: Seuil, 1991, sesión del 21 de junio de 1961, p. 448. *El Seminario. Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós, 2003, p. 428.

⁷ Cf esta frase de Lacan en el seminario *Le transfert (La transferencia)*: «No hay objeto que tenga más precio que otro - es este el duelo alrededor del cual está centrado el deseo del analista». *Ídem*, p. 460.

LOS RESULTADOS

Marc Strauss
París

El deseo del psicoanalista después de la travesía del fantasma

«... descargas placenteras¹ desde el punto de vista del principio de placer»².

Partiré de esta expresión de Lacan, bien característica de su autor. Aparentemente muy freudiana, no parece tratarse más que de las célebres descargas de la excitación, contempladas y obtenidas por el proceso secundario. Falta que Lacan agregue allí un «bienaventuradas» más bien equívoco. No insistiré sobre el hecho de que la descarga designa también en francés el lugar donde son almacenadas las torpezas, palabras o acciones obscenas; limitándome a preguntar ¿para quién estas descargas son bienaventuradas? Esta fórmula no está sin evocar otra, más conocida por figurar en su pequeño libro *Televisión*, donde avanza que el sujeto es feliz. El sujeto es feliz, puesto que él encuentra siempre su pequeño cabo, resto de torpezas, palabras o acciones obscenas, sus restos, con los cuales complementar su fantasma.

Deseo de Otra cosa

Pero la cuestión es ésta: ¿el sujeto sabe que sus descargas son bienaventuradas desde el punto de vista del principio del placer? Por supuesto que no, sin lo cual no habría análisis; si lo

¹ *Bienheureuses* en el original francés (esp. 'bienaventuradas'), que se pierde en la traducc. esp. de D. Rabinovich y J.A. Miller (Paidós); no así en la de F. Monge y O. Masotta, Barcelona: Barral, 1977, p. 71. N.E.

² Lacan, J [1964] *Le Séminaire. Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. París: Seuil, 1973, p. 60. *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires : Paidós, 2001, p. 70.

supiera, no habría sujeto que demandara por el carácter de sus síntomas, que son a la vez la forma que toman esas descargas.

¿Consiste entonces un análisis en revelar al sujeto lo que su síntoma tenía de satisfactorio sin saberlo, para permitirle satisfacerse sin desconocerlo y sin reserva? ¿Reconciliarlo de cierta manera con su resto? Debe haber allí muy bien algo de eso. Todo el mundo conoce, creo, la historia casi malévola del tipo que orinaba en la cama antes de su análisis y que después de su análisis se jactaba de orinar siempre en la cama, pero en adelante no le importa (*se'n foutre*)³. Más fuerte y sin embargo verídico: ¿no hemos visto en esos sujetos apenas emergidos gracias a un análisis activamente llevado -miasmas de sus escrúpulos neuróticos- clamar frente a la cara de sus colegas, con toda la fuerza de su ser por fin desobjetivizado, su divisa recientemente conquistada: ¡«Soy un parásito!»?.

Hacia la misma época, Colette Soler anticipaba gustosa en los debates que no era suficiente que un sujeto hubiera aprendido a activar las palancas de su fantasma para que se pudiera hablar de análisis terminado. ¿Qué falta entonces? ¿La existencia no se satisface, pues con las descargas bienaventuradas desde el punto de vista del principio del placer, adicionalmente asumidas en el entusiasmo? ¿Y no bastarse de estas descargas no sería pues la señal patognomónica de una neurosis decidida, verdaderamente de una reacción terapéutica negativa obstinada?

¿Sabría, pues, el psicoanálisis lo que puede querer un sujeto más allá de sus satisfacciones? Satisfacciones que, sin embargo, todos en el sentido del cuerpo social, se dedican a ofrecerle... para que las compre con el envase ideológico que va anexo

Pues claro, claro, el psicoanálisis sabe lo que desea el sujeto, sabe lo que fundamentalmente lo anima en su búsqueda, que ésta tome la forma del éxito, social o amoroso, o la de un síntoma más privado.

³ Expresión coloquial que en argot de español peninsular equivaldría a: *le importa un huevo*. N.E.

El verdadero secreto de lo lúdico

Lacan nos lo dijo muy explícitamente en su quinta lección del Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, de 1964. Una lección a mi juicio brillante por su riqueza y su profundidad. Les recuerdo que es en la que Lacan habla de la repetición, del sueño «¿Padre, no ves que ardo?», del juego del *fort-da*, del juego en general, de su experiencia con uno de sus niños también.

Es por otra parte el pasaje consagrado a revelarnos nada menos que «el verdadero secreto de lo lúdico», expresión que es extraída de las descargas bienaventuradas.

Y el verdadero secreto de lo lúdico no es, por supuesto, la búsqueda obstinada de estas descargas, lo que nos diferencia inmediatamente de la rata de laboratorio, que una vez que ha encontrado la palanca que le concede estas descargas no la suelta más que para morir. Lacan sitúa el verdadero secreto de lo lúdico en el momento anterior a experimentar lo nuevo, la novedad. Lo sitúa en el momento en que el niño quiere que se le repita siempre la misma historia, palabra por palabra. Lo cito: «Esta exigencia de una consistencia distinta de los detalles de su relato significa que la realización del significante no podrá nunca ser bastante cuidadosa en su memorización para alcanzar a designar la primacía del significante como tal».

Pero esta búsqueda - alcanzar a designar la primacía de la significancia como tal - está consagrada al fracaso por el hecho mismo del montaje del orden significante; digamos: a causa del significante que irrealiza la Cosa. Esta búsqueda, por no decir esta obsesión, en la cual el sujeto está encarcelado, va pues a tomar una nueva forma, la de la novedad, de la variación. Cito a continuación: «Consiste pues en evadirse, en apariencia, en desarrollarla variando sus significaciones. Esta variación hace olvidar la mira de la significancia, transformando su acto en juego y dándole descargas bienaventuradas desde el punto de vista del principio del placer».

He aquí pues la respuesta: el sujeto quiere - al principio y a continuación - alcanzar a designar la primacía de la significancia como tal.

La primacía de la significancia

Bella respuesta. ¿Pero qué es lo que se quiere decir? ¿Qué es esto de la significancia, de la que Lacan habla mucho menos que del significante, del significar, de la significación, del sentido, del signo, etc.?

El habla todavía en el párrafo siguiente de la misma página, a propósito del juego del *fort-da*, del nieto de Freud. Partiendo de la abertura introducida por la ausencia del otro maternal, y del carrete del juego como de lo que cae de esta abertura, evoca la automutilación a partir de la cual el orden de la significancia se pone en perspectiva. Sería necesario leer todo el pasaje, magnífico en precisión y en poder de evocación; contentémonos con estas frases: «en torno a la zanja que la ausencia de la madre ha creado sobre la frontera de su ámbito no se puede hacer más que el juego del salto». Nótenlo «no se puede más que», con sus resonancias de resignación, de irremediable. Y Lacan precisa todavía más con respecto a este juego: «lo que mira es lo que esencialmente no está, no está en tanto que representado».

Es a continuación cuando nos habla de su experiencia con uno de sus niños, a quien llama por otra parte el niño, de manera genérica. Un niño traumatizado por haber sido dejado, a pesar de su precoz llamada, bosquejo de la voz, el grito, y en adelante repetida durante meses: la fase depresiva de Mélanie Klein. «Lo vi bien mucho tiempo después, cuando lo tomaba en los brazos, lo vi posar su cabeza sobre mi hombro para caer en el sueño, el sueño, lo único capaz de volverle el acceso al significante viviente que yo era desde la fecha del trauma». De una parte notemos que él no dice «el significante viviente que yo fui antes de la fecha del trauma». Es el trauma el que hace existir el significante viviente, en el momento mismo en que está perdido. Señalemos también que la expresión significante viviente está hecha para sorprendernos, lacanianos que somos y que no

ignoramos que el significante es el asesinato de la cosa, que vida y significante se excluyen.

Esta es la razón por la que concluiré, no mi exposición, sino mi camino de citas, con una última, extraída del seminario *Encore*, 1972, en la lección VI, *Dios y el goce de La mujer*⁴. Se trata de la cuestión del ser, del Ser supremo incluso, al cual Lacan opone el ser de la significancia. Añade: «Y no veo en qué es decaer en los ideales del materialismo - la misma problemática que al principio de la lección V de *Los cuatro conceptos* - reconocer la razón del ser de la significancia en el goce, el goce del cuerpo». Y más adelante, a propósito del goce femenino como una de las caras del Otro, precisa: «Como todo esto se produce gracias al ser de la significancia, y como este ser no tiene otro lugar que el lugar del Otro, se ve la bizquera de lo que pasa»⁵.

Recreación clínica

Por lo que se refiere a la bizquera, supongo que alcanzamos un punto de perplejidad tal como nos sentimos dentro de una niebla siempre más ennegrecedora. Les propongo, pues, una recreación clínica de mi cosecha. La combinación de mi interés por el juego, a esto que está en juego en el juego, y de la expresión de Colette Soler sobre las palancas del fantasma, me ha llevado a examinar el juego del bandido manco, llamado también Jackpot. El enigma de la captación que produce este juego, tan tonto como desacreditado y despreciado, en particular por los que, como Roger Caillois, se interrogan sobre la función del juego, me ha retenido, hasta que tuve la idea de haber comprendido algo.

Imagínense la máquina, con su muñón solitario desesperadamente tendido hacia el cielo. Es una máquina significativa, puesto que es necesario el significante, y bien encadenado, para

⁴ Lacan, J. [1972] *Le Séminaire. Livre XX. Encore*. París: Seuil, 1975, p. 67. *El Seminario. Libro 20. Aún*. Buenos Aires: Paidós, 1998, p. 87.

⁵ *Idem*, p. 71. *Idem esp.*, p. 93.

construir tal instrumento. Digamos incluso que la máquina es el Otro, el Otro simbólico, que se mantiene allí inerte pero listo para animarse por poco que ustedes le presten un poco de su vida. No solamente preparado para animarse, sino también dispuesto para gozar, por poco que vuestra acción haya enganchado las buenas redes. Observen que vuestra participación por esencial que sea se reduce a casi nada: es inútil aprender, entrenarse, reflexionar, hacer exactamente el objeto que falta a esta cadena significativa en espera, completándola por el poco de vida que ustedes le transfieren. Por poco que «eso funcione», que ustedes ganen activando este Otro hasta el punto en que él consienta en producir el signo de su goce, no es dudoso que ustedes gocen en simbiosis con él, todo aspirado en su descarga bienaventurada. No se juega obviamente al bandido manco para ganar dinero, las piezas recuperadas sirven únicamente para jugar más tiempo, para seguir jugando; no se juega para ser campeón del mundo del bandido manco. Se juega para nada, si no es para obtener ese signo que no se obtiene de nadie, tampoco de su pareja sexual, este signo que vuelve a traer al principio de la significancia como tal, al significante viviente, aquel en el que coinciden el goce y el significante.

La esencia de la estructura

Me gusta esta máquina. Diré a su propósito lo que un colega decía del autismo, y a lo que me suscribo enteramente: el autismo realiza la esencia de la estructura psicótica. ¡Pues bien! el bandido manco realiza la esencia de la estructura del sujeto, o de la estructura del fantasma más bien, fantasma librado de todas sus vestimentas imaginarias. No es que esta dimensión imaginaria no esté presente como envoltura, no hay más que pensar en Las Vegas y en su destape de lentejuelas y neones, pero las gigantescas salas consagradas al bandido manco y los propios aparatos pasan de esta puesta en escena, ya que es otra cosa mucho más importante la que se juega ahí.

Desarrollemos la riqueza de este modelo aplicándolo, para comenzar, a la neurosis: el neurótico es aquél que delante del bandido manco se entrega a su pantomima para solicitar su

signo de retorno y defenderse al mismo tiempo. No toca nada, o no de verdad, pero permanece delante. Para seducirlo, y desacreditar su goce si éste se manifiesta en la histeria, para provocarlo y defenderse en la obsesión, para temerlo en la fobia. Pero ahí todos creen, todos le dan valor de signo al goce que le suponen. Por supuesto, el que no es neurótico, o el que aprendió a jugar con las palancas de su fantasma puede jugar con él de verdad, pero él no cree menos. En el fondo, para jugar, es necesario creer en el Otro, en Dios, ya que si se cree solamente en el azar, en las matemáticas, él está excluido de dar valor de signo a un acontecimiento mecánico estadísticamente poco probable. No es suficiente no ser neurótico para no creer en Dios, es necesario aún haber hecho un análisis serio.

Final

Esta es la razón por la que les propongo ahora aplicar nuestro tan fértil modelo al dispositivo analítico. Dónde el analista es el bandido manco, por supuesto, y el analizante el que busca en la transferencia su signo más allá de todas las interpretaciones que él puede rescatar.

Hay allí dos clases de analistas, y en consecuencia dos clases de análisis. Hablo por supuesto de análisis verdadero, y no de sugestión psicoterapéutica.

Hay el analista que enseña al sujeto a jugar con el Otro, le permite superar su inhibición a entrar en la sala de juego, su aversión a apostar y a ganar, haciéndose el Otro. Este analista libera las descargas bienaventuradas desde el punto de vista del principio del placer, lo que no es desdeñable. Pero al final eso tiene un precio: el sujeto queda como objeto del Otro, sigue alimentando las descargas bienaventuradas del Otro, del cual goza por procuración, creyendo así realizar su ser significativo. ¿Para cuántos sujetos no les es vital asegurarse que sin ellos, ellos que no son nada o casi, el Otro, el gran Otro, y por consiguiente el gran hombre que encarna, no sería lo que es si ellos no lo complementan con el objeto que se hacen ser para él? Ahora bien, si se piensa con el objeto el objeto no piensa en él, y no puede

pues contribuir al saber, sin lo cual el psicoanálisis no tiene ninguna oportunidad de tener incidencia sobre el mercado⁶ -conocen la cita de la *Carta a los italianos*⁷-. Toda referencia institucional no es evidentemente, en mi propósito, fruto del azar, si lo dudan.

Hay también el analista que no quiere permanecer como Otro más allá de lo necesario, y que en lugar de mantener al sujeto en la obligación de la descarga bienaventurada le desvela el resorte, le permite separarse de su captación de la espera del signo del goce del Otro; el analista que le permite desviarse de ese Dios oscuro degenerado que representa el bandido manco o sus supletorios. Puede reunir en la cura el estatuto de objeto que tenía de siempre, pero que el sujeto velaba haciendo de él el Otro.

¿Quiere decir que no hay entonces más juego? Al contrario, se depura el único juego que vale, el juego del significancia, dónde la contingencia no tiene ya la función revelatoria de un signo de elección, pero le permite al ser advenir al saber.

⁶ Original: *Faire prime sur le marché*. N.E.

⁷ Lacan, J. [1973] Note italienne. *Autres Écrits*. París: Seuil, 2001, p. 310.

Guy Clastres
París

La identificación al síntoma

Hoy, 25 años después de la muerte de Lacan, aquellos que siguen siendo sus alumnos, es decir, aquellos que leen sus *Escritos* y *Seminarios* para orientarse en su práctica del psicoanálisis, los que fueron sus analizantes, ninguno puede dejar de plantearse preguntas que conciernen a la eficacia del psicoanálisis, a sus efectos sobre los síntomas, a sus consecuencias sobre el discurso de la clínica y sobre todo a su final y a sus fines.

Lacan, que nunca rehuía sus responsabilidades, constató unos efectos a lo larga de una dilatada práctica, propuso respuestas en su enseñanza, respuestas que no siempre fueron las mismas a lo largo de todo su recorrido.

Así por ejemplo:

¿Qué es el objeto *a*? ¿Qué significa separarse de ese objeto?

¿Qué es atravesar el fantasma fundamental?

¿Qué es franquear el plano de la identificación?

¿Qué es identificarse al síntoma al final de la cura? Y por consiguiente ¿en qué consiste el ser del psicoanalista? ¿Carecería de síntoma? E incluso ¿existiría sólo un ser de analista?

Los dichos de Lacan

Hay algo del orden del analista, nos dijo; pero no nos dijo que hay al menos uno, salvo Freud en sus tiempos, cuando hacía emerger el inconsciente en su encuentro con el deseo de la histérica.

La idea de identificación a su síntoma al final de la cura es una idea de Lacan que va más allá de las interrogaciones de Freud en su texto *Análisis terminable e interminable*¹

¹ Freud, S. [1937] *Análisis terminable e interminable. Obras Completas IX*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1975, pp. 3339-3364.

Al final de su recorrido, Lacan constató a su pesar que no hay transmisión del psicoanálisis. Nos dijo que el nunca había hablado de la formación del psicoanalista (lo cual es falso) y que él siempre había hablado de «formaciones del inconsciente». Estos dichos nos plantean un problema y sobretodo a las escuelas de psicoanálisis ya que todas aspiran a la formación del psicoanalista. Ahora bien, no es suficiente quitar de un plumazo este de Lacan con el pretexto de que lo enunció una sola vez. Quizá lo dijo en un momento de locura.

Existe evidentemente un vínculo entre el síntoma y el inconsciente: uno no va sin el otro, es la esencia misma del psicoanálisis. La dificultad surge cuando se asocia síntoma e identificación puesto que el neurótico quiere separar su síntoma de la identificación ideal a la que aspira.

Pero cuando Lacan plantea la identificación al síntoma como final de la cura, viene a decir que cada analista debe de alguna manera reinventar el psicoanálisis.

Por mi parte pienso que estos dichos son absolutamente verdaderos. Hoy he sido miembro de tres escuelas lacanianas y mi recorrido de analizante a ser largo me conduce a la misma constatación. Los profesores de psicoanálisis se oponen, pero lo real es más fuerte, lo real viene a desmentir al propio Lacan, sólo que Lacan lo tiene en cuenta.

En el seno de los grupos psicoanalíticos, incluso en el seno de la EPCL, nos es difícil discutir de estos temas porque conciernen a cada uno en lo más íntimo.

El psicoanálisis y la impostura del ser

Soy psicoanalista, he querido un día satisfacerme con este ser. Me he creído ser este ser. Era un momento en el que yo creía haber acabado con la cuestión del deseo, con la cuestión de la relación sexual imposible, con la castración, con la cura y con otras cuestiones más. No sabía que todo iba a comenzar para continuar aún... Naturalmente yo era un neurótico y daba a la

cuestión del ser y de la existencia la respuesta narcisista que me dictaba mi fantasma.

Esta impostura del ser fue superada en un momento de mi recorrido y en circunstancias que no olvidaré jamás. Momento crucial que cada analizante puede encontrarse: cuando el sujeto despierta de su falta en ser sin que ningún disfraz venga a enmascarar lo abrupto. Momento en el que el surgimiento de lo real de la verdad impone al saber una nueva vuelta que obliga a un desplazamiento, sin que se pueda descansar o se satisfaga en las posiciones ya adquiridas.

El hablanteser, que es un efecto del lenguaje sin saberlo, debe afrontar un lugar vacío, sin sustancia donde se aloja sin ser el sujeto supuesto saber y el equívoco que suscita. Este lugar de sujeto-supuesto-saber ofrece a los analistas didácticos la coartada de su impostura. Por ello una ética es necesaria para que no se lo crea demasiado.

No hay ser de excepción; hay personas que tienen su talento diferente y el deseo más decidido que otros. Hay lectores de Lacan y no un lector de Lacan. Cada uno de los que lo leen debe hacer con sus límites, que encuentra necesariamente, según su tiempo para comprender.

La identificación al síntoma al final de la cura obliga a pensar en un dar vueltas sin esperanza que hace pasar al sujeto en el análisis del síntoma a la entrada al *sinthome* como salida. Es el resumen en una frase del paso doctrinal de Lacan

El análisis puede obligar al sujeto a la reconstitución de cadena significativa primaria a condición de que el psicoanalista consienta incluirse en el síntoma del analizante como objeto *a* ¿Pero a qué llamamos incluirse en el síntoma?

Propongo una primera respuesta para facilitarme la representación: acordémonos del esquema del recorrido de la pulsión que figura en el *Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales*. Incluirse en el síntoma sería incluirse en ese recorrido de la pulsión, para acentuar su movimiento de vuelta ciertamente de

inversión, entonces para el analista hacer semblante de objeto, de este objeto perdido desde siempre, alrededor del cual «gira» la pulsión, es decir que en la palabra transferencial intenta obturar la falta.

Si el analista no sabe ocupar ese lugar, imposible, es preciso reconocerlo, hay para el analizante un riesgo de una evitación cuyas consecuencias se traducirán en un desequilibrio de la estructura, es decir en las relaciones recíprocas de lo real, lo simbólico y lo imaginario, con, el imaginario, una prevalencia dada al creerse, y el desconocimiento redoblado de lo que en lo simbólico permite situar lo real situándose allí.

Así el *creerse analista*, después de haberse creído analizado, es la falsa respuesta en la que se refugia el falso ser que se propone como semblante a la pregunta del ¿qué soy?

Pero el analista no puede, contrariamente a lo que se dice aquí o allí, sostenerse en un *falso ser* que duplicaría el semblante en el que debe mantenerse. Si el estatuto del inconsciente es ético con las consecuencias ontológicas de esta ética, entonces, la evitación antes evocada hará quizá volver como una cuestión imposible de borrar. Fue en efecto el caso; yo recibí del Otro la respuesta a la cuestión del ser de mi síntoma. Lo que había colocado sin el saber algunos años antes y que subsistían allí latentes dispuestos a hacer su aparición si la ocasión se prestaba a ello.

El analizante sintomatizado

Dije esta interpretación de Lacan y de otros también hace diez años en una reunión de la Escuela de la Causa Freudiana, consagrada a la interpretación en una sala de Montparnasse, algunos quizá lo recuerden. Era por mi parte un acto que apuntaba una cierta forma de infatuación de la dirección de escuela. Anticipé a mi manera la ruptura de 1998 que me trae hoy aquí.

Les puedo asegurar que esta intervención tuvo efecto, al menos en una persona, ya que me telefoneó por la noche para

conseguir un texto *in extenso* para dárselo a leer al jefe de la AMP, al menos así lo supongo.

Hoy considero que este acto se inscribe, más allá de peripecias institucionales, en un esfuerzo personal que tiende hacia eso que Lacan llamó la identificación al síntoma, ya que esta vez me había presentado no como analista sino como analizante sintomatizado, lector de su propio análisis.

Encuentro, no sé por qué, un pequeño lado «tú me has visto» al analista que habla de las interpretaciones que hace, distinto del analizante que se esfuerza en dar testimonio de su caso.

¿Es que no se agota nunca el goce del síntoma? Leyendo a Lacan en su seminario del *Une bevue*² no lo parece.

Bien entendido, si la cura opera; es decir, si no refuerza al analizante en la evitación de su fantasma. Entonces, por supuesto, hace desconsistir al ser de goce del síntoma para someterlo a la dialéctica del saber y de la verdad. Pero *no-todo*. *No-todo* el goce del síntoma se reabsorbe en el saber que se subjetiviza. Una parte permanece como real y esta parte es la que debe anudarse en el RSI.

Saber hacer con el síntoma

Para el neurótico el ser, su ser propio, es su síntoma.

Pero ¿qué es lo que aporta entonces la cura analítica al análisis del síntoma y a su tratamiento? Según Lacan la cura conduce al neurótico a saber hacer con su síntoma y para saber hacer con su síntoma es preciso saber al término del análisis por qué se ha estado afectado: en eso es en lo que consiste la identificación al síntoma.

² Lacan, J. [1976-1977] *Le Séminaire. Livre XXIV. L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Inédito. N.E.

Este saber se elabora con la trenza que se despliega sobre las tres generaciones con las que se constituye la estructura significativa del sujeto.

Para elaborar ese saber es preciso, de entrada, creer en el inconsciente y, a partir de ahí, creer en la verdad del síntoma como en ocasiones se puede creer en Dios. La transferencia comienza así y el sujeto-supuesto-saber se instituye a partir de eso. Eso no quiere decir que el sujeto-supuesto-saber no esté presente antes del análisis en el horizonte de la subjetividad. Pero solamente el análisis puede descubrir lo inesencial.

A la salida de la cura, la creencia inicial se transmuta en saber y la verdad en la necesidad de deber pensar la experiencia dentro de una nueva lógica.

Es esta lógica que en lo esencial Lacan extrajo de su relectura de los dichos freudianos que le condujeron a su concepción del significante y del objeto *a*.

Identificarse al síntoma supone entonces a mi parecer un esfuerzo para pensar el síntoma con la lógica que Lacan forjó en el discurso analítico.

La identificación al *sinthome* implica en efecto lo que Lacan anunció en las primeras lecciones de su seminario *L'insu que sait de l'une-bévue*:³ introducir alguna cosa que va más allá del inconsciente: no sólo el inconsciente freudiano sino el inconsciente cuya lectura Lacan renovó.

³ Lacan, J. [1976-1977] *Le Séminaire. Livre XXIV. L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Lección de 16 de noviembre de 1976. Inédito.

Leonardo S. Rodríguez
Melbourne

La interpretación psicoanalítica y la pragmática del lenguaje

En su ensayo sobre la práctica del psicoanálisis por parte de no-médicos, Freud explica a su interlocutor, a quien irónicamente llama imparcial, cómo funciona el método de tratamiento que él creara. Le dice así: «[En su trabajo usted asume] que las observaciones y asociaciones del paciente son sólo distorsiones de aquello que usted busca—alusiones, por así decirlo, a partir de las cuales usted debe adivinar lo que está oculto por detrás de ellas. En una palabra, este material, que puede consistir tanto en recuerdos como en asociaciones o sueños, debe ante todo ser *interpretado*. Usted lo hará, por supuesto, prestando atención a las expectativas que se forme a medida que le escucha, gracias a su conocimiento especial».

«¡Interpretar! ¡Qué palabra más desagradable! No me gusta cómo suena; me despoja de toda certidumbre. Si todo depende de mi interpretación, ¿quién puede garantizar que yo interpreto correctamente? Al fin y al cabo, todo queda en manos de mi capricho»¹.

Hasta el día de hoy, la falta de garantía para la interpretación y la arbitrariedad caprichosa del analista se esgrimen como argumentos críticos contra el psicoanálisis, y aun dentro del movimiento psicoanalítico mismo—entre psicoanalistas rivales. Y hasta el día de hoy debemos obrar como Freud lo hizo, esto es, aceptar que estos cuestionamientos son de interés y coinciden, al menos en parte, con nuestro propios interrogantes acerca de la eficacia del psicoanálisis; no podemos rechazarlos simplemente porque constituyen ataques contra el psicoanálisis o nuestra manera de entender el psicoanálisis.

¹ Freud, S. [1926] Análisis profano. *Obras Completas VIII*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974, pp. 2911-2959.

Freud arribó a la conclusión de que la interpretación es un instrumento eficaz (*el* instrumento eficaz) para tratar al inconsciente solo cuando pudo dar cuenta de las condiciones que la hacen posible (que podemos identificar con los componentes y reglas que estructuran el discurso analítico) y de sus efectos: la apertura del inconsciente y la expansión del discurso del analizante. Pero Freud no dijo la última palabra sobre la interpretación; y es notable que, aparte del esfuerzo que Lacan le dedicara a través de prácticamente toda su obra y en relación a una diversidad de problemas, quepa preguntarse si el resto de los psicoanalistas ha prestado la atención debida a la cuestión de la eficacia de la interpretación, o de cómo opera el psicoanálisis, sobre todo si se tiene en cuenta que la concepción que se tenga de la interpretación está estrictamente correlacionada con la concepción que se tenga de los principios y fines del psicoanálisis.

En el ensayo citado, Freud imagina lo que su interlocutor (la persona imparcial) piensa con escepticismo acerca del método psicoanalítico, en el que la palabra es el único instrumento: «¿Y eso es todo? Palabras, palabras, palabras, como dice el Príncipe Hamlet»²

Y luego Freud pone en la boca de la persona imparcial: «Se trata entonces de una forma de magia: [...] usted habla, y la enfermedad del paciente se esfuma».

Freud reflexiona entonces: «Es verdad. Sería magia si funcionara más rápidamente. Un atributo esencial del mago es la velocidad —uno podría incluso decir lo súbito— de su éxito. Pero los tratamientos analíticos tardan meses e incluso años: una magia que opera con tanta lentitud pierde su carácter milagroso. Dicho sea de paso: no podemos despreciar *la palabra*. Después de todo, es un instrumento poderoso; por su medio transmitimos nuestros sentimientos el uno al otro; es nuestro método de ejercer influencia sobre otras personas. Las palabras pueden hacer muchísimo bien o causar injurias terribles»³.

² *Id.*, p. 2914.

³ *Ibidem.*

La pragmática del lenguaje

No sólo el psicoanálisis se ha ocupado de los efectos de la palabra. En los últimos cincuenta años se han multiplicado los estudios (todos ellos de gran interés para el psicoanálisis) sobre la acción del discurso en los campos de la lingüística, la lógica y la filosofía del lenguaje.

Estas investigaciones se agrupan habitualmente bajo el título de *pragmática del lenguaje*, siguiendo la terminología propuesta por Charles Morris (Morris 1938). Morris estableció una distinción entre la *sintáctica*, que se ocupa de establecer las reglas que permiten construir fórmulas verbales correctas; la *semántica*, que concierne el estudio de los instrumentos que permiten interpretar las fórmulas sintácticamente correctas y determinar su correspondencia con la realidad u otras proposiciones lingüísticas; y la *pragmática*, que se dedica al uso de esas fórmulas por parte de los interlocutores con el fin de actuar los unos sobre los otros. (Ducrot y Schaeffer 1995, 776-7).

Originalmente el orden de estos tres niveles del lenguaje fue concebido como estricto e irreversible: cada uno de ellos presupone y es necesario para la construcción del que le sigue, pero no a la inversa. Pero esta concepción se ha modificado; aunque algunos autores enfatizan que la pragmática del lenguaje debe entenderse como el estudio de lo que, en el significado de un enunciado, depende de la situación en la que el enunciado se emplea y no solamente de la estructura lingüística utilizada, otros conciben la pragmática no tanto como el estudio del efecto de la situación sobre la palabra, sino del efecto de la palabra sobre la situación (Ducrot y Schaeffer 1995, 133). Este punto de vista converge con el psicoanalítico, precisamente en lo que respecta a la función y efecto de la interpretación.

Los estudiosos de la lengua, por su parte, se han dedicado cada vez más a la investigación de un fenómeno del discurso fácilmente verificable: «[el hecho que] la mayor parte de nuestros enunciados, a la vez que suministran información acerca del mundo, instauran o pretenden instaurar entre los participantes del discurso un tipo particular de relaciones, diferentes según el

acto de lenguaje que se haya ejecutado [los efectos de una orden son diferentes de los de una interrogación, por ejemplo] y según el nivel de discurso elegido [por ejemplo, reverencial o coloquial]» (Ducrot y Schaeffer 1995, 133)⁴.

Es el mérito de Lacan el haber reconocido las contribuciones que las investigaciones sobre la pragmática del discurso han aportado al psicoanálisis, aún antes del *Discurso de Roma* y de la definición de la función y campo del psicoanálisis como coextensivos de la función y campo de la palabra y del lenguaje. Conceptos y problemáticas tales como la diferenciación entre sujeto de la enunciación y sujeto del enunciado, la función deíctica, el principio de caridad, la interpretación radical que interviene en toda interlocución (Davidson 1984), los mecanismos y efectos de las figuras retóricas, las relaciones entre el discurso y las diferentes dimensiones de la verdad, la articulación entre las diversas formas de discurso y las prácticas sociales –entre otras cosas– han contribuido sustancialmente a nuestro entendimiento del sujeto en tanto que ser hablante, las estructuras clínicas y las condiciones de eficacia del discurso analítico –incluyendo, claro está, la interpretación como decir, y como hacer algo, o actuar, diciendo.

Aunque sea solamente de manera esquemática, quisiera compartir algunas reflexiones acerca de las aportaciones que el psicoanálisis desde Lacan ha hecho al estudio de la pragmática del discurso, que se aplican en el discurso analítico y que también son, o pueden ser, de interés y aplicación en otros discursos.

La pragmática del discurso analítico

Fue Lacan el primero en definir el campo psicoanalítico –el campo psicoanalítico por ende bien llamado lacaniano– como campo del goce; y lo hizo precisamente en el marco de sus tesis sobre los cuatro discursos que la experiencia analítica le permi-

⁴ Traducción del autor.

tiera identificar. Desde mi punto de vista, el aporte lacaniano más importante a la pragmática involucra el reconocimiento de los diferentes discursos como diversos modos de tratamiento del goce—del goce como materia real orientada por el discurso en tanto que lazo social sostenido por un conjunto de enunciados fundamentales. Es esta una contribución mayor a las problemáticas de la lógica, la lingüística y la filosofía del lenguaje, disciplinas que sin duda nos han enseñado exhaustivamente la estructura formal del lenguaje y del discurso, pero en las cuales las funciones del goce y su inscripción inconsciente en el discurso no forman parte del armazón conceptual y metodológico. Me refiero al estudio de formulaciones bien comunes del discurso ordinario y que constituyen la mayor parte de este discurso, tales como «Venga para acá que le tengo que decir algo», o «Te amo», que son rompederos de cabeza para el especialista en lógica o el filósofo del lenguaje, precisamente porque las categorías de la lógica proposicional, modal o simbólica no incluyen las dimensiones del goce y del deseo.

El reconocimiento del goce como interior y no como exterior al discurso y al campo de la interpretación tiene consecuencias para la praxis psicoanalítica; quiero decir que, tal como a los lingüistas, nos ha complicado la vida—nuestra vida de trabajo. Pero es esta una complicación saludable, puesto que ha esclarecido nuestra práctica, demostrando las condiciones y límites de su eficacia, y orientando la práctica de la interpretación. A partir de Lacan, no podemos simplemente concebir la interpretación como externa al goce y su traducción a la lengua ordinaria, traducción que operaría como una reducción o apaciguamiento del goce. Melanie Klein, por ejemplo, concebía la interpretación como moderadora de la angustia del paciente.

Otros psicoanalistas la han concebido como el vehículo de una satisfacción de tipo maternal permisible. Otros, como la intervención de un superyo benigno. Sea el nombre que se le dé en estos casos, se puede ver sin «interpretar» demasiado que ellos representan concepciones según las cuales se entiende a la interpretación misma como a una forma de goce, que sería compatible con la ética del psicoanálisis en tanto y en cuanto permitiría la realización del sujeto.

Desde Lacan, la interpretación es una operación delicada que, apuntando a la causa del deseo, se despliega en el campo del goce sin por ello reducirse a una satisfacción particular. Tal como el inconsciente mismo, su estatuto es ético. Del mismo modo que no se puede simplemente oponer el significante al goce, no se puede desvincular la interpretación del goce. La interpretación concierne la causa del deseo; esta causa es en sí misma irreducible al significante, pero es impensable si no es en relación con el orden significante. Esta noción ya está presente en el concepto freudiano de *Vorstellungsrepräsentanz*, o inscripción del goce en el inconsciente.

La interpretación como medio de producción

Como la concibiera Freud, la interpretación analítica consiste en primer lugar en un desciframiento. Este desciframiento lo es de un sujeto (sujeto del inconsciente) y no simplemente de un texto. Hay aquí una diferencia radical entre la interpretación psicoanalítica y la interpretación desde la perspectiva lógico-lingüística. La interpretación desde la perspectiva lógico-lingüística concierne el contenido y forma de los enunciados tanto como los actos de enunciación. No puede decirse que en este nivel de análisis el sujeto quede completamente forluido: buena parte de los estudios de la pragmática en los últimos años se ocupa precisamente del soporte subjetivo de la interpretación como estructuralmente necesaria. El término ‘interpretación’ designa en esos estudios una operación de traducción o desciframiento que en principio aparece como incluyendo toda una serie de modalidades interpretativas, y en la que podría insertarse la interpretación psicoanalítica, al menos en cuanto a algunos rasgos esenciales.

Desde la perspectiva de la lógica, tanto desde el punto de vista del emisor como del receptor todo intercambio de mensajes requiere que los interlocutores traduzcan o, según la concepción de Donald Davidson, *interpreten radicalmente* lo que escuchan en los términos de su propia lengua (aunque se trate del mismo idioma que el del interlocutor). Esto implica el reconocimiento de diversos niveles de subjetividad: en el discurso

viviente y corriente, del código común a todos cada sujeto hablante miembro de un universo lingüístico selecciona sus mensajes de acuerdo con determinantes singulares. Pero esta subjetividad lógico-lingüística es una subjetividad reducida: no incluye al sujeto como sujeto del inconsciente, sujeto del equívoco y del enigma, sujeto de la falta y exceso de significante y de goce.

El principio de caridad, concepto desarrollado por Willard Quine y Donald Davidson, afirma que en todo acto de discurso cada interlocutor atribuye al Otro la intención de decir la verdad sobre la base del mejor conocimiento disponible. Estamos de acuerdo en que esta es una premisa del discurso y podríamos considerarlo como equivalente a la definición del Otro como tesoro del significante. Pero sabemos bien, desde Freud, que esta premisa no es la única que rige el discurso (cualquier discurso). La atribución de la intención de siempre decir la verdad implica un esfuerzo para atribuir al Otro y a sí mismo una unificación subjetiva y la reducción o franca eliminación de la equivocidad. La experiencia analítica demuestra, por el contrario, que al hablar el sujeto dice la verdad, pero la dice sin saberlo, y al decirla no se unifica sino que se divide aun más. Esta es la equivocidad radical del discurso que forma al sujeto dividiéndolo.

Si hay un principio de caridad que sostiene al discurso, hay también un “más allá del principio de caridad”, correlativo de un más allá del principio del placer, cuyo efecto es no tanto que los interlocutores asuman que el Otro dice la verdad, sino más bien que la verdad (hermana del goce, como dice Lacan) irrumpe en el discurso sin ninguna clase de consideraciones, sin caridad, sin amor al prójimo (que es lo que *caridad*, del latín *caritas* significa), aunque concierna otros amores.

En otras palabras, la interpretación psicoanalítica, aunque es apofántica, se funda en la equivocidad—en los tres niveles de equivocidad que Lacan identificara: homofónico, gramatical y lógico (Lacan 1973, 47 y siguientes). Emplea los mismos instrumentos *performativos* (esto es, *formativos* del sujeto) que el chiste, lo siniestro (en tanto que género literario o artístico) y la conversión histérica utilizan: si actúa eficazmente para el analizan-

te en tanto que ser hablante es porque *se encarna e incorpora* en su cuerpo viviente (problemas a los que Colette Soler dedicara buena parte de su curso del año pasado). Es así como la interpretación trabaja sobre el goce: en su propio campo. Constituye un modo de producción que introduce una forma de socialización (el lazo social instituido por el discurso analítico) en el goce a-social del sujeto. Es ese el sentido de la máxima freudiana: *Wo es war, soll ich werden*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Davidson, D. *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Oxford University Press, 1984.
- Ducrot, O.; Schaeffer, J.-M. *Nouveau dictionnaire encyclopédique des sciences du langage* [Segunda edición]. Paris: Seuil, 1995.
- Freud, S. [1926e] *The Question of Lay Analysis*. *Standard Edition* XX. London: Hogarth & The Institute of Psycho-Analysis.
- Lacan, J. L'étourdit. En : *Scilicet 4*. Paris : Seuil, 1973.
- Morris, Ch. *Foundations of the Theory of Signs*. Chicago: International Encyclopedia of Unified Science, 1938.

LOS DISCURSOS

Sonia Alberti
Río de Janeiro

Edipo en la ciudad

Este título, en forma de calambur, insiste en la referencia al Edipo en nuestro Foro internacional de 2004 al mismo tiempo que hace referencia al mito griego: cuando se lee en italiano, el Edipo se representa en la *Città* de Tebas, retomándolo de esta manera, insisto sobre la atemporalidad de la estructura del ser del lenguaje dividido por el Edipo. Esta insistencia me ocupa desde hace algún tiempo, sobre todo porque me preocupa mucho el hecho de que varios psicoanalistas cuestionan hoy esta referencia en sus trabajos teóricos al igual que en los relatos de sus clínicas, de manera que uno puede interrogarse sobre el destino actual del complejo de Edipo...

Dos puntos de partida: ¿de qué manera sería posible una clínica, más allá del Edipo? Y la otra, ¿cómo transmitir el psicoanálisis a las nuevas generaciones de psicoanalistas, si actualmente se plantea el debilitamiento del Edipo?

La cuestión es que desde hace algunos años se observa en los círculos psicoanalíticos del Brasil –incluso entre los lacanianos–, la idea de que no hay más Edipo, o bien, que no nos sirve más como brújula, o también, que Lacan habría propuesto otra cosa. ¡Y esto me preocupa mucho! Para examinarlo, parto de tres contextos:

1) la relectura del Edipo que Lacan hizo de la obra de Freud, o: el regreso a Freud y su ignorancia.

2) Una clínica llamada que se dice «más allá del Edipo» y su relación con los destinos del discurso actual de la ciencia.

3) El lugar del Edipo en el campo lacaniano – referencia al cuadro de la enseñanza de Lacan a partir del Seminario *El reverso del psicoanálisis*.

La relectura del Edipo que Lacan hizo de la obra de Freud, o el regreso a Freud y su ignorancia.

El «regreso a Freud» promovido hacia la mitad del siglo pasado, referido al «retorno a la cosa freudiana» es una herencia que todo psicoanalista lacaniano debe, a mi parecer, reactualizar. Para el propio Freud no era fácil insistir sobre la causalidad edípica del deseo, cosa que Freud ha subrayado muy a menudo en su obra.

Es muy interesante verificar que ya en 1965, Lacan había aclarado la cuestión con esta observación: «Reconocemos que el psicoanálisis es esencialmente lo que reintroduce en la consideración científica el Nombre-del-Padre»¹, lo que explica la otra observación de 1967, según la cual: «Retiren al Edipo, y el psicoanálisis en extensión, diré, se vuelve enteramente jurisdicción del delirio del presidente Schreber»². Sin embargo, ya en ese texto, Lacan mencionaba que el Edipo, interpretado como ectópico, plantea un problema al cual él había hecho alusión en 1951, cuando trabajaba el caso Dora: si tomamos el Edipo como normativo, caemos en un prejuicio que puede expresarse así: «Así como el hilo es para la aguja, la chica es para el chico»³. Ni natural, ni normativo; el Edipo, en la enseñanza de Lacan, encontrará su verdadero anclaje cuando al examinar el campo del goce, podrá precisar el lugar de la chica. La ectopía edípica se precisará sólo cuando él retoma la cuestión de la sexualidad femenina. Volveré sobre esta cuestión en mi tercer punto.

Una clínica que se dice «Más allá del Edipo» y su relación con los destinos del discurso actual de la ciencia.

Habiendo tenido la oportunidad de participar, como lectora, en el II Coloquio Internacional de los Estados Generales del

¹ Lacan, J. [1965] La ciencia y la verdad. En: *Escritos II*. Madrid, México: Siglo XXI, 12ª edic. esp., 1985, pp. 874-875.

² Lacan, J. Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En: *Directorio 2002-2004*. Barcelona, pp. 203-214.

³ Lacan, J. [1951] Intervención sobre la transferencia. En: *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1984, p. 223.

Psicoanálisis, y por lo tanto habiendo leído más de veinte trabajos de psicoanalistas afiliados a las más diversas instituciones, lo que más me llamó la atención fue que varios psicoanalistas brasileños no utilizaban más el Edipo como guía para la interpretación. Un año antes, mientras participaba en un importante encuentro en una escuela lacaniana internacionalmente conocida en Río de Janeiro, y al cual varios psicoanalistas habían sido invitados para responder a la pregunta: «¿Qué reglamenta al psicoanálisis?», para discutir el furor reglamentario que invade actualmente a todo nuestro campo en el mundo, yo observaba: el psicoanálisis tiene dos reglas fundamentales, dictadas por Freud – la de la asociación libre y la de la abstinencia – ambas apuntan a la realidad en juego en la transferencia. No hay otras reglas para el psicoanálisis. Yo insistía que para sostener la transferencia era necesaria una referencia, y que ésta estaba dada precisamente por el Edipo. Esto está comprobado en la enseñanza de Lacan que consagró todo el año 1971-72 a precisar la función del Edipo en la teoría del goce (Cf. Seminario XIX,...*O peor* y las conferencias sobre *El saber del psicoanalista*). Para poder avanzar en su propia teoría, Lacan tuvo que consagrar al menos todo un año para dar una precisión como la siguiente: el Edipo introduce una escansión necesaria en lo innombrable de cada ser y vectoriza así la elección entre hombres y mujeres: los primeros, finitos, y ellas, innombrables (*El saber del psicoanalista*).

Fue impactante la reacción a mi intervención: «Pero Sonia, ¿el Edipo... todavía?». Si, todavía. *En cuerpo*⁴. En efecto, desde hace un cierto tiempo, podemos leer los textos de los psicoanalistas lacanianos que proclaman que todo lo que hemos aprendido sobre la identificación del sujeto y su relación al padre, con el Edipo y con el Nombre-del-Padre puede estar yuxtapuesto con las «patologías del objeto», de lo cual nos enteramos ahora. Esto es definido como el efecto de un estatuto del sujeto que se vuelve independiente del Otro, como sería el caso para las patologías tales como los problemas alimenticios, las prácticas compulsivas en general, las toxicomanías. Razón para una nueva clínica, que se profesa en ciertos círculos lacanianos, en la cual el analista debe

⁴ Juego de palabras por la homofonía entre *encore* ('todavía') y *en corps* ('en cuerpo'), que se produce en francés. N.E.

aprender la manera en que se producen nuevos goces, marginales respecto de las normas de los goces anteriores. Se agrega que el psicoanalista debe también a aprender a hacer un esfuerzo suplementario (¿aún otro esfuerzo?...) para transformar las reglas que serían necesarias para inscribir nuevos objetos en la norma. Así, muchas veces se identifica la clínica del sujeto freudiano como «vieja forma ideal que organizaba la coexistencia pero que no puede hacerlo más» (E. Laurent, 1999). Una interpretación posible de esta frase sería entonces que es necesario terminar con el Edipo, como pude leerlo en los Coloquios de los Estados Generales en Río de Janeiro, ejerciendo mi función de lectora.

Retomo un pasaje de ese trabajo que escribí entonces, comentando los textos, para aclarar las cuestiones que estoy evocando y para poder ejemplificarlas: «Aún cuando Gilda Vaz Rodrigues nos dice que es fundamental impedir el goce, hay varios textos que observan que nuestros niños y nosotros mismos no estamos siempre normalizados por el Edipo». *¿El Anti-Edipo?* Pedro Paulo Azevedo plantea la cuestión en el contexto de las familias de padres homosexuales. En el mismo contexto, Enrique Caetano Nardi, Raquel de Silva Silveira y Silvia Maria Silveira, dicen que lo que el Edipo reafirma es finalmente que la biología es el destino y (según lo que pude comprender) y provocaría la melancolía en los sujetos. Nora Mígueles hace esta provocación: «la reafirmación del complejo de Edipo es una subjetivación sexuada, se trata de un laboratorio que fabrica hombres y mujeres, que trabaja a partir de la sexualidad infantil perverso polimorfa, conectada al enchufe de la prohibición del incesto». Ella pregunta: «Ante las formas contemporáneas de subjetivación, ¿qué hacemos con ese complejo, que ha sido la vía interpretativa que ha orientado a Freud?». ¿Será que el complejo de Edipo corresponde históricamente a una fecha determinada y no es en absoluto universal? Eduardo Ponte Brandao observa: «si la paternidad clásica es un acto de un soberano que declara públicamente que tiene un hijo, y si, luego, en la familia judeo-cristiana, el padre es un simple servidor, entonces, hoy, el sexo y la familia se convierten en cosas perfectamente separadas y el psicoanálisis corre el riesgo de volverse un instrumento para una revaloración moral de la familia. En realidad, dice él, el psicoanálisis es un producto de la crisis del orden

patriarcal, cuya finalidad es la de elaborar, justamente, lo que no se somete al simbolización, y que no debería entonces subrayar lo que se impone como símbolo». Regina Neri, se inquieta: «¿acaso, el Edipo no sería más bien una forma de resistencia a las nuevas cartografías de la diferencia, de manera que con él, el psicoanálisis insistiría sobre la necesidad de una oposición entre masculino y femenino?». En efecto, Regina insiste sobre la cuestión y sostiene que incluso la conceptualización de Lacan del *A* mujer en calidad de *No-toda*, inscripta en el goce fálico confirma que el falo que estaría en realidad perimido, porque sólo es una referencia del lado del hombre. Ella propone, en contrapunto, un deseo maleable, a la imagen de la pulsión, para que finalmente el sujeto del psicoanálisis «esté liberado de las cadenas representadas por la prohibición del incesto». En calidad de lectora, encuentro ahí finalmente una pista hacia la solución del problema, en la medida que se trata de la pulsión, pero no puedo dejar de hacer esta observación: aquí hay un mínimo margen entre el horror del Edipo - el que Freud ya denunciaba - y la necesidad de una reactualización teórica⁵.

El lugar del Edipo en el campo lacaniano

En 1969-70, Lacan propone una relectura del Edipo: es inconsciente, o aún, el sueño de Freud está determinado, fundamentalmente por la historia hebraica en la cual Yahvé, el primer Padre, ha inaugurado el discurso del amo; el discurso del analista es su reverso. Como sueño de Freud, «es necesario que sea interpretado»⁶. Esta interpretación no toca más al Nombre-del-Padre sino al padre real, a partir de *Moisés y el monoteísmo*. Entonces, Freud «fracasa, haciendo de la temática del padre una especie de nudo mítico»⁷ falla que le tomará cuatro años a Lacan para poder conceptualizarla como síntoma en la neurosis (Cf. *El Seminario RSI*). El padre real, a su vez, efecto del lenguaje, científicamente insostenible, y muchas veces imaginado, es todavía,

⁵ Alberti, S [2003] Cf. Mi texto sobre el sitio www.estadosgerais.org/mundial_rj.

⁶ Lacan, J. [1969-1970] *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Paidós: Buenos Aires 1969, pp. 141-149.

⁷ *Ídem*.

en 1970 (p. 149 del mismo seminario) el agente de la castración (tal como lo fue siempre desde el *Seminario IV*). En 1970, lo que Lacan agrega es esto, que el descubrimiento de Freud es tan impresionante que todavía no ha sido asimilado, de manera que muchas veces preferimos imaginar un Edipo privador en lugar de identificar el imposible de su estructura. Trabajo al cual Lacan se consagrará en los años siguientes de su enseñanza, para producir el saber sobre la no- relación sexual y la Mujer que no existe. En 1974, en la presentación de *El despertar de la primavera*, esto fue aclarado por la relación entre La mujer y el padre real. Los dos son del campo de lo imposible.

El 3 de mayo de 1972, Lacan lo confirma: «las aventuras míticas del Edipo, no son en absoluto inconvenientes porque ellas estructuran admirablemente la necesidad de que haya, en algún sitio, al menos Uno que trasciende la función fálica...pues, el mito del padre primitivo, es eso lo que quiere decir»⁸, y agrega entonces las fórmulas cuánticas de la sexuación. Estas fórmulas, lejos de querer normalizar la sexualidad según un modelo ideal, definen la estructura en el campo del goce, de lo imposible. Lacan lo ejemplifica con el poema de Antoine Tudal: «Entre el hombre y la mujer (...) hay un muro», y es en función de esto que la letra se interpone entre el hombre y el muro, lo que quiere decir, que es por eso que la lengua se impone al campo lacaniano⁹. Justamente, al contrario de lo que aún queremos creer, es porque existe lo imposible que existe también el campo de las posibilidades. Cuando tal imposible es elidido, todo se vuelve posible (Lacan lo decía ya en su *Proposición*, cuando afirmaba que sin Edipo no hay dirección posible para la interpretación, el psicoanálisis se vuelve entonces «jurisdicción del delirio de Schreber»), lo cual como o sabemos, implica que ya nada es posible, como ya lo decía Dostoievski.

Pero, como Lacan lo precisaba también en 1967, esto sólo puede alcanzar al psicoanálisis en extensión. El psicoanálisis en intensión sigue otro discurso diferente, el reverso del discurso del amo...sobre esto es que estamos hoy en día trabajando en el Campo lacaniano.

⁸ Lacan, J. [1971-1972] *Le savoir du psychanalyste*. Inédito.

⁹ *Ídem*, sesión de 6 de enero de 1972.

Fulvio Marone
 Franco Scalzone
Nápoles

«*Heads I win, tails you lose*»
 Antiguos y nuevos sofismas
 del diálogo entre ciencia y psicoanálisis

Tiempo y epistemología

¿Qué es una interpretación del psicoanálisis? Es Freud mismo quien se lo pregunta en las primeras líneas de *Construcciones en análisis*; y es él mismo quien, en esas líneas, anuda los dos sentidos posibles de ese genitivo. Cuando nosotros presentamos a un paciente -dice Freud, mencionando una crítica hecha al psicoanálisis- nuestras interpretaciones procedían con él siguiendo el desacreditado principio de «*Heads I win, tails you lose*»*. O sea, si él nos da su aquiescencia, todo es correcto; pero si nos contradice, entonces no es más que un signo de su resistencia, y por lo tanto igualmente es correcto. «De esta manera -continúa Freud, jugando aún el rol del crítico- siempre tenemos razón contra el pobre diablo inerme a quien analizamos, sin que importe su conducta frente a nuestras propuestas». Para justificar el método psicoanalítico, respetando las leyes características de la metapsicología, no hay sino una indicación «técnica» a seguir: no es el «sí» o el «no» del analizante (*Analysierte*) -podríamos decir que no es la confirmación o la falsificación del contenido de la interpretación lo que indica «si uno ha colegido recta o equivocadamente»¹, porque «estas reacciones del paciente son las más de las veces multívocas y no consienten una decisión definitiva»².

* En español el dicho es: «Con cara gano yo con sello pierdes tu». N. T.

¹ Freud, S. [1937] *Construcciones en análisis. Obras completas XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 264.

² *Id.*, p.266

En este artículo, Freud hace aún un esfuerzo para diferenciar discurso del amo y discurso del analista: el primero, donde el significante/amo representa el sujeto/analista y reduce el otro analizante a su propio saber (al saber del analista); el segundo, dónde el significante/producido está ligado al sujeto (analizante) en tanto que efecto de la estructura del discurso, con el analista en posición de semblante y el saber bajo la barra, en el lugar de la verdad. En el seminario *Las formaciones del inconsciente*, Lacan ha observado que «*Construcciones en análisis...* muestra la importancia central de la noción de relación del sujeto con el significante para concebir el mecanismo de la rememoración en el análisis. Se comprueba en este artículo que dicho mecanismo está propiamente vinculado a la cadena significativa».³ Entonces, la construcción se realiza *nachträglich*, a posteriori: con los efectos de retroacción de lo que será sobre lo que ha sido, que Freud llama en su artículo, «variedades indirectas de corroboración (*Bestätigung*), plenamente confiables»⁴. «Solo la continuación del análisis puede decidir si nuestra construcción es correcta o inviable»⁵. Es un principio epistemológico que Freud prefiere enunciar con la ayuda de una cita literaria, que él toma de un personaje de *Zerrissene (Le déchiré)*, de Johann Nestroy: «*En el curso de los acontecimientos todo habrá de aclararse*»⁶.

La estructura significativa es el tiempo de su desarrollo o, con el último Lacan: la topología es el tiempo. Uno puede comparar la inclusión del factor «tiempo» dentro de la lógica de la justificación del análisis con aquello que dentro de la filosofía de la ciencia contemporánea se llama «epistemología evolucionista», o «principio antrópico», y que, dentro de la metodología clínica, ha obligado al pasaje de la «clínica de la mirada» a la «clínica de la escucha». De la que testimonia E. Kraepelin, la cúspide de la psiquiatría clásica, la cual ha construido sus formas clínicas, sobre la lógica del a posteriori: los estados hebefrénicos, paranoides y catatónicos, que -aunque muy diferentes de la obser-

³ Lacan, S. [1957-1958] *El seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2003, p. 243.

⁴ Freud, S. [1937] *Construcciones...*, *Op. cit.*, p. 265.

⁵ *Id.* p. 266.

⁶ *Id.* p. 267.

vación sincrónica- *habrían sido* la misma enfermedad (*Demencia precoz*) si uno las sigue por un tiempo suficiente. La prioridad del vector temporal retroactivo sobre el vector progresivo ha sido bien articulado por Freud mismo en el caso de la joven homosexual: «Durante todo el tiempo en que perseguimos el desarrollo desde su resultado final hacia atrás, se nos depara un entramado sin lagunas, y consideramos nuestra intelección acabadamente satisfactoria, y quizás exhaustiva. Pero si emprendemos el camino inverso, si partimos de las premisas descubiertas por el análisis y procuramos perseguirlas hasta el resultado, se nos disipa por completo la impresión de un encadenamiento necesario, que no pudiera determinarse de algún otro modo. Repararnos enseguida en que podría haber resultado también algo diverso, y que a este otro resultado lo habríamos podido comprender y esclarecer igualmente bien. La síntesis no es, por lo tanto, tan satisfactoria como el análisis; en otras palabras: no estaríamos en condiciones de prever, conociendo las premisas, la naturaleza del resultado»⁷.

Epistemología y psicoanálisis

Pero la justificación, digamos, histórica del análisis -fundada también sobre el hecho de que ella es *un hecho*; que el psicoanálisis en tanto que extensión, institución psicoanalítica, ha dado un sentido al psicoanálisis en intensión- no ha tenido un gran papel en las relaciones tormentosas entre ciencia y análisis (con el análisis en el rol de paciente), como lo demuestra el célebre informe *Epistemología y psicoanálisis*, que Freud, hay que decirlo, había previsto perfectamente. Ernest Nagal, en 1958, durante un congreso en Nueva York sobre *Psychoanalysis Scientific Method, and Philosophy*⁸, respondiendo a un informe de H. Hartmann sobre, *El psicoanálisis como teoría científica*, ha afirmado que no era posible hacer, *precisamente y específicamente* un lazo entre los conceptos teóricos del psicoanálisis y sus observaciones; por esta razón, cada analista interpreta diferen-

⁷ Freud, S. [] Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. *O. C. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu, p.160.

⁸ Hook, S. (Ed.) *Psychoanalysis Scientific Method, and Philosophy*. New York University Press, 1959.

temente los elementos de su clínica. «*Heads I win, tails you lose*», evidentemente. A falta de un criterio de *previsión verificable*, el análisis no puede ser *empíricamente verificado*. Al final de su argumento Nagel pronuncia el famoso «veredicto escocés» sobre el psicoanálisis *no probado*. Este ataque ha sido neutralizado por aquel que se ha definido como: «asesino del empirismo lógico» y que ha lanzado el segundo desafío⁹ al psicoanálisis. A comienzos de los años 60, K. Popper¹⁰, demostrando que no hay ciencias que sean verificadas, y que la científicidad de un saber esta fundado solamente sobre su *falsifiabilidad*, (falsabilidad) ha, por otra parte confirmado que el psicoanálisis no satisface el criterio de demarcación entre ciencia y no ciencia, porque ella no puede responder a un solo falsador potencial. En los años 80, la falsación popperiana del psicoanálisis ha sido a su vez falsificada por A Grünbaum¹¹, que también ha señalado la falta de fiabilidad de los datos clínicos y la insuficiencia de los datos extra-clínicos para el control de la teoría analítica. «*Heads I win, tails you lose*», aún.

El punto de vista de Freud, en lo que concierne al estatuto epistemológico de su «invención», ha sido muchas veces confirmado por él mismo: el psicoanálisis es una *ciencia*; o mejor, es una *ciencia natural fundada sobre la observación*. Esta posición, la ha sostenido Freud haciendo frecuentemente el paralelo entre el estatuto del psicoanálisis y aquél de la física, aunque la física a la cual siempre se ha referido Freud es aquella de la época de su formación: la física determinista, newtoniana y laplaciana, del siglo XIX, y no la física einsteniana y cuántica del siglo XX. Se podrían hacer muchas citas sobre este punto, pero he aquí una bien conocida, en *Las nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*: «(...) el psicoanálisis lleva a una cosmovisión (*Weltanschauung*) determinada, ¿y a cuál? (...) Como ciencia especial, una rama de la psicología – (...) psicología del inconsciente –, es por completo inepta para formar una cosmovisión

⁹ Como lo define M. Edelson en *Hipótesis and Evidence in Psychoanalysis*. University of Chicago Press, 1984. Cf. también Robinson, P. *Freud and His Critics*. Chicago: Press of University, 1994.

¹⁰ Popper, K. *Conjectures and Refutations*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1963.

¹¹ Grünbaum, A. *The Foundations of Psychoanalysis*. Los Ángeles: Universidad de California, 1984.

propia, debe aceptar la de la ciencia»¹². El objeto, digamos, de la pulsión epistemológica¹³ de Freud –en la medida en que nos interesa eso– era encontrar la variable escondida, o sea una causa única produciendo un efecto específico, para construir una *metaciencia* que comprendería las ciencias del cuerpo y del espíritu. Y para encontrar la base biológica y los factores psicológicos del viviente, una teoría que explicaría los dos.

Este punto de vista ha sido tomado al pie de la letra por las orientaciones no-lacanianas del psicoanálisis. «Retorno a Freud» ha significado, para muchos artículos aparecidos en las revistas de la IPA¹⁴, retorno al (supuesto) deseo de Freud de meter el psicoanálisis dentro de las ciencias de la naturaleza¹⁵. La cúspide de esta operación ha sido el llamado «diálogo entre el psicoanálisis y neurociencias», que se ha fundado sobre dos textos de la juventud teórica de Freud: *Auffassung der Aphasien* y *Entwurf*, utilizados como caballo de Troya introducidos dentro de la ciudad analítica, para revelar la verdadera naturaleza en tanto que cripto–alguna cosa: biología, neurología, etc. Para los autores de los cuales hablamos, la verdadera naturaleza del psicoanálisis sería revelada por la intención de su creador –que un día la fisiología, la anatomía, etc., habrían confirmado sus descubrimientos– más que por sus obras y sus actos. Aunque diferentes el uno del otro, en cuanto a sus fines y a las formas de argumentación, estos artículos comparten una misma lógica, soportada por dos

¹² Freud, S. [1933] Las nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 35. *O. C XXII*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 146.

¹³ Lacan, J. [1965] La ciencia y la verdad. *Escritos II*. México: Siglo XXI, 12ª edic. esp. 1985.

¹⁴ Cf. Galatzer-Levy, R.

Qualitative change from quantitative change: mathematical catastrophe theory in relation to psychoanalysis. *J. Amer. Psychoanal. Assn*, 26, 1978, pp. 921-935.

On working through: a model from artificial intelligence. *J. Amer. Psychoanal. Assn*, 38, 1988, pp.125-151.

Psychanalyse and dynamical systems theory: prediction and self-similarity. *J. Amer. Psychoanal. Assn*, 43, 1995, pp. 1085-1113.

Cf. Palombo, S.R. Connectivity and condensation in dreaming. *J. Amer. Psychoanal. Assn*, 40, 1992, pp. 1139-1159. Rosenblatt, A.D. & J. T. Thickstun, J.T. The psychoanalytic process: a systems and information processing model. *Psychoanal. Inquiry*, 4, 1, 1984, pp. 59-86. Solms, M. & M. Saling, On Psychoanalysis and Neuroscience. Freud's attitude to localizacionist tradition. *Int. J. Psychoanal*, 67, 1986, pp. 397-416.

¹⁵ Es un punto de vista que tiene sus raíces en dos autores bien diferentes, los cuales tienen esa meta en común: H Hartmann et D. Rapaport.

axiomas que parecen evidentes: 1) el psicoanálisis debe estudiar las neurociencias; 2) las neurociencias pueden ignorar completamente el psicoanálisis. El llamado «diálogo», entonces, se revela siendo un monólogo con el espejo del psicoanálisis, reducido sin resto al deseo del Otro de atribuir valores de verdad - según los viejos sofismas de la epistemología (neo) positivista: 1) una ciencia sabe lo que no es una ciencia 2) las ciencias se reconocen entre ellas. 3) yo afirmo ser una ciencia, por temor de ser convencida por las otras ciencias de no serlo. Entonces para estos «post-freudianos», al menos una de las heridas narcisistas que el psicoanálisis ha infringido al hombre occidental -el descubrimiento del inconsciente- puede ser suturado, y el yo -desalojado escandalosamente de su casa- puede volverse nuevamente amo- sino de él mismo, al menos del aparato psíquico del otro.

Psicoanálisis y ciencia

El punto de vista de Lacan¹⁶, en relación a esto, es mucho más refinado, gracias también a las disciplinas que le son útiles para reformular el psicoanálisis freudiano. Para comprenderlo, se puede decir, aún mejor de lo que Freud lo comprendía: lingüística, matemáticas, lógica, filosofía... En sus primeros seminarios, Lacan metía el psicoanálisis dentro de un subconjunto particular de la ciencia, que es la ciencia de lo particular: «(...) el análisis como ciencia es siempre una ciencia de lo particular. La realización de un análisis es siempre un caso particular, aun cuando estos casos particulares, desde el momento en que hay más de un analista, se prestan, de todos modos a cierta generalidad. Pero con Freud la experiencia analítica representa la singularidad llevada a su límite, puesto que él estaba construyendo y verificando el análisis mismo»¹⁷. En tanto que ciencia ideográfica, el análisis estaría entonces separado y casi opuesto a las ciencias nomotéticas, como la Física, y por este hecho él tendría

¹⁶ Sidi Askofaré ha detallado muy bien las etapas sucesivas del recorrido epistemológico lacaniano en su artículo De la ciencia al psicoanálisis. *Hétérité 1*, 2001, pp. 223-252.

¹⁷ Lacan, J. [1953-1954] *El seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Barcelona: Paidós. 1983. p. 40.

la posibilidad de encontrar su validez dentro de su singularidad. Es la vía de la oposición entre *Geistes-* et *Naturwissenschaften*, que Lacan más tarde ha «falsificado» mostrando que «la oposición de las ciencias exactas a las ciencias conjeturales no puede sostener ya desde el momento en que la conjetura es susceptible de un cálculo exacto (probabilidad) y donde la exactitud no se funda sino en un formalismo que separa axiomas y leyes de agrupación de los símbolos»¹⁸. Entonces, es necesario fundar sobre otras bases la excepción del análisis en relación a las *hard sciences*. Esto es lo que hará Lacan en sus últimos seminarios, tomando al pie de la letra las conclusiones de la epistemología del siglo XX: «El psicoanálisis se debe tomar en serio, aunque no sea una ciencia. No es para nada una ciencia. Porque lo problemático, como lo ha mostrado abundantemente un llamado Karl Popper, es que no es una ciencia porque es irrefutable. Es una práctica. Es una práctica que durará lo que ella durará, es una práctica de parloteo»¹⁹.

En efecto, la cuestión de saber «si el psicoanálisis es una ciencia o no es una ciencia» debe entrar hoy en la pregunta más general de saber «si la ciencia es o no es una ciencia». Es la pregunta actual de la filosofía de la ciencia contemporánea, post-popperiana (Kuhn, Lakatos, Feyerabend), que ha buscado mostrar que *La ciencia* -como Lacan la llama en *Los cuatro conceptos*²⁰- no es toda, que ella implica un más allá de la ciencia. «Sólo podemos concebir el alcance de ese cuerpo de la ciencia -dice Lacan- reconociendo que, en la relación subjetiva, es el equivalente de lo que he denominado aquí el objeto *a* minúscula»²¹. Si es verdad que -como Heidegger lo ha afirmado- *die Wissenschaft denkt nicho*, la ciencia no piensa, la cuestión no es de «hacerla pensar», sino aquella, mucho más decisiva, de encontrar, *al interior de la ciencia*, el lugar de este *no-pensamiento*. Es la vía de la invención freudiana: el descubrimiento del inconsciente. Que Lacan más tarde ha formalizado con la

¹⁸ Lacan, J. [1965] La ciencia y la verdad. *Op. cit.*, p.842.

¹⁹ Lacan, J. [1977-1978] *Le Séminaire. Livre XXV. Le moment de conclure*. Sesión de 15 de noviembre de 1977.

²⁰ Lacan, J. [1964] *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1987, p. 273.

²¹ *Ibidem*.

ayuda de la topología del ocho interior, donde la exclusión interna se vuelve posible.

Ciencia y ética.

Se puede sostener el mismo discurso epistemológico sobre el psicoanálisis: si el psicoanálisis no es una ciencia, la cuestión no es de volverlo científico, sino de poner a trabajar su lugar de exclusión interna con relación a la ciencia. Entonces, la forma actual de cuestionamiento epistemológico, podría formularse -siguiendo a Lacan- de la manera siguiente: «¿Qué es una ciencia que comprenda el psicoanálisis?» Y si uno pregunta: «¿Qué es lo que puede hacer el psicoanálisis para (dar un suplemento a) la ciencia?» Pregunta actual, como lo demuestra las preocupaciones del mundo con relación a la ciencia, que no son hoy de orden epistemológico sino (bio)ético. Y lo que el psicoanálisis puede hacer, es responder a la demanda que Lacan lanzaba de pasada en su *Seminario 11*: «¿Qué del deseo del físico?»²². Es la misma pregunta, resumida, que desarrollara el año siguiente en su artículo *La ciencia y la verdad*: No basta con que el estado de *Spaltung* donde el psicoanalista, en su práctica, ubica el estatuto del sujeto en el psicoanálisis sea para él un hecho empírico. Se necesita una cierta reducción, a veces de realización larga, pero siempre decisiva en el nacimiento de una ciencia; reducción que constituye propiamente su objeto. Es lo que la epistemología se propone definir en cada caso como en todos, sin haberse mostrado a nuestros ojos por lo menos, a la altura de su tarea. Pues no sé que haya dado cuenta plenamente por este medio de esa mutación decisiva que por la vía de la física funda *La ciencia* en el sentido moderno, sentido que se pone como absoluto»²³.

Es necesario, entonces, situar el lugar de la excepción ocupado por el psicoanálisis al interior mismo de la ciencia. Una ciencia que incluye -o mejor, que comprenda- el psicoanálisis, es una ciencia que busca reintegrar las preguntas que la epistemo-

²² *Id.*, p. 18.

²³ Lacan, J. [1965] *La ciencia...* *Op. cit.*, p. 834.

logía ha rechazado fuera de su campo de saber: la cuestión de la causa, la cuestión del tiempo con sus efectos de retroacción. Es una paradoja bien conocida, por ejemplo aquella de la posición de Popper, en un libro que ha llamado *Logic of Scientific Discovery (Lógica del descubrimiento científico)*: En la ciencia, no hay lógica del descubrimiento, sino solo de la justificación. El descubrimiento, es el asunto de la psicología, que no toca el *kern*, el corazón de la ciencia, que es lógico. Es la base de la crítica de Popper a la teoría de Kuhn, dónde la «psicología» del científico revolucionario esta en el corazón del cambio de paradigma, del pasaje de la ciencia normal -donde todos los problemas de la teoría son atribuidos a los errores de los hombres o a un mal encuentro con lo real- a la ciencia revolucionaria. Una ciencia que comprenda el psicoanálisis es una ciencia que salvaguarda el lugar freudiano de lo que no se reduce al «destino de la anatomía», pero que se distingue también del parloteo de eso que Lacan ha definido como «psicologización del sujeto»²⁴; una ciencia que busca abordar eso que Lacan ha llamado «campo lacaniano»²⁵, en tanto campo dónde, primero que todo, se trata del goce en tanto real. Lo que debe diferenciar el psicoanálisis de las otras ciencias es que, mientras que estas últimas tienen en cuenta el sujeto solo en la medida en que esta enteramente determinado por la estructura (lo que llamamos lo simbólico), de lo que el psicoanálisis hace ciencia, es antes que nada del sujeto y de su relación libidinal con eso que lo causa -en tanto sujeto-, o sea en su excepcional singularidad.

El psicoanálisis no tiene su *Weltanschauung* -Freud tiene razón-, participa de la visión del mundo de la ciencia. Pero esta participación es una pertenencia común, que se sitúa en el ámbito de la lógica inconmensurable a la medida de viejos reduccionismos: este, de hecho demandaba al psicoanálisis adaptarse a los criterios «positivos» de la ciencia; la teoría de Freud y de Lacan -actuando retroactivamente sobre el estatuto mismo de la ciencia- han contribuido a la construcción de una nueva idea de la epistemología, que lo sepa o no. El hecho de darse cuenta de

²⁴ *Id.*, p. 860.

²⁵ Lacan, J. [1969-1970] *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1999, pp. 107-124.

esta posición del psicoanálisis, *no-toda* en la ciencia, pero igualmente *no-toda* fuera de la ciencia, debe significar su salida fuera de un estado de «minoría» epistemológica. Y no podemos sorprendernos si evaluaciones críticas sobre la cientificidad del psicoanálisis -Popper decía que el psicoanálisis ya no puede invocar un estatuto científico mayor que el de los cuentos de Homero sobre el Olimpo- han sido asumidos, digamos subjetivados, por la filosofía de las ciencias contemporánea, y no solamente por la más «anárquica»-. W.v.O. Quine afirmaba que «en lo que concierne sus fundamentos epistemológicos, los objetos físicos y los dioses de Homero difieren solamente por su grado y no por su naturaleza».

Finalmente: si la dirección en la cual debemos leer los «malentendidos científicos» de Freud es aquella que adopta Lacan; es decir pasar de la neurona al significante, entonces de lo imaginario a lo simbólico, luego de la lógica a la ética, entonces de lo simbólico a lo real; si, en otros términos, el problema epistemológico del psicoanálisis admite una respuesta ética, porque el estatuto del aparato psíquico es más ético que lógico; entonces si esto se sostiene, podríamos pensar seguir un camino idéntico para tratar de reformular la otra gran ley (esta vez cultural, y no ya «natural») que se impone al psicoanálisis, aquella de la reglamentación de la actividad psicoanalítica. Y entonces, uno podrá preguntar (se): ¿Cuál sería una ley que comprenda (en todos los sentidos posibles del verbo) el psicoanálisis? ¿Cuál sería una ley que se ocupe de la transmisión de una profesión imposible?

Jorge Zanghellini
La Plata

El decir sustractivo de la interpretación

En algún lugar debe haber un basural donde estén amontonadas las explicaciones. Una sola cosa inquieta en este justo panorama: lo que pueda ocurrir el día en que alguien consiga explicar también el basural.

Julio Cortázar

La obra que dio comienzo, que fundó en las letras, al psicoanálisis llevaba la interpretación como encabezamiento. Que fuera de los sueños, nombró a la avenida que llevaba al oscuro conjunto del inconsciente. Y la interpretación nos convoca en esta cita Internacional de la Escuela, a partir de su declinación en las interpretaciones. A más de un siglo de aquella interpretación la pregunta es si está ella en su dignidad, a la altura de la época. El efecto conmovedor de la interpretación freudiana con Isabel de R.¹, esa contundencia seca con la que comunicó un saber sabido y rechazado que precipitó la huída de la paciente, fue decantando hacia los trabajos del veinte en adelante con la conclusión de que no todo es interpretable² y por otro lado a la indiscutible atracción de la pulsión de muerte en el fracaso de las curas.

El de que todas las escuelas psicoanalíticas tomen a la interpretación como el recurso fundamental no ha hecho por eso de ella, un concepto inequívoco ni bien la definición camina un poco mas allá de hacer consciente lo inconsciente. Horacio

¹ Freud, S. [1895] Estudios sobre histeria. *Obras completas I*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972, p. 107.

² Freud, S. [1900] Los límites de la interpretabilidad de los sueños. *O. C. III*. Madrid: Biblioteca Nueva, p. 2890.

Etchegoyen³ en su ensayo sobre la interpretación psicoanalítica configura un buen fresco de la variedad de su uso, sobre todo en los territorios de la IPA. Parece haber en ello una oscilación entre poner el punto sobre el valor de verdad de la información comunicada y la ocasión en los límites de la transferencia. Distancia que es la que va de Heinz Kohut a Strachey.

Sostener una tradición es un recurso que bien se lleva con la Iglesia y también con algunas de las escuelas de Psicoanálisis. Quizás no deja de insistir cierta inspiración religiosa por las fisuras del trabajo teórico. Pero es lo real de la clínica lo que conspira contra el museo de las ideas valiosas. Podría decirse, tomando palabras de Alejandra Pizarnik que las palabras se doran al sol negro del silencio.

Las diferentes concepciones de la interpretación psicoanalítica tienen la justificación de su tiempo, de estar a la altura de su época. ¿Si la interpretación es por la vía del encuentro, es su eco, su violencia lo que inunda como olas frenéticas las terminaciones del soma?

El síntoma es goce en tanto supone la satisfacción de la pulsión y ello es solo pensable a partir de lo que pasa por el cuerpo. Toda interpretación, si es verdaderamente una Interpretación en el sentido estricto, tiene efecto en el cuerpo habitado. Una interpretación, ¿no es cuando dos palabras se encuentran por primera vez? Sin duda, en su carácter sorpresivo, conmocionante, mutativo. Pero para que lo tenga no es sin la escena en el que la palabra tiene consecuencias. Si un ensalmo era curativo lo fue en tanto la creencia en el Otro sacerdote, le hacía que sus palabras hicieran carne de la voz de Dios. Toda magia, quizás precursora de nuestra disciplina, descansa sobre la creencia en la omnipotencia de los pensamientos. A ella pertenece también todo ensalmo de las palabras, así como el convencimiento sobre el poder que va conectado al conocimiento de un nombre o a su declaración, decía Freud en Moisés⁴. Estar a la altura de la época

³ Etchegoyen, H. *Un ensayo sobre la interpretación psicoanalítica*. Buenos Aires: Polemos, 1999.

⁴ Freud, S [1939] Moisés y el monoteísmo. O. C. III. Madrid: Biblioteca Nueva.

es que la herramienta interpretativa, entonces, dé cuenta de su eficacia. No se trata solo de participar de la comprensión escénicaⁱ, de compartir el mismo universo de discurso, cuestión hermenéutica, sobre el que se pueda modificar la información acumulada. Eso sólo lleva a poder bañarse juntos en el mismo estanque de la impotencia.

El psicoanalista de la época se encuentra con cuerpos travestidos, cuerpos siliconados, cuerpos perforados, ¿no es el monstruo transformado por la tecnología, el la imagen paradigmática de la época, el nuevo semblante del horror seductor, Michael Jackson? ¿Es el anillo que perfora, el remedio contra la angustia? ¿O está en el lugar de los carteles indicadores que señalan la vía del goce?

La tesis que llevó desde hacer consciente lo inconsciente a hacer de la interpretación una explicación que suma saber no hace mas que aumentar impotentemente el clamor, el vagido de lo real. De allí la referencia cortazeana del epígrafe. Hay toda una vía en psicoanálisis que desemboca en la interpretación explicación, en la creencia en que la acumulación de saber lleva a hacer consciente lo inconsciente. Pero si es que en algún tiempo el saber de la ficción edípica tuvo efecto conmocionante la época lo redujo a una banalidad.

Y coincido con Colette Soler⁵ en lo que precisa del recorrido en Lacan que parte desde una interpretación «reducida», a la alusión del dedo levantado que se condice con una «ética reducida al silencio por el advenimiento del deseo». La respuesta que Lacan daba en este texto, La dirección de la cura, es una respuesta construida interrogando el «medio» que es la palabra, que queda adquirida para nosotros, definitiva, y no obstante... paradójicamente, ya no es respuesta suficiente.

El seminario que despliega Lacan durante los años 1967-68, trata que esa intervención con el nombre de acto analítico gane carta de ciudadanía, contra más de medio siglo de una tradición psicoanalítica que había jerarquizado a la interpretación

⁵ Soler, C. Las interpretaciones del psicoanálisis. *Heteridad IV*. Barcelona: IF-EPCL 2004, pp. 29-33.

como la intervención exclusiva, la herramienta princeps propia del analista, para incidir sobre los síntomas en la dirección de la cura, en el dispositivo transferencial... Frecuentemente una interpretación no reviste el estatuto de acto y también se da la inversa. ¿Pero como llamar a una interpretación que no se dirija a un acto?

El decir interpretativo: encuentro con lo real

Es de la cuestión de cómo el significante incide en lo real del goce lo que orientó su investigación. En *L'étourdit* a la serie de lo que se aísla en la lógica, le permite hacer de *refutar*, *incompletar*, *inconsistir*, *indemostrar* e *indecidir*, nombres que dar a lo que del analista guardan los modos de intervenciones. Pero es en la serie de los equívocos donde aloja la interpretación, aquello que sustrae al discurso una cuota de sentido que no tiene mas valor que el de hacer escansión en la diferencia entre el dicho y el decir. Sustrae sentido, la tesis lacaniana es extinguidora. Es hacer que cese el fuego o la luz, hacer que cesen o se acaben del todo ciertas cosas que desaparecen gradualmente.

La interpretación adquiere el tono sibilante del extinguidor. Es en tanto que una interpretación justa extingue un síntoma que la verdad se especifica por ser poética⁶. La interpretación justa no es poética pero sus efectos son incalculables. La metáfora, la metonimia sólo tienen valor en tanto son capaces de hacer función de un encuentro entre un sonido y el sentido. Ahora bien el sonido y el sentido se encuentran ardorosamente en la poesía.

Afirmar que no hay relación sexual, dirá que a esa relación hay que reconstituirla por un discurso. Pero el discurso sirve para otra cosa. Para ordenar, para llevar el comando. Todo discurso tiene un efecto de sugestión, es hipnótico, salvo cuando no se lo comprende. Lacan se pregunta: ¿la verdad despierta o adormece? Y responde: depende el tono con que es dicha. Sin olvi-

⁶ Lacan, J. *Le Séminaire. Livre XXIV. L'insu que sait de l'une bévue s'aile a mourre*. Inédito. Sesión del 19 de abril de 1977.

dar que la verdad es poética. Luego afirma, la poesía dicha, es un hecho, adormece. Adormece en tanto participa de la función hipnótica del discurso haciendo resonar sentidos que taponan. Adormece en tanto sostiene los velos del bien y de lo bello. ¿Adormece como el arrorró de la voz materna?

La interpretación, entre decir y voz

Hay que extinguir la noción de lo bello dice Lacan. La resonancia del psicoanálisis no se fundará en lo bello sino en el chiste. O más bien diría, en la economía del chiste, un chisporroteo que libera. La unión entre el sonido y el sentido, como en la química, revela la particular afinidad de una determinada palabra con otra. Moléculas que se encuentran entre sí, y que pueden producir esa “chispa” que excede todo calculo y toda exactitud, revelando, del lenguaje, la nada que nos habita. Dicho de otro modo: si cuando hablamos, lo hacemos desde un saber no sabido, este saber cuando se trata del goce, falla. No hay representación que cubra el campo de lo sexual. De ese modo lo que Lacan denomina «una practica sin valor», puede resultar para quien atraviesa la experiencia del inconsciente, el encuentro con ese objeto que no es otra cosa que el equívoco mismo, y eso, siendo sin valor, es certeramente, invalorable.

Una «interpretación justa», al igual que la palabra poética, produce ese «plus» que hace trastabillar y golpear el sentido, para enviar al sujeto a una significación que el yo pretende desconocer. En la referencia que hace a la poesía china, Lacan dice que ellos canturrean⁷. El canto es una mixtura de voz y lenguaje. Si el inconsciente se estructura como un lenguaje es el inconsciente un aparato del goce y es ese aparato por el cual se incide en el goce.

Es el seminario 17 que Lacan introduce al significante como aparato de goce⁸. Es el inconsciente que como aparato traductor,

⁷ *Ibidem*.

⁸ «Bueno, ahora no nos vamos a sorprender de ver manifestarse algo cuando se introduce el significante como aparato de goce». Lacan, J. [1969-1970] *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1999, pp. 41-56.

colmillando en lo real de lo pulsión, posibilita por retroacción, la incidencia del significante, su eficacia. El gran descubrimiento freudiano. Podríamos hablar de la eficacia de la interpretación sobre aquello del goce que se traduce en el aparato del inconsciente. Si el dispositivo transferencial pone en escena a que el síntoma haga lazo al Otro es en tanto permite sostener la eficacia de la palabra analítica. Pero el goce propio que se pone en juego es el del *blabla*. ¿Es sobre este goce en lo que se incide? La sesión corta, la escansión parecen afirmarlo. Ahora bien si la incidencia fuera esa bastaría con decir «¡Hola... se terminó!». ¿Y lo no tramitado? ¿No es de aquello de lo que hablamos sobre los imperativos que no se avienen a ninguna gradación simbólica, que fluyen por fuera del Otro?

Qué de esos alcohólicos, de esos adictos a los que solo un férreo control externo parecen reducir o aquellos que solo bajo la égida de una fuerte identificación arrasadora (los ex alcohólicos evangelizadores) les permite trocar la sustancia por un goce abstinentes de puro sentido. Pero para que el adicto venga a decir acerca de su impotencia de freno al imperativo pulsional es necesario darle lugar y tiempo. Que el decir extinguidor ejecute su efecto no hay otra cosa que darle ocasión para ello. Y no basta con decir «venga y acuéstese», que solo el hablar desemboca en el bien decir. Es necesario poner en cuestión la propia dimensión de la neutralidad. Para ello la neutralidad que al decir de Lacan es una aspiración por lo real⁹ ¿Pero se trata de la neutralidad benevolente postfreudiana? Si se trata abstenerse del amor, del odio y de la ignorancia, pasiones del alma, no es de otra cosa. No se es neutral con las intervenciones y mucho menos, en la eficacia de la interpretación. Se puede pensar una neutralidad lacaniana en el sentido del término¹⁰.

⁹ «Qué es la neutralidad del analista si no es justamente eso, esta subversión del sentido, a saber esta especie de aspiración no hacia lo real sino por lo real». Lacan, J. *Le Séminaire. Livre XXIV... Op. cit.* Sesión de 6 de febrero de 1977.

¹⁰ «Entre centro y ausencia, entre saber y goce, hay litoral que sólo vira a lo literal para que ese viraje puedan ustedes tomarlo igual en todo momento. Es sólo por eso que pueden ustedes considerarse como agentes que lo sostienen».

Lituraterre. Traducción de Louse Bolland de Restrepo. *Acerota*.

El puro No en tanto que decir

Es en *Lituraterre* donde Lacan define al analista como aquel que sostiene el viraje entre centro y vacío, saber y goce. Sostener un viraje como agente es una neutralidad no neutra. La manera no neutra de cómo una íntima fantasía llega a la palabra sólo por una presión insistente, así como esas intervenciones repetidas que funcionan como una prohibición. Para ello solo la ética, la referencia de si el analista estuvo a la altura de su acto, de lo que se articula a la neutralidad.

Chiste, equívoco, poema descompletado de lo bello, canturreo, lo que Freud llamó ensalmos de la palabra, podría agregar decir sin valor, al menos es lo que vienen a decir los testimonios de pase, nada que tenga el valor para ser recordado en su dimensión de locución brillante.

Es lo que lleva al decir sustractivo, quizás la manera de responder a la subjetividad de la época. El decir *extinguidor*.

Una interpretación que toca lo real es cuando entre la voz y el sentido se produce un hiato, la abertura de una grieta. El estremecimiento de cuando el analista es sorprendido por el efecto de su decir. Decir *extinguidor*, en tanto su semblante deja entreoír la voz objeto.

Si la interpretación representara un estilo poético, al tono de lo que despierta, sería del orden de la *Jitanjáfora*. *Jitanjáfora* es un término adoptado por Alfonso Reyes, en 1929, a partir de una estrofa del escritor cubano Mariano Brull¹¹: Designa aquellos poemas de creación popular o individual en los que prima el efecto fónico, el juego de palabras y el sinsentido. Su condición esencial es el humor, muchas veces la captación candorosa de un encuentro casual entre palabras dispares, y abarca variedades tales como las frases onomatopéyicas e interjectivas, tra-

¹¹ «Filiflama alabe cundre
ala olalúnea alífera
alveolea jitanjáfora
liris salumba salífera».

balenguas, ciertas nanas, glosolalias pueriles, las canciones populares que desdeñan la lógica y la gramática, las estrofas bobas, los gritos de guerra o de los equipos deportivos. Y podría agregar las interpretaciones de la clínica psicoanalítica, en la escena de la transferencia.

Y su decir sería este que tan bien escribió Oliverio Girondo

El puro no

El no

El no inóvulo

El no nonato

El noo

El no poslodocosmos de impuros ceros noes que noan noan
noan

Y noan

Y plurimono noan al morbo amorfo noo

No démono

No deo

Sin son sin sexo ni órbita

El yerto inóseo noo en uníosló amódulo

Sin poros ya sin nódulo

Ni yo ni fosa ni hoyo

El macro no ni polvo

El no más nada todo

El puro no

Sin no¹².

Ese puro no sin no, es la forma de llevar al litoral del decir, al objeto que se transporta en la palabra, allí donde la palabra no puede callar la voz, esto es, el decir de la interpretación.

¹² Girondo, O. [1950] El puro no. *En la masmédula*. Buenos Aires: Losada, 1997.

